

Pío Baroja

Aquí París

Cubierta de Ricardo Baroja Es propiedad. Derechos reservados Herederos de Pío Baroja Edita y distribuye: CARO RAGGIO, EDITOR Alfonso XII, 52. 28014 Madrid Tel. 914203285 -Fax 914203462 ISBN: 84-7035-491-4 Depósito Legal: M-40544-1998 Imprime: Servicios Gráficos Tel. 909 26 58 02 Impreso en España -Printed in Spain

Editorial Caro Raggio

ISBN: 84-7035-491-4

Colección: Novelas sueltas

Edición: 1998

Tamaño: 18x12 cm.

Nº de pág: 244

Guardas

La publicación de AQUÍ PARÍS era necesaria después de AYER Y HOY. Si en una nos contaba don Pío su salida de España al comienzo de la Guerra Civil, en esta nos narra su vida en la Casa de España de la ciudad Universitaria, en París, donde llegó después de su paso a Francia.

Eran días de zozobras e inquietudes los que vivió de colaborar en "La Nación" de Buenos Aires, por trescientos francos al mes. Artículos que habrá que publicar algún día.

En AQUÍ PARÍS nos cuenta también su vuelta a España y el viaje que hizo a Salamanca en plena Guerra Civil, cuando le hicieron jurar sobre la Biblia y El Quijote. También reafirma su asco por la política y su fuerte posición individualista a pesar de su pobreza, y hace un desfile de personajes con una gran riqueza de opiniones y comentarios. Aclara, una vez más, la titulación y el contenido de JUDÍOS, COMUNISTAS Y DEMÁS RALEA, y cuenta la polémica que se suscitó en el Ateneo madrileño sobre LOS VISIONARIOS, y las enemistades creadas por la

publicación de su novela EL CURA DE MONLEÓN.

Pero lo más destacado de este escrito son sus juicios y análisis políticos y filosóficos sobre los momentos que vive, también sobre la cultura y el arte, junto a un constante fluir de personalidades y personajes que pasan por sus páginas en cortas y acertadas descripciones. Alcalá Zamora, Besteiro, Largo Caballero, Marcelino Domingo, Chaves Nogales, Antonio Machado, pasan ante sus ojos.

El tema, tan repetido, de su misoginia y el de su antisemitismo los aborda y hace una defensa del pueblo judío, lo mismo que de la cultura alemana.

No faltan abundantes descripciones del París de la guerra, de su tristeza y de tipos que insertaría después en su novela EL HOTEL DEL CISNE.

Al final, bajo la amenaza de la ocupación alemana, su vuelta a la frontera de España, el final trágico de un grupo de amigos y la entrada a Vera de Bidasoa.

AQUÍ PARÍS fue publicada en 1955, dentro de la Colección "El Grifon" y no ha vuelto a ser impresa. La primera edición llevaba una cubierta amarilla, y sobre uno de los dos ejemplares que se conservaban en Itzea, con correcciones del propio don Pío, se ha confeccionado el texto que hoy presentamos. La cubierta es la de un cuadro de su hermano Ricardo, que representa los alrededores del Sena y fue pintado en 1928.

Aquí París Baroja, Pío

Pío Baroja

(España, 1872-1956)

Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo XX. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue Vidas sombrías (1900), a la que siguió el mismo año La casa de Aizgorri. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, Tierra vasca, que también incluye El mayorazgo de Labraz (1903), una de sus novelas más admiradas, y Zalacaín el aventurero (1909). Con Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox (1901), inició la trilogía La vida fantástica, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por Camino de perfección

(1902) y Paradox Rey (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía La lucha por la vida, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman La busca (1904), La mala hierba (1904) y Aurora roja (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y

en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Avineta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus *Memorias*, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros. Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vívido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.

SIN RUMBO

Yo he pasado parte de la vejez en el extranjero, muchas horas solo, no teniendo más entretenimiento que mirar por la ventana a la calle, a las nubes, a una carretera o a un descampado. Cuando el espectáculo es hermoso o ameno, el mar, la selva o el río, producen satisfacción al contemplarlos; cuando es feo o desagradable, se puede inventar una pequeña fábula sobre algo y esforzarse para creer en ella como en un mito, lo que no es siempre fácil.

Mi madre, cuando ya tenía muchos años y vivíamos en Madrid, en la calle de Mendizábal, y yo llegaba un día a casa al anoecer una hora más tarde que de costumbre, solía decirme: «He estado sola toda la tarde».

Yo, que tengo ahora tantos años como tenía mi madre en esa época, he estado solo durante mucho tiempo, por la mañana, por la tarde y por la noche. Al fin me he habituado, y la soledad ya no me pesa y aun muchas veces me encanta, siempre que no perturbe, como sucede cuando va unida al insomnio o al lumbago. Creo que la imaginación, en general, no presenta en su linterna mágica nada que tenga mucho encanto, pero, en ocasiones, se excede y se saca de su canastilla flores de color cambiante y perfumes que enloquecen y que trastornan. La imaginación para nosotros es como esa tan traída y llevada caja de Pandora de la mitología griega, que permite en el presente todos los fracasos y tropiezos, y deja después la esperanza en el futuro.

Pasan por la pantalla gris del hombre desafortunado y melancólico los recuerdos sin ilación, las imágenes puramente sensuales de la tierra y del mar, las impresiones de una noche magnífica en el Mediodía o en el Norte, con una luna o con estrellas, el monte nevado o el salón de una mujer elegante y fina.

Ya, para mí, todo ello es pura nostalgia que empieza y acaba en ella misma, y que no arrastra, ni ambición, ni ilusión, ni pretende realidades auténticas. A veces, uno se forja una novela a su gusto, de amores o de intriga, suponiendo que lo que se inició con energía y después pasó como una nube llevada por el viento sin dejar huella alguna, tuvo su desarrollo, su desenlace, su devenir en el tiempo. Y, después de todo, ¿qué importa? Miles de proyectos buenos y malos, de intrigas y de maquinaciones que no tienen fin ni apariencia siquiera de desarrollo, se disuelven en el aire y no dejan atrás más que una nube ligera de melancolía, como la semilla que cae en tierra polvorienta o como el pez que queda encerrado en el hoyo seco de la arena de la playa.

El mundo sería como una selva impenetrable si todas las semillas que la naturaleza ha dejado caer en la tierra y en el viento, y el hombre en el espíritu, hubieran germinado y crecido. Para el equilibrio actual mucho tiene, necesariamente, que morir y fallar en la vida.

La obra de creación y destrucción en el Cosmos puede que tenga algún objeto, puede que no tenga ninguno.

## PRÓLOGO

Es posible que estos recuerdos que quiero publicar aquí sean poco divertidos y no merezcan llevarlos a la imprenta. He encontrado estas notas en el cajón de una mesa, y, como no tengo ya un criterio muy firme de lo que hago, he mandado las cuartillas al editor. Ya verá él después si es que vale la pena de publicarlas o no.

Debo advertir que estos recuerdos nada tienen de dramáticos ni de sensacionales. Son, simplemente, reflejos de la vida cotidiana.

Un día, al pasar con una señora por el camino de la orilla derecha del Bidasoa, del interior de un automóvil que llevaba una bandera francesa me saludaron.

-Ese coche es de la Embajada de Francia -me dijo la señora-. ¿Conoce usted a algún diplomático?

-Únicamente a Herbette, que ha estado en mi casa de Vera no hace mucho tiempo.

-Pues entonces es él. Debe estar pasando una temporada en San Juan de la Luz.

Herbette llegó una tarde a Itzea el verano antes de la revolución, y contó sus impresiones de la vida en Rusia, donde pasó cinco años de embajador en Moscú. No mostraba antipatía por el gobierno soviético, y pensaba que quizá llegaría a ordenarse y a constituir una forma de vida aceptable y normal.

Yo, la verdad, dudaba, porque si como forma política no ha llegado a dar una manera de vivir tranquila a un país, a los treinta años de ejercer el poder, es que no sirve para nada. Después le vi de embajador en Francia, en San Juan de Luz y hablamos sentados en un banco de la plaza.

El creía que los hombres de la revolución española del 31 iban a quedar como los de la revolución francesa. Yo no lo creía, ni mucho menos.

Por lo que supo y conoció después, se vio que entre los revolucionarios españoles hubo gente de brío.

Los políticos de la revolución eran la mayoría mediocres.

Azaña no era nada, hombre para ser profesor en un instituto; Largo Caballero, un pedante con una confianza en sí mismo ridícula; García Oliver, un ideólogo de mitin. No había nadie entre los rojos que se destacara por su decisión, por su lucidez y por su perspicacia. Esta era mi idea sobre ellos.

Herbette decía que había que tener optimismo. ¡Pero qué optimismo, ni qué nada! Lo primero es intentar ver la realidad. Para mí la realidad es que los directores de la revolución española eran mediocres. No había otra. No pensaba lo mismo cuando se inició la revolución rusa. Yo no tenía ningún entusiasmo por ella, pero se la veía comenzando por Lenin y por Trostky, con hombres de primera categoría, capaces de llegar hasta el final.

En este tiempo, diciembre de 1937, ya no se cometían atrocidades en Madrid. La vida en cuanto a seguridad, era casi normal. Como digo en otra parte, los crímenes, los robos y los atropellos de toda laya terminaron a fines de diciembre del año 1936. Esto no quiere decir que las querellas personales entre milicianos no diesen motivos para detenciones y peleas, pero la criminalidad era la normal o tal vez inferior a la que corresponde a una ciudad de más de un millón de habitantes.

Después, con respecto al embajador Herbette, me dijeron que había conseguido sacar al conde de Romanones que estaba refugiado en San Sebastián, en el edificio de la Diputación de Guipúzcoa. Efectivamente el conde salió en automóvil acompañado por el embajador y el comandante de la zona roja.

También parece ser que Herbette sacó en su balandro a señoritos de familias ricas de San Sebastián.

En cambio, en la frontera, cuando el incendio de Irún, a gentes que no se habían mezclado en política, que huían llevando al hombro una maletilla o un saco de ropa, con su pobre indumentaria, no les dejaban entrar con este equipaje.

El año 1936 yo había ido, como todos los años, a Vera del Bidasoa, y en julio fui preso por los carlistas, que me metieron en la cárcel de Santesteban. Estuve allí una noche encerrado y al día siguiente recobré la libertad gracias al general, entonces coronel, don Carlos Martínez Campos, duque de la Torre.

Al volver a Vera telefoneé al secretario del ayuntamiento y le pregunté si estaba seguro en casa

o si me hallaba expuesto a que me prendieran otra vez.

El secretario me dijo que él no podía responder de que los carlistas no quisieran prenderme y decidí marcharme a Francia, que de Vera está a una distancia de unos cinco kilómetros. Hay que subir por una cuesta hasta un alto que se llama Ibardín y en donde está el límite de España. Comencé a marchar a pie. Avanzando por el camino me encontré con un automóvil pequeño que seguía mi propia dirección.

Me puse en medio de la carretera, hice una señal para que parara el auto y le pregunté al que iba en el coche si podía llevarme a Francia. Me contestó que sí, que subiera, y pasamos la raya y llegamos a Behovia de Francia. Allí estuve unos días en la casa de comisión de Arocena, constituida por un matrimonio que vivía allí. Eran marido y mujer amigos de Pierre Loti, entonces de gran fama. Estaba en este tiempo el escritor de comandante en un barco pequeño y viejo de guerra, en el estuario del Bidasoa, llamado el Javelot. El marido de la de Arocena se acercó a la frontera española y los carabineros le prendieron, le llevaron a la cárcel de Pamplona y luego, marido y mujer, fueron a América. Después de pasar unos días me marché a San Juan de Luz y me fui a un hotel barato en que estuve algún tiempo. Naturalmente, me aburría. Había algunos españoles y hablaba con ellos.

El que me chocó por su actitud fue el pintor Zuloaga. Un día le vi delante de la estación del tren que venía en dirección contraria a la mía. Al verme, abrió la puerta de entrada de la estación y se metió dentro. Yo cándidamente pensé que no me habría visto e hice lo mismo, entré en el andén y Zuloaga, al parecer nervioso, abrió la puerta y entró en la vía. Yo me quedé sorprendido. ¿Qué peligro podía haber en hablar conmigo en San Juan de Luz?

Aunque hubiera sido yo Landrú o Petiot o cualquiera de los asesinos célebres de la época no se comprendía tal temor.

Después, dos o tres a cuatro años más tarde, le vi en el estudio del pintor Miranda en Madrid. Me dijo Zuloaga que fuera a su estudio porque quería hacerme un retrato, pero yo no fui.

En San Juan de Luz, después de estar en un hotel, me fui a vivir a una casa que estaba al margen de una carretera, en una plaza, en donde había una feria con tio vivos, columpios, figuras de cera y demás atractivos populares.

Tenía un cuarto bastante bueno con un balcón a la plaza que era ruidosa, pero el jolgorio se acababa antes de las doce de la noche. Varias veces estando en el balcón de casa vi pasar un cochecito de dos ruedas con una vieja y una chica muy guapa que conducía el tílburí.

A los tres o cuatro días nos saludamos y un anochecer estuvimos hablando. Era una mujer muy inteligente y que había leído mucho. Me invitó a su casa que era muy grande y con un hermoso jardín. La señora que la acompañaba era su tía. Esta me dijo que su sobrina era lectora de mis libros y que tenía siete u ocho novelas mías en su biblioteca.

-¿Y las ha leído? - Sí. - ¿Y le gustan? - Sí. Ande usted, sea valiente. - No. - ¿Y por qué no? - Porque ella es joven y yo soy viejo. - Pues ¿cuántos años tiene usted?

-Voy a cumplir sesenta y cinco. - No lo creía, la verdad. Si es así no digo nada. Poco después me marché a París.

PRIMERA PARTE

La Ciudad Universitaria

I

LOS ESTUDIANTES

El viaje a la capital fue cómodo y transcurrió sin molestias. Llegué por la mañana y en la estación me esperaba un amigo. Cogimos entre él y yo una maleta y un paquete que no eran cosas pesadas y fuimos a tomar el Metro; llegamos a la Casa de España de la Ciudad Universitaria donde me dieron un cuarto. A continuación fui a saludar al

director, señor Establier.

El cuarto que me dieron estaba bien, la comida en el restaurante era un poco pobre, pero en cambio resultaba muy económica, cosa de importancia en aquel tiempo mísero. Yo no tenía más remedio que vivir de ese modo porque no contaba con más recursos que trescientos francos, que era lo que ganaba con un artículo que debía mandar a "La Nación", periódico de Buenos Aires. Con esos medios de vida resultaba muy difícil dedicarse a la orgía. El desayuno, la comida y la cena, por modestos que fueran, llegaban a los diez francos diarios.

En la Ciudad Universitaria no había ni alemanes, ni italianos. De mujeres las había francesas, inglesas, norteamericanas, griegas, chinas, indias y japonesas.

Entre los hombres, españoles, franceses, turcos, griegos, indios egipcios, japoneses y chinos. Había también unos negros de no sé dónde con un protagonismo terrible, con una cabeza como dos conos unidos por la base. A estos monstruos se los veía entrar en el restaurante de la Ciudad Universitaria con aire de satisfacción y hasta de orgullo, como si fueran Apolos.

Es extraño que en el sitio donde habría ente las diversas residencias quinientas o seiscientas personas jóvenes de ambos sexos no se diera ningún escándalo amoroso. Se ve que todo eso del donjuanismo y de la coquetería femenina tiene más que leyenda que de realidad. La moral sexual de París no se diferencia gran cosa de la moral de una capital de provincia.

La mayoría de los estudiantes franceses, ingleses, españoles, turcos, griegos, norteamericanos, blancos, negros y amarillos, llevaban una vida muy austera, muy seria. Quizá era consecuencia del poco dinero que tenían. Las únicas que se destacaban por su audacia eran las estudiantes norteamericanas, que solían ir y venir como les daba la gana y con frecuencia volvían a su residencia tambaléandose por la ingestión de alcohol.

Pienso que ese libertinaje de las grandes ciudades es pura comedia. Por lo menos en Europa, la idea de ética tradicional es muy fuerte y en un pueblo como París o como Londres, para tres o cuatro calles de bulevares con cierto aire de diversión y de jolgorio, hay centenares y millares de calles silenciosas y tristes, en donde se nota la dureza de la vida y la desconfianza de unos para otros.

El estudiante de París quizá en otro tiempo tuvo carácter de Tenorio, pero ahora en nada se diferencia del oficinista.

Respecto a la muchacha rica tampoco tiene una actitud o una manera de ser especial y



si no es por el lujo o por el auto, viéndola en la calle nada la distingue de la aristócrata. Creo que por sus ideas y por sus sentimientos tampoco se las puede separar. En otro tiempo, naturalmente, una señora Dubarry, o una señora Montespan se destacaría y produciría la admiración del público.

Alfredo de Musset hizo en verso el retrato de lo que se llamaba en su tiempo la "griseta" con gracia e ingenio. La primera estrofa de la poesía dice:

Mimi Pinson est une blonde, une blonde que l'on connaît.

Elle n'a qu'une robe au monde

Landerirette!

Et qu'un bonnet.

II

## GENTE CON DINERO

En la Casa Española de la Ciudad Universitaria había, cuando llegué yo, varias personas conocidas por mí, otras desconocidas; magistrados, profesores, periodistas y estudiantes. Como quizá a algunos les pueda disgustar que yo ponga aquí sus nombres, citaré a dos o tres que viven en América y a otros que han muerto. Entre los que se marcharon estaba el magistrado Carsi, el profesor González de la Calle, Américo Castro. Entre los que murieron se hallaban don Blas Cabrera, Juanito Barnés y otros que en estos momentos no recuerdo.

Un tal López Rey, muy rojo, y luego su hermano, jefe de la policía de Madrid, se presentó allí con un camión grande vigilado por dos milicianos armados y un chófer. Venían de España. ¿Qué llevaban dentro del camión? Todo hacía pensar que en aquel vehículo cerrado había cosas de gran valor. En el pescante del camión venía López Rey y el director de la Cárcel Modelo madrileña.

Entre los españoles que estaban en ese tiempo alojados en la Casa Española de la Ciudad Universitaria de París, no había gentes sin medios. La mayoría tenían dinero abundante, pero fingían no tenerlo. Muchos de ellos eran oficinistas rojos disimulados y vivían de subvenciones del Gobierno Republicano de Madrid.

Yo, como he dicho, no tenía más que una modesta colaboración en un periódico sudamericano. Desde el principio de mi estancia en París comencé a escribir en "La

Nación", de Buenos Aires, cobrando por artículo, uno al mes, trescientos francos. Me habría bastado para pagar la comida, pero me cogió un tiempo crudo de lluvias y no tuve más remedio que adquirir unas botas, un gabán y algunas otras prendas indispensables para poder salir a la calle.

En la Residencia, a poco de llegar yo, hubo una huelga de estudiantes. Decían éstos que la comida del restaurante de la Ciudad Universitaria era menos que mediana. ¿Cómo iba a ser buena si costaban los platos menos que en una ínfima tabernucha? Entonces los estudiantes y las estudiantas se fueron a comer por los figones de las inmediaciones. En el figón que yo frecuentaba se reunían estudiantes, obreros y muchachas jóvenes empleadas que hablaban entre sí y discutían. Había dos mozos y uno a quien los estudiantes encontraban cierto parecido con Mussolini. Este se pavoneaba engreído de satisfacción. ¿Es que podía creer alguno que los estudiantes pensaban que el dictador italiano había venido a vivir de mozo de comedor en una tasca próxima a la Ciudad Universitaria?

Era curioso que los franceses tuvieran en esa época entusiasmo por Mussolini. Oí a una muchacha que vivía en Madagascar, en donde su padre debía ser un alto empleado del gobierno, que dijo que al pasar por Italia, en Roma, había hablado con Mussolini y había llorado de emoción al contemplar de cerca a un político tan importante.

En los pueblos grandes se puede vivir más libremente y con mayor comodidad que en las ciudades pequeñas, pero no se conoce apenas al hombre por dentro. Así resulta la vida mucho más superficial de lo que se cree. El hombre de la gran ciudad vive casi siempre de cosas externas y aparatosas más que el tipo del pueblo pequeño.

En el café de la Ciudad Universitaria y en los próximos del Boulevard Jourdan, los jóvenes estudiantes discursaban acerca de cuestiones políticas.

III

## IDEAS SOBRE LOS ESPAÑOLES

Entre las francesas hay un concepto del español un tanto falso. Una profesora me decía que todas las amigas suyas que regresaban de nuestro país, volvían con la cabeza un tanto trastornada.

- ¿Por qué? le pregunté.

- Porque los españoles son para las mujeres muy trastornadores.

Yo entonces le dije que eso era pura leyenda, y que en España hay tantos sosos como en cualquier otra parte o quizá más, porque el hombre que se considera conquistador, generalmente suele ser un estúpido.

La amiga francesa me pregunta si no voy al cinematógrafo.

Le contesto que no, que no he cultivado nunca esa afición. Entonces ella le dice al chico que la acompaña, de trece o catorce años, que se queja de no ir más que dos veces a la semana al cinematógrafo.

- Imita a este señor que no va al cine más que cada quince o veinte meses.

Parece que los españoles estamos en algunas cosas a la moda en Francia, en la música bailable y en la política, que es otro baile con consecuencias más graves. A pesar de ello no tomarían al mejor escritor español como gacetillero en un periódico francés de tercera clase, no obstante ser algunos de estos diarios bastante mediocres.

Hay en la Casa de España un viejo catalán que quiere que todo sea de su país. El otro día una señora francesa, que al parecer ha tenido la veleidad de tomar datos para escribir un artículo extenso sobre Espartero, le preguntó al señor catalán qué era lo que tendría que leer para documentarse sobre la vida y la política del general, y el profesor de la Rambla le dijo que leyera el Anuario del Instituto de Estudios Catalanes.

La pregunta y la respuesta de este señor catalán me trajeron a la memoria el recuerdo de un librero de viejo, de Barcelona, que editaba tangos y solía enviármelos. ¿Qué habrá sido de él? Me contó que un hermano suyo había muerto y pedido que lo enterraran civilmente. Como el obispo se opuso, lo llevaron al cementerio católico. Entonces el librero de viejo se presentó en el obispado y le dijo al secretario de la Diócesis:

- Señor secretario, yo he venido aquí a pedir que lleven el cuerpo de mi hermano al cementerio civil.

- ¿Y por qué?

- Porque yo soy anarquista y mi hermano también lo era.

- Bueno, bueno.

Entonces el librero me decía a mí:

- Yo tiré un memorial y luego tiré otro memorial porque yo soy ante todo anarquista.

Varios meses después de esta temporada en París recibí noticias en las que me comunicaban que podía, si quería, volver a España, donde no me pasaría nada. Fui a Vera del Bidasoa y estuve allí unas semanas. Entonces el pueblo daba una impresión de tristeza. No había recurso alguno para distraerse, para pasar el rato como no fuera leyendo. Pero yo había ya por entonces leído demasiado y me convenía hacer algo, aunque fuera una estupidez.

Estábamos en invierno. Por ese tiempo me telefoneó un día el dibujante y pintor Martínez Baldrich, hijo del general Martínez Anido, con el interés de informarse de mi existencia. Fue entonces también cuando un día en que se helaban hasta las palabras, Pablo Gaudin, amigo mío francés que tenía un automóvil, se me ofreció para que pudiera asistir a la reinauguración de la Academia Española, en Salamanca, a cuyo acto me habían invitado. Me llevó en su coche.

La temperatura era casi polar. En Burgos, cuando pasamos por allí, el termómetro marcaba veinte grados bajo cero. En los montes había unas grandes nevadas. Al día siguiente de celebrarse la inauguración a que me habían invitado, salimos de regreso para Vera, Gaudín y yo; días después de viaje tan poco ameno, recibí un permiso firmado por el general Martínez Anido para cruzar de nuevo la frontera, conseguido por su hijo. Entonces emprendí un segundo viaje a París durante la guerra de España.

La gente de aquí, como la de fuera de aquí, habla con mucha vulgaridad de cuestiones políticas que no tienen nada de nuevo ni relación alguna. En cambio, se ocupan poco de ideas científicas y artísticas. No me explico esa atracción por la política. El político es casi siempre vanidoso y vulgar. No puede vivir sin elogios. Sus doctrinas no valen nada. Lo que se llama opinión pública enloquece a los jóvenes y andan preparando gestos y actitudes para buscar el aplauso de la galería. Son casi siempre esclavos de la fama, de la opinión de los demás y de la populachería.

El político es un sembrador de lugares comunes. Después de todo, la organización de la sociedad se basa en vulgaridades. Las frases hechas y las vaciedades aparatosas tienen siempre más lucidez que las intuiciones lúcidas y parece que sirven como de cimentación a la sociedad.

En España no hemos tenido grandes políticos. Para mí un político ha de tener primero figura, raza, brío y cierta inspiración mística y cordial. No creo que un político de temple pueda cambiar con gusto la posición audaz de un jefe de la oposición por la soñolienta y protocolaria del Jefe del Estado.

Hay un señor aquí, carlista, que afirma que la palabra "requeté" es española, pero no hay tal. Requeté es una palabra de origen francés de requêter (rastrear), y parece que

es el toque que se empleaba en la exploración de los bosques en la caza del ciervo. La palabra en España debe ser un término que aparece en la primera guerra civil, pues en las memorias de un voluntario realista francés de la primera guerra civil aparece un cantar cómico que dice:

Vamos andando, tapaté que se te ve el requeté.

Los navarros dicen que han inventado la palabra, pero no lo han inventado.

Aquí la gente asegura que no se puede ser más que rojo o blanco. Yo, como siento el entusiasmo por la libertad individual, no me decido por una cosa ni por la otra. En los dos extremos me parece descubrir intransigencia y dogmatismo.

Algunos que vienen de Madrid dicen que se han hecho de la C.N.T. y de la F.A.I. muchos reaccionarios y muchos chanchulleros, que no tienen ideal político de ninguna clase y que no esperaran más que a quedarse con algo.

También dicen que se ha formado una comisión para salvar obras de arte y libros. La eterna pedantería española. Yo soy de los que creen que, principalmente, lo que hay que salvar es la vida de las personas, y, después, si se puede salvar algo más, los edificios y los libros, pero antes que nada, las personas.

A mí me parecen estas suposiciones absurdas. Yo he ido muy poco al teatro, al café, al cine, a los toros, a los partidos de fútbol. Ni siquiera utilizo el tranvía. Si viviera en París donde actualmente están pagando a los obreros nueve francos por hora, con dos o tres de trabajo al día me bastaría para vivir.

- Usted es un viejo -me dice un tipo fanático.

Así que el reparo que le hacen a uno varía: tan pronto es el ser egoísta como el ser reaccionario, como el no tener fe en nada.

Las ventajas de la pequeña burguesía no se ven ya por ninguna parte. Aquí mismo se encuentra a la gente de esta clase viviendo en cuartuchos pobres, con escaleras angostas, haciendo una vida mísera. A esto se opone un argumento importante que esgrimía contra mí el anarquista Ascaso cuando hablé con él en la cárcel de Sevilla.

- No es usted de los nuestros porque lleva corbata.

¡Qué diferenciación de los hombres por una corbata! La que yo llevaba creo que me había costado seis reales. ¡Qué estupidez! ¿Quién le impide a nadie llevar una corbata si eso le gusta?

## IV

### AMABILIDADES

Un periódico titulado "Política", decía de mí hace tiempo: «Hoy vemos en Pío Baroja al viejo solterón, reblandecido y egoísta, al individualista de caverna que parece pensar como aquel monarca de Francia que decía: Después de mí, el Diluvio».

«Dice en su nuevo libro que las ideas anarquistas «no son más que lugares comunes más o menos delirantes», y que, «aunque lo creyera; no podría afirmar que hay que sacrificar el presente defectuoso para producir el porvenir perfecto. ¿A nombre de qué ese estúpido sacrificio?» «La mayoría de las veces -sigo yo diciendo, al parecer- la vida de la gente tiene cierto valor para alguien próximo; en cambio, las ideas, en general, no valen nada ni para el próximo ni para el lejano; no son más que lugares comunes defendidos por la terquedad y la estrechez de meollo de un pobre desdichado».

«Huelga demostrar termina diciendo el periódico anarquista cuán absurdas son semejantes opiniones y lo reñidas que están con toda lógica y buen sentido».

El artículo estaba firmado por un señor Fontaura, apellido o pseudónimo de un escritor al que, de conocerle, le habría dicho que para mí todos los sistemas políticos, cuanto más idealistas más utópicos, y cuanto menos más realizables y posibles. Las teorías políticas y sociales que pretenden ser perfectas, en la práctica van acompañadas siempre del fracaso.

El humanitarismo, en general, es una farsa. No hemos conocido a nadie que haya pensado: "El pobre vecino está enfermo. Yo quisiera que él se curara y que su mal viniera a mí".

Si asegurásemos una cosa parecida todo el mundo pensaría que es una frase hipócrita y sin ningún valor. El que se aísla, según estos ácratas, es un egoísta, pero el que fusila, no, ése da más bien pruebas de altruismo. El carlista que ama a su prójimo como a sí mismo y que lo fusila cuando puede o le hunde la bayoneta en el vientre, el anarquista que hace idéntica faena, o son inconscientes o son sádicos. Una sociedad de la índole que sea en donde mande un solo hombre, si es inteligente, tiene más probabilidades de marchar que una sociedad en donde todos los miembros quieran no sólo tener opinión, sino mandar. Con el libre acuerdo, quince personas reunidas no se entienden. Así se ha visto que todas las revoluciones europeas acabaron en el despotismo y en la dictadura.

Gentes hay a quienes les basta para sentir entusiasmo la invención de fórmulas utópicas. A mí eso me parece una perfecta ridiculez.

Asegurar en nuestra sociedad que todos serán honrados, dignos y caballeros; las mujeres trabajadoras y pudibundas, los jóvenes respetuosos y bien educados. Eso ¿qué valor tiene en la práctica?; ninguno.

Yo, al menos, tanto en lo personal como en lo político, me atengo a la máxima que se lee en el Evangelio:

"No puede el árbol bueno llevar malos frutos ni el árbol malo llevar buenos frutos. Así, pues, por los frutos los conoceréis".

Lo demás me parece mala literatura.

V

## INTENTOS DE RECONCILIACIÓN

Estos pequeños intentos míos para recomendar a unos pocos un ambiente de tolerancia, y una norma de apartarse de la estupidez, me traen a la memoria la ocasión en que una sociedad llamada "Unión de Escritores Proletarios", que preparó unas controversias y las llamó crítica de masas, me invitó a mí para la primera de esas conferencias, que se celebraría en el Ateneo de Madrid, discutiéndose una novela mía titulada "Los visionarios".

Yo que no soy un hombre que vuelva la espalda a las discusiones, incluso aunque no confie en un mínimo de respeto para aquel que defiende una posición intelectual, acudí a la invitación que se me hizo para sufrir la experiencia, que no salió de manera que pudiese satisfacer a sus organizadores.

Un periódico describía la presidencia, formada por la secretaria de los Escritores Proletarios, por Corpus Barga, autor discutido, y por un joven con pantalones de ciclista y una gran cartera bajo el brazo, escritor proletario entonces, aunque después haya cambiado bastante, para beneficio de sí mismo y de los grandes periódicos que recogen sus trabajos, que, naturalmente, tienen bien poco de proletarios.

Según los diarios que se ocuparon del acto, un tanto extravagante y pintoresco, los que me acusaron de enemigo del proletariado probaron no conocer el libro que criticaban, ni otros míos posteriores. Aquellos obreros conscientes parecían más enterados de Economía Política que de Literatura, por lo menos eran más aficionado a la Economía

A la Economía y a la jarana.

Alguna persona conocida me preguntó por entonces:

- ¿Y para qué fue al Ateneo a esa crítica?

- Por pura curiosidad, para ver qué pasaba.

Aquí en París me invitan a ir a una reunión en el hotel Normandie, de la calle de L'Echelle, hacia la de Rivoli. Se trata de discutir unas cuestiones de Gramática. Es cosa que me interesa poco, pero voy. Me acompaña en el auto un andaluz supersticioso, que cree mucho en el mal fario, y dos o tres amigos que ahora se encuentran como yo en el Colegio de España.

El local en donde se celebró la reunión estaba rebosante de público. Cuando llegamos, a mí me hicieron pasar a una sala, y los amigos que venían conmigo se quedaron en el recibimiento. Primero hubo una discusión política entre unos españoles partidarios de la C.N.T., otros de la U.G.T. y unos pocos conservadores, en cuya discusión yo no intervine.

A continuación comenzó la controversia sobre cuestiones literarias y gramaticales. El que hizo de director de la reunión me dirigió unas cuantas observaciones sobre un punto y yo contesté. Al parecer, la gente que escuchó mis respuestas quedó satisfecha.

Al terminar la reunión fui a la antesala para ver qué había sido de los compañeros del Colegio de España, y encontré que no quedaba ninguno y que todos habían desaparecido.

Al día siguiente vi al andaluz y le pregunté:

- ¿Qué les pasó a ustedes? ¿Por qué no se quedaron en aquella antesala?

- ¿No sabe usted lo que pasaba?

- No, ¿qué pasaba?

- Que enfrente de nosotros había un reloj de cuco en la pared y eso da, como nada, el mal fario. Les convencí a los demás y nos vinimos todos corriendo a casa.

Otro día voy con el andaluz a un restaurante que dicen que no es del todo malo. Este restaurante está en la calle Delambre, cerca del cementerio de Montparnasse. Cuando nos acercamos al comedor yo le digo al andaluz:



- ¿Ve usted el nombre de la calle?

- Sí, veo que pone del Hambre.

El andaluz que no sabe ni una palabra de francés ni de ortografía, dice medio asustado:

- ¡Pues sí que vamos a comer bien en la calle "del hambre"!

Y no quiere entrar en el restaurante.

En casa de una señora mixta de rusa y española ofrecen unos entremeses que se hacen con huesos, tomates y rebanadas de pan con caviar.

Diez o doce rusos, en una mesa redonda, hablan con entusiasmo en su idioma. Hay otra mesa donde juegan al brigde, y una pequeña donde hablo yo con un ruso y un español. El ruso, escritor y emigrado, me dice:

- Veinte años en Francia, siempre esperando, y hablando el francés cada vez peor.

Dice que los jóvenes se ríen de ellos por lo mal que se expresan en francés.

Pues es extraño, digo yo, porque ustedes los rusos tienen fama de hablar bien el francés.

- Pues ya ve usted que no es cierto, contesta.

Estos rusos hablan naturalmente con mucho interés y fervor de sus problemas y de sus recuerdos. Aseguran que Kutiespoff iba a la reunión de la calle del Campo del Alondra. A Kutiespoff lo cogieron en París unos oficiales rusos, chóferes, le metieron en un auto y lo mataron. Después llevaron el cuerpo a La Rochela, y, desde allí, en un barco, lo enviaron a Rusia. Luego se supo que a estos oficiales, con pretextos insignificantes, los fusilaron a todos. ¡Qué época la nuestra! Es de las más bajas y miserables de la historia.

Según los rusos, los españoles estamos al principio. Nosotros creemos o por lo menos esperamos, dicen, que estamos ya al final, pero no lo sabemos tampoco de cierto. Ahora, como España es un país más pequeño que el nuestro, quizá ustedes se arreglen más pronto. Entre los rusos que conozco corre la idea de que lo que pasa en España es una repetición de lo que pasó en Rusia. Casi todos creen lo mismo, no sabemos por qué razón.

De mis conversaciones con los franceses, vi lo poco que suelen comprender de lo que se encuentra fuera de su círculo. En el juicio de unos pueblos sobre los demás, no solemos estar muy conformes, porque hay un fondo de interesada malevolencia de unos para otros.

En general, los franceses tienen un poco la manía de creer que todos los demás pueblos los han imitado. Pero esto mismo podrían decir los demás países. Los franceses han tenido algunos filósofos, esto se debe a la influencia alemana; han tenido escritores de imaginación, cosa que se debe a la influencia italiana y española; han tenido industriales y hombres prácticos; ello procede del influjo inglés. Pensando con malevolencia, todos los pueblos de Europa se han imitado unos a otros, sin que haya ninguno que pueda considerarse absolutamente original.

Sería útil que esa idea un tanto primaria de la imitación se abandonase, porque no hay nadie en el mundo de la inteligencia que no haya seguido las huellas de otros. ¿Cuál ha sido el primero? Eso no se puede saber con exactitud.

- Yo siempre he querido vivir independiente. Un condiscípulo médico que hacía una vida imposible visitando a gente pobre, decía hace muchísimos años:

- ¿Tú tendrás también que volver a ejercer la carrera?

- No, yo quiero trabajar en casa escribiendo, antes que andar de la ceca a la meca visitando enfermos.

- Estando en Francia, una señora me dijo:

- ¿Y usted por qué no se ha casado?

- ¡Qué quiere usted! Yo no he tenido medios de vida para eso.

- Pero ¿tan poco da la literatura en España?

- Poquísimo.

- Yo creí que para vivir modestamente bastaría.

- Pues no basta.

- ¿Qué ganó usted con esas tres novelas que publicó hace tiempo: "La Busca", "Mala Hierba", "Aurora Roja"?

- Pues unas mil pesetas por las tres.

- ¿Verdad?

- Sí, no gané más.

VI

Un día que hacía yo la crítica de la política española a mi manera entre mis amigos, el padre de un muchacho, ex-alcalde de Gijón, me dijo que allí no se aceptaba gente indiferente en política, y que iban a traer a la Casa de España unos cuantos milicianos, amigos suyos, para que me tiraran a mí por la ventana.

Yo le mandé a paseo, y le dije que en París a los milicianos los llevarían a la comisaría, y que tal vez después les dieran unos cuantos puntapiés en salva sea la parte.

Se armó un gran escándalo, y el andaluz del mal fario se escondió un poco asustado. A los dos o tres días me decía con su media lengua:

- Ya ve uté como le conteté yo a aqueyos zeñores que vinieron a inzultale; porque yo no permito que a un amigo mío se le vaya a tratar azí.

Yo me quedé sorprendido y, al mismo tiempo, regocijado, al notar la imaginación del andaluz, que en dos o tres días había modificado un hecho sucedido hacía poco, y en el cual él se había escapado como una liebre, dando una prueba de miedo.

No es posible hablar con tranquilidad entre personas de opuestas tendencias. Los españoles políticos se odian como los perros de distintas razas; ya se comprende que el que habla es amigo o enemigo, y si es enemigo no se acepta nada de él.

Entre la gente que se cree moderna se han oído las siguientes tonterías:

La libertad es reaccionaria. Los que son más tienen siempre razón sobre los que son menos. La ciencia y la filosofía son inútiles. Actualmente, en cuestiones políticas, nadie puede ser neutral.

Todo esto que se considera moderno, es lo mismo que dijeron los partidarios de las religiones antiguas. Ya en la hostilidad por el enemigo he oído decir que es más fácil dar en un blanco desde lejos que desde cerca. La estupidez reina entre los aficionados a la política.

Es muy de gente actual, de espíritu obtuso, el hacer el reproche a muchas cosas de que

son inútiles para la vida. Si se quiere extender este criterio me parece muy difícil discriminar el campo de lo útil y de lo inútil. ¿Son útiles la Música, la Astronomía y la Literatura? Es difícil de asegurarlo. Yo, dedicándome a la paradoja por molestar, digo que el comunismo es reaccionario.

VII

Un amigo que me escribe desde Inglaterra, me habla de las señoras de la casa en donde vive; una de ellas parece que dice: «Ese no sabe más que lo que ha aprendido en los libros».

El reproche tiene algún valor. La lectura de muchos datos puede dar motivos fecundos a la inteligencia, pero si no hay precaución para aceptar unos y olvidar otros, cualquiera se convierte fácilmente en un erudito absurdo. Entonces, cuando se sale de la especialidad y aún dentro de ella, se tiene la propensión a pedantear.

Así, uno de estos físicos a quien veo alguna vez, me dijo que se podía acertar mejor disparando sobre un blanco lejano que sobre uno próximo.

Pues mire usted le dije yo, si tuviera que batirme con usted a pistola, y tuviera derecho a disparar a cinco metros de distancia y usted a doscientos, estaría muy contento.

Al día siguiente la mujer del físico decía con gracia que lo que había dicho su marido era una melonada.

A este físico le pregunté una vez:

- ¿Qué son los quanta?

- Quanta en español -contestó- podría mejor llamarse cuenta. Como las cuentas del rosario, las radiaciones luminosas o las de los cuerpos no son continuas, sino discontinuas, no van como una corriente de agua por un tubo, sino de una manera alterna.

- ¿Y qué relación tiene esto con el átomo?

- El átomo lanza también sus emanaciones de una manera discontinua.

- ¿La teoría de Planck y la de Einstein tienen alguna relación?

- Sí, la tienen, pero muchas de estas teorías, por ahora al menos, no se ven claras más que dentro de las Matemáticas. No pueden pasar al terreno racional y menos al

experimental. Einstein cuando estaba a punto de encontrar su teoría de la relatividad, tuvo que saltar de la matemática euclidiana a otra no euclidiana para llegar a sus teorías.

En otras muchas cuestiones científicas parece que sucede lo mismo y no todo se puede convertir en materia racional.

Los mismos grandes artistas y músicos no son capaces de dar una explicación intelectual y lógica de sus obras. Cuando se oye a un músico que se explica bien y habla con cierto ingenio y cierta claridad de los ideales de su arte, se puede asegurar que no es un gran artista.

Estamos en una etapa de conceptos sociales un poco metafísicos. Esto comenzó en la Revolución Francesa, con toda la elocuencia y la solemnidad de aquella época, y no vale la pena de repetir sus puntos de vista de una manera mediocre.

En este segundo tiempo de París estuve pensado que quizá podría ir de profesor auxiliar a un colegio inglés.

Escribí a dos o tres personas. Ya veía yo que de literatura española no sabía mucho, pero otros fueron y seguramente no sabían más que yo.

Estas cuestiones de información literaria están a la altura de cualquiera. No exigen conocimientos profundos, pero la presentación hace que unos sean rechazados y otros admitidos.

Si las explicaciones pudieran estar al nivel de las obras y analizarlas, ¿qué es lo que no hubieran dicho sobre la música hombres como Mozart y como Beethoven? Sin embargo, no dijeron nada o casi nada que valiera la pena.

Probablemente no era sólo porque les parecía inútil, sino porque no veían el medio de traducir en palabras lo que habían expresado en su arte.

Este pintor dice que los impresionistas prescinden de la forma, es decir, del dibujo de los objetos. Es muy difícil saber lo que es la forma.

Evidentemente, si se trata de representar una cafetera, una silla o una taza, un catálogo ilustrado de un bazar lo señala tan bien o mejor que un buen cuadro, pero la pintura no parece que tenga la misión de señalar las cosas como Orbaneja y decir: Esto es un gallo.

La pintura tiene, evidentemente, otra misión; ahora, de una manera clara, no sabemos

cuál es esa misión. El que se dedica a la ciencia física necesita tener unos conocimientos matemáticos grandes. Si este estado avanza y los científicos saben aprovechar su momento, podría llegar el caso de su dictadura en el mundo que yo supongo que sería mejor que las demás dictaduras de otras clases y de otras castas. Esta forma de mundo tendría en parte, de deficiente, que no podría dar explicaciones comprensibles para el vulgo. Sería un régimen parecido al de los legendarios magos, basado en la mentira y los modernos en la verdad.

En general, la civilización ha fallado en esta primera mitad del siglo XX de una manera ostensible. Sólo la ciencia se ha defendido bien, lo demás nada.

VIII

En el café de la Ciudad Universitaria charlo de cuando en cuando con un tipo que parece japonés, pero me choca, porque los japoneses, al menos en este tiempo, no quieren hablar ni con franceses, ni con ingleses, ni con españoles. El pequeño asiático es de la Indochina. Me dice que ha oído afirmar que en la literatura española reina la desesperación. No sé de dónde habrá sacado esa extraña idea. El indochino es bastante más explícito que los japoneses. Dice que la mayoría de sus

paisanos, cuando leen algo de los europeos, sienten una cierta humillación.

- ¡Humillación! ¿Por qué? - le pregunto yo.

- Porque el chino encuentra al escritor europeo de una audacia desagradable, y cree que no tiene derecho a esto.

Los chinos suponen, al parecer, que todo lo que cubre la bóveda del cielo es China, que Portugal no tiene una colonia en Macao, que geográficamente pertenece a territorio chino y que Portugal es una colonia de la China.

El indochino habla de Confucio, de Buda y el Tao con más franqueza que los japoneses.

- El Tao es el ser, el todo, la razón suprema de las cosas y de las ideas. Yo le digo a este chino:

- Veo que entonces son ustedes una especie de alemanes con coleta. El sintoísmo, religión nacional del Japón, debe ser cosa de poca monta. No parece encerrar ningún valor filosófico. Es religión de un practicismo vulgar.

Hablamos también del sinántropus encontrado cerca de Pekín. Me dice el asiático, que

podía ir yo a la China.

- ¿Cómo voy a ir yo a China? Tiene que ser un viaje carísimo.

Otro día el asiático me cuenta el argumento de varias comedias chinas. Luego me dice que las pequeñas curiosidades del europeo sobre las costumbres, las mujeres, los dioses, etc., les parecen ofensivas a los chinos y a los japoneses, pero, en cambio, los grandes descubrimientos de la ciencia y de la industria de Europa les dejan a ellos maravillados. Me dice que existen todavía las comidas de treinta y cuarenta platos, que hay historiadores modernos que han estudiado la antigua filosofía china y que de los autores europeos ha traducido a muchos, y últimamente a Andrés Gide y a Paul Valery.

En la conversión con el chino y un japonés yo pregunté al primero:

- ¿Qué quiere decir el sintoísmo?

- Sinto quiere decir camino de los dioses o vía de los espíritus.

- ¿Qué dioses tienen?

- Antiguamente había Amaterasu, diosa del Sol.

- ¿Y ahora?

- Kamiasha.

- ¿Hay otros dioses?

- Sí, hay otros dioses: Izanagui, Izanami, Onamochi, Okininushi, pero éstos no son verdaderos dioses.

- Después al japonés le pregunto sobre el hara-kiri.

- Ha-ra-ki-ri -dice- es palabra para los extranjeros.

- Se ve que el hombre no quiere dar explicaciones claras.

- Pues... ¿cómo lo llaman ustedes entonces?

A esto no contesta.

Dice que en el ha-ra-ki-ri no se mata uno a sí mismo, sino que el que se dispone a morir, se marca con el puñal en el vientre y entonces un amigo le corta la cabeza.

Los europeos no comprenden esto. El mariscal Nogi y su mujer se hicieron el harakiri cuando murió el emperador Mutsu-Hitu.

El indochino se pone a explicar lo que es el taoísmo, y da unas explicaciones tan confusas que no hay manera de entenderle. Existe una primera trinidad y luego otra, y aún ésta no basta, porque luego hay dioses de todo; de Sol, del Cielo, de la Tierra, de la Osa Mayor, de la Luna, etc., etc.

- ¿Entonces es un politeísmo?

- No, no es un politeísmo. Es el sistema religioso de Lao-Tsé, pero no es un politeísmo completo.

Entre las risas del uno y las ceremonias del otro, no se entiende nada de lo que dicen. Para ellos las palabras tienen una importancia extraordinaria. Yo le pregunto al japonés:

- ¿Y los ainos qué clase de gente son?

- No hay ainos.

- ¿Cómo que no?

- Hay el pueblo ainu.

- Pues de ese quería yo hablar.

- Estos son muy pocos, barbudos, peludos y sucios. No hay más que unos quince o veinte mil. Adoran al Sol, a la Luna y al Fuego. Se parecen a los esquimales; unos dicen que descienden de un oso, otros de un gran perro blanco. Son muy pacíficos.

El indochino, a mis preguntas dice siempre:

- Es que la China es muy grande y esto no lo saben los europeos.

- Eso sí lo sabemos. Podremos ignorar las ideas de los chinos, pero sabemos que China tiene gran extensión y un gran número de habitantes, eso lo conocemos todos los europeos.



Esta supuesta austeridad de la gente española que viene aquí, y su habilidad para hacer negocios y ganar dinero, es bastante cómica y contradictoria.

El otro día estaba yo en el despacho del conserje, y un señor preguntó por el director. Le dije yo que no estaba.

- ¿Usted es el señor Baroja? me preguntó después.

- Sí.

- Aquí se está mejor que en España -dijo él, queriendo mostrarse irónico.

- No creo que yo le impida a usted que se vaya donde quiera.

- Ya lo sé.

- Yo no pretendo ser un héroe como usted. Usted es un héroe, sin duda. Tiene un buen sueldo, y de cuando en cuando viene usted aquí a hablar con uno o con otro. Ahí es nada. Yo no, yo tengo que escribir unas tonterías para ir viviendo, pero que le cuestan a uno trabajo.

El hombre se marchó molesto y sin ganas de bromas.

Andan por aquí ahora unos judíos, compradores de armas, representantes de fábricas, llevándose una vida espléndida. Los unos deben considerarse muy patriotas y los otros muy revolucionarios, pero unos y otros parece que, principalmente, son unos cucos.

La pedantería de algunos políticos quiere convencernos de que los que no hemos participado en el gobierno del país somos tan responsables del desorden actual como de los demás. «Usted no es el cocinero de la casa, pero si la sopa se ha quemado, es su falta. No es la niñera, pero si el niño se ha caído o ha comido tierra, tiene usted también la culpa». Le dan a uno encima la responsabilidad de lo que no ha hecho, y en cambio no se tiene en aquello de lo que se ha hecho. Es una mentalidad de bosquimanos o de mandingos.

Yo no hubiera aceptado ni en la Monarquía ni en la República que los funcionarios se mostraran disconformes ni enemigos del Gobierno, pero como todo es absurdo y estúpido en nuestro tiempo, ahora ya no se quiere lo justo, sino que el hombre independiente, el que no vive del estado, tenga todas las obligaciones del funcionario.

Es, en el fondo, la teoría judaica de que el que no está conmigo está contra mí.

X

Los crímenes de París, a base de adulterio y de robo y de un poco de neurosis, en que aparece una francesa casada con un ruso o con un polaco, comerciante o dentista, son muy clásicos en este tiempo.

El asesinato de Navachin en el Bosque de Bolonia tiene un carácter oscuro y melodramático. Se dice que este economista ruso era judío y masón. Unos suponen que el atentado vino del lado revolucionario de los soviets; otros piensan que en él intervino la masonería; y hay quien pretende que tiene relación con los jesuitas. Mentalidad de Eugenio Sue o de Ponson du Terrail. También se supone que este Navachin podía tener enemigos en la policía rusa o en la alemana, pero la verdad es que no se aclara el asunto. Tampoco se conoce el motivo de la muerte de Kutiespoff y de Tukachavaski.

El sistema de los policías de Londres contra los anarquistas, que practica la policía de Scotland

Yard, parece que no es muy eficaz. Todo se hace a fuerza de recortes de papeles, de denuncias y de anónimos. Los sospechosos son perseguidos por agentes durante todo el día, y esto sirve para conocer a las personas con quienes hablan y los sitios por donde van. El sistema no es muy eficaz. Lo que sucede en Inglaterra es que, como país liberal, hay pocos anarquistas, y éstos en su mayoría son platónicos.

También se habla ahora de Rusia y del segundo proceso contra los enemigos de Stalin. Ello da una impresión bastante desagradable. No se comprende cómo los acusados no se defienden y cómo confiesan sus atentados y sus delitos. Claro que no hay informes directos y puede haber también alguna razón desconocida. De todas maneras, este proceso da una impresión de algo oriental, oscuro y siniestro.

Hemos discutido en casa de un amigo si el materialismo de los marxistas, bien realizado, bastaría para que la vida fuera grata. Las mujeres creían que sí; algunos hombres, que no. Es curioso que las mujeres se mostraran más materialistas y más optimistas. Yo digo: Llenar la vida con bailes, diversiones y deportes está naturalmente muy bien, pero cumplidos los cincuenta años, ¿qué se hace?

Yo creo que las aficiones a leer no se improvisan, y yo mismo pienso que si no hubiera pasado en la juventud tantas horas de aburrimiento no hubiera tenido afición a la lectura.

Las mujeres semipolíticas son muy optimistas respecto al porvenir; yo, la verdad, no veo el motivo. La naturaleza ha dado a las mujeres más cargas que al hombre, y tener los mismos derechos que él no es una ventaja.

También es una cosa difícil de comprender cómo habiendo sido siempre reaccionarias y de cierta tendencia mística, se están haciendo ahora revolucionarias materialistas.

En Madrid decían en una manifestación: "Hijos sí, maridos no".

Es extraño, porque la ventaja de esto es para los hombres, que les libra de toda obligación.

- ¿Ha leído usted a Karl Marx? - me preguntaba una señora.

- No, lo que he empezado a leer me ha parecido un poco pesado.

Después hablamos del patriotismo.

El patriotismo ¿aumentará o descenderá con el tiempo? No lo sabemos.

Evidentemente, la patria va perdiendo valor como concepto, porque hoy la patria para los obreros son las fábricas, las cuencas de carbón, los muelles del gran puerto. Lo demás interesa poco y a nadie atrae.

Los elogios que se hacen de Rusia son los mismos que se ha hecho de la Alemania nazi. No hay libertad, pero en tal parte hay una magnífica piscina; en otra, un Metropolitano admirable; allá, una fábrica de microscopios como no hay otra. ¿Se va a hacer una revolución horrorosa y a matar millones de hombres para que haya unas cuantas industrias más avanzadas que antes? Me parece muy caro el conseguir ese privilegio tan pobre. Yo prefiero Suiza a la Rusia de Stalin o a la Alemania de Hitler, con todas sus fábricas y todos sus perfeccionamientos técnicos.

XI

En París los asuntos políticos y sociales van tomando mal aspecto. Los obreros se manifiestan groseros. Tenían ya dos días de descanso, desde el mediodía del sábado hasta el mediodía del lunes, y aun así me parece que no están contentos. Han aparecido sobre muchos de los edificios de la Exposición, que se está preparando, banderas rojas y algunas tricolores, donde han pintado la hoz y el martillo. Mucha gente sospecha que Blum podría resultar otro Kerenski u otro Azaña, tan fatal para el país como ellos. ¡Quién sabe! Si hay guerra, la guerra puede cambiarlo todo.

Hace medio siglo conocí en París a gente que se consideraba anarquista y se creía en la obligación de dirigir la vida a su manera, sin pedir protección a nadie. Los que ahora se llaman sindicalistas y anarquistas en España, y que han tomado parte en la guerra civil, no son de esos: piden protección al Gobierno rojo, la consiguen y se marchan a América con dinero.

No comprendo, la verdad, por qué me han querido considerar como un político versátil y traidor. ¿Traidor a qué? Yo no he tenido cargo ninguno con ningún gobierno. Comprendo que sea antipático. Eso me parece muy legítimo. «A mí me fastidia lo que escribe este autor». Muy bien, muy lícito el que alguien se exprese así. Cada cual puede tener sus antipatías y sus simpatías. Nadie lo debe impedir.

Ahora como dije, veo en París a gente que se llama anarquista y sindicalista, que ha tomado parte en la guerra civil española y que están aquí con sus billetes para ir a América. ¡Qué diferencia de actitud entre antiguos y modernos! Estos últimos han visto en la práctica el resultado de las utopías de antes. Ya no hay en ellos fanatismo, ni credulidad, ni ilusiones. Estos no cuentan más que extravagancias, arbitrariedades, cuquerías y martingalas de los jefes y jefecillos, que han padecido. Yo les decía a algunos:

- A mí me choca que ustedes hayan creído otra cosa. Eso pasa y pasará eternamente, y cuanto más irrealizable y más imposible sea la utopía, más pasará.

- Se ve que no ha leído usted a Karl Marx -me han dicho varias veces algunos tipos de profesores.

- No, no le he leído.

- ¿Y por qué?

- Porque he comenzado y no me ha parecido ameno.

- ¿Tampoco ha leído usted la vida de Lenin, ni la de Trotski?

- Tampoco.

- ¿Y por qué?

- Por lo mismo, porque no me ha llegado a interesar. Todo eso de la Segunda y la Tercera Internacional, la Social Democracia, el partido de la Inteligencia, me ha parecido de un aburrimiento espantoso. No siente uno la época. Lenin, Trotski, Hitler, Mussolini, me parecen, sobre todo, pedantescos y aburridos. Sin duda es uno de una

época ya pasada. Lenin es el maestro de todos ellos, Lenin dio la norma de la política sin escrúpulos, y de Lenin la tomaron Mussolini e Hitler. Lenin es el filósofo práctico.

Algunos me achacan como si yo hubiera hecho algo terrible, el que se publicara un libro mío con el título de "Comunistas, judíos y demás ralea", en tiempo de guerra civil. Este libro no es más que una recopilación de artículos y de trozos de libros míos. El título de la obra es lo que resulta algo detonante, pero no lo puse yo, sino el editor en Valladolid, en 1938. Naturalmente, algunas frases están suprimidas por la censura. Otras cosas no corresponden bien al texto porque en este libro, que por el título llama ralea a los judíos, hay un gran elogio a Walter Rathenau. En España protestaron de este elogio varios alemanes.

Yo le escribí a Ruiz Castillo, padre, diciéndole que el título me parecía un poco exagerado y él me contestó con una carta y después en una tarjeta postal que copio.

Decía así:

«Valladolid 24 enero 38.

Mi querido Baroja: Ahí va un nuevo título de gran éxito, que se me ha ocurrido después de cerrada mi carta: «Comunistas, judíos y demás ralea». No sé qué le parecerá. A mí me gusta tanto que si no le llena del todo, me atrevo a pedirle que transija y me lo apruebe. Creo que da idea del contenido del libro y que sería difícil encontrar otro más editorial, más de público. Lo que se dice un hallazgo, y... perdone la inmodestia.

Le abraza su siempre amigo

Castillo».

Cualquiera que tenga un espíritu de serenidad y de justicia, cosa que es rara en España, notará que yo no he puesto en ese libro más que una observación casi indiferente.

Ahora la masa comunista o reaccionaria odia eso con su pedantería sistemática. Quiere pensar que ellos son valientes y generosos, y los enemigos, cobardes y malvados. Bien que crean lo que quieran.

Se vive en la Casa de España de la Ciudad Universitaria, pero se vive muy medianamente. Trescientos francos al mes, en esta época, son casi nada. Fuera del artículo de "La Nación" he encontrado muy poco. He publicado algo en periódicos franceses, pero el traductor cobra la mitad, y lo que le queda es una miseria.

El director de la Casa de España no me ha cobrado el cuarto. y en una época, ni la

casa ni la comida.

He escrito algunos conocidos ingleses. El que yo no esté ahora con los rojos comunistas les parece muy mal.

¡Pero si yo no he estado nunca con ellos!

En la Ciudad Universitaria, en la Casa de España, tengo pocas simpatías. Los rojos que miran como un traidor. Un jovencito me da un recorte del periódico "Claridad", de Madrid, del 4 de agosto 1936.

«El otro día han pretendido fusilar al escritor vasco. Los carlistas de su tierra pretendían cometer el atropello. ¡Qué enormidad! Ignoramos si la aventura ha abierto los ojos, escépticos y cansados, a Baroja, acerca de las dos o tres verdades elementales inmersas en la Historia de España.

Lo dudamos. Ello le evitaría escribir libros tan abyectos como «El cura de Monleón».

Este libro, abyecto para los revolucionarios, según el escritor de "Claridad", es para un buen católico un libro horrible y blasfemador.

Si hubiera entre esas gentes fanáticas de España no talento, sino un poco de buen sentido, habría que preguntarles. ¿Cómo se puede suponer que un libro de base política y religión sea abyecto para los de la derecha y para los de la izquierda? Yo creo que mi libro es de bastante imparcialidad, escrito con el prurito de contar sucesos ocurridos con la mayor exactitud posible.

¿Por qué me va a abrir los ojos? Yo ya sé que actualmente unos y otros no aceptan los hechos tales como son, y que tienen como lema la frase de la intransigencia: «El que no está conmigo está contra mí». «El cura de Monleón». no gustó ni a unos ni a otros. Precisamente porque yo no tenía ninguna política que defender, sino que pretendía ver la con la mayor serenidad posible lo que pasaba. De "El cura de Monleón" se dijo que es un libro triste, sin esperanza, pero abyecto no.

¡Qué quiere usted! Ahora en España todo el que escribe puede decir:

"El que no está conmigo está contra mí", y si un escritor publicara algo como el "Telémaco" o "El viaje del joven Anarcasis", los del lado contrario dirían que había publicado un libro abyecto. El que ha escrito ese artículo es un navarro de la Ribera, un carlista al revés.

He recibido noticias de un editor inglés que me dice que publicará una novela corta mía

en el número próximo de una revista.

Yo no comprendo a muchas de esas gentes que están aquí, que tuvieron destinos y buenos cargos en la Monarquía, luego se mostraron republicanos y ahora no aceptan que los que nunca hemos sido nada tomemos una actitud de expectación. En cuestiones que se debaten seguimos la actitud que hemos tomado siempre. No hemos jugado en la lotería política, pero ahora, según ellos, tenemos que pagar como los que han perdido y han tenido épocas en que ganaron.

Igualdad para todos en la miseria general, igualdad para todos, con tal de que sean subordinados, adictos y obedientes. Ahora para los jefes, mando sin responsabilidad, todo a base de una utopía que no tiene realidad ninguna. ¿A qué hombre que no viniera de una selva americana o africana y que tuviese una mediana cultura, sin complicaciones y sin ambición personal, iba a preferir Moscú a Londres, París, Bruselas o Nueva York? Vivir en un lugar lleno de prohibiciones, sin libertad de hablar ni de opinar, no puede gustar a nadie.

XII

Se advierte ahora la lucha de las radios. Hay siempre hostilidad entre las emisoras rusas y las alemanas, y cuando suena una, la interrumpen con interferencias las otras para que no se oiga.

Hay una novela corta de Conan Doyle que se llama "Estudio en rojo", en donde habla el autor de una persecución terrible de los mormones contra sus enemigos.

Ahora en España se ve a los médicos, a los escritores y a los artistas, que se hacen el reclamo, el «boniment» (que dicen los franceses), de una manera escandalosa. Yo no había notado esto anteriormente, pero ahora se practica con libertad. Antes existiría también, pero creo que de una manera menos cínica.

El médico cuenta cómo sus compañeros se equivocan de medio a medio en un diagnóstico.

- No, aquí se trata de esto y nada más; y acierta según él.

El pintor dice delante de su cuadro y rodeado de un grupo de amigos:

Hay que ver cómo el efecto está conseguido!eh¡!Qué exactitud¡!Qué fuerza¡

El escritor hace lo mismo.

Ahora, yo creo que en un público en general de envidiosos esta práctica no produce efecto ninguno y la mayoría se queda diciendo:

- Este es un tío que cultiva el autobombo.

El cinismo creo que no sirve para nada práctico. ¿Quién va a convencer a los demás con alegatos elogiosos de sí mismo?

Nadie. Es una pretensión verdaderamente ridícula.

Para mí en la poesía lo que atrae es lo sentimental y lo musical. La evocación de los colores no me interesa nada. El arte de los colores, naturalmente, es la pintura. Querer traspasarlo íntegro a la literatura me parece un error.

Que haya en la poesía evocación de los colores del campo puede estar bien, pero que todo sea colorismo, para mí es poco agradable.

XIII

En la Casa de España de la Ciudad Universitaria de París, un día me avisaron por teléfono para que bajara al salón del primer piso, porque había un grupo de señoras y señoritas norteamericanas que querían hablar conmigo.

Bajé al salón, saludé a aquellas damas, todas muy elegantes y me dio la impresión de que las defraudé un poco porque yo no tenía un aire destacado.

Hablaban muchas el castellano, y, casi todas, el francés, así que se podía uno explicar. Algunas habían leído libros míos traducidos al inglés y publicados en Nueva York. Yo dije que, al parecer, no había tenido ningún éxito con mis obras, y que el editor americano, cansado de su fracaso, se había anunciado de este modo: «Pío Baroja, el escritor menos leído del mundo».

Una de aquellas damas, por cierto muy airosa y muy elegante, me dijo:

- Si hubiera usted sido de nuestro país, con el tipo de literatura suyo y reflejando la vida americana, hubiese usted tenido un gran éxito.

- Es posible, pero uno no nace donde le conviene; ¡qué se le va a hacer!

XIV



Me parece notar que en Francia no hay ninguna curiosidad ni simpatía por los españoles. En las esferas oficiales nada, y particularmente, muy poca.

No se puede luchar con esa indiferencia porque es una indiferencia más bien malévolamente que bien intencionada. Nos tienen un absoluto y completo desdén. Francia ve un poco que se le van sus entusiastas. Los demás pueblos latinos no hacen gran cosa, ni en ciencia, ni en literatura, ni en arte, pero Francia tampoco está a la altura en que estuvo, por lo menos hasta el final del siglo XIX. Lo que produce es también poco brillante y llamativo. Parece que estamos cerca de una decadencia latina y europea. Los americanos del Norte tienen éxitos estridentes, que muchas veces no se consolidan, pero eso ya es mucho para el tiempo.

Si esto es así, todo lo latino va a perder su prestigio.

Francia y París han brillado en el mundo, sobre todo en el siglo XVIII y XIX, pero ahora parece que van decayendo. Italia fue el centro de la literatura y del arte en el Renacimiento, pero modernamente no tiene grandes escritores, ni grandes pintores, ni grandes músicos.

Parece como si todos los países latinos fuesen decayendo. No sabemos si volverán a tener un momento de brillantez. Creo que no.

Tenía yo por entonces tres casas para ir a charlar: una en la orilla derecha del Sena, bastante lejos; otra cerca del jardín de Luxemburgo y la tercera en la calle Veneau.

## SEGUNDA PARTE

### Los estudiantes

#### I

De todas las personas jóvenes que van al restaurante de la Ciudad Universitaria las más interesantes y divertidas y las de más carácter son las norteamericanas. Algunas de ellas tienen la mala costumbre de ir a una cantina que está cerca del parque de Montsouris y allí beben con tanta abundancia que algunas veces vuelven a su casa tambaleándose. Es curiosa esta sensación de mediocridad que va dando la vida de la gente civilizada, que la hace querer escaparse de la rutina diaria.

Hay también en la Ciudad Universitaria algunas chinas. Una de ellas alta, tiene un aire expresivo y fuerte. Su cara parece una moneda de oro. - Es mujer simpática. Un amigo mío dice que le da miedo y se la figura con una yatagán cortando cabezas. Lleva un abrigo de piel de tigre, y es de Shanghai. Ella pronuncia Shanjai.

Estuvo conmigo, en casa de una señora que era polaca y pintora, una noche en un estudio grande y destartalado. Pocos días después encontró una novela mía traducida al francés, y me la dio para que se la dedicara. Esta china quería considerar que, entre nosotros (la gente de Europa) y ellos, no había apenas diferencias; pero yo encontraba muchas y aunque no me la imaginase con un yatagán cortando cabezas, como mi amigo, tampoco podía hablar con ella como con otra mujer.

La chica parisiense, a la que yo llamaba "La Apache", es una muchacha sugestiva, con una risa satírica y un tipo arrabalero. Cuando baila con un joven estudiante tiene actitudes de coquetería y parece haber tomado como modelo a Carmen, de la ópera de Bizet.

Poco después se marchó su galanteador y tomó otro novio, el cual, sin duda, era de carácter más serio y más triste. La Apache o Ex-apache, que probablemente tenía facilidad para tomar varios avatares personales, dejó entonces su aire de arrabal y sus tocados un tanto subversivos y adoptó un aspecto modesto y de poco carácter.

Esta Apache solía llevar a veces un pañuelo rojo en el cuello. Por plegarse al temperamento grave del novio sustituto, la muchacha, como digo se tornó seria y dejó de reír con sus risas satíricas, que al primer novio le hacían gracia, y abandonó las coqueterías a lo Carmen de otro tiempo.

## II

Los amores del egipcio y de la rusa producen curiosidad en el Colegio de España, porque el egipcio está instalado en esta casa. El joven parece hombre de poco talento, y se lamenta de que en su familia todos sean de tez blanca y él no.

Yo le digo en broma que hay que hacer una sociedad para la repoblación de cocodrilos en el Nilo, pues un Nilo sin cocodrilos está completamente ridículo y humillado. También le digo, y esto le produce una gran antipatía por mí, que leer todos los días el Korán es perder el tiempo. El egipcio parece que lo lee tres veces al día.

Como la rusa es bastante guapa y se muestra al parecer entusiasmada con el egipcio, le pregunto a éste si es que posee algún amuleto para conquistar a las mujeres. El se queda satisfecho.

Al cabo de unas semanas la rusa ya no se ocupa de él y parece que anda metida en otros amores.

El hindú es de un pueblo de Bengala. Dice que en su país hay casas con grandes parques y jardines, y en ellos, leones, tigres, elefantes y monos. También hay encantadores de serpientes, los cuales tienen una canción para domesticarlas.

Este indio es muy petulante. Habla siempre mal de Inglaterra. Si no tiene simpatía por ella, ¿a qué anda con un escudo de paño de una universidad inglesa en la chaqueta? Lo lógico sería, si tiene antipatía por Inglaterra, no llevar ningún distintivo inglés. Esta gente odia las superioridades... en otros. La mayoría de los enemigos de Inglaterra son unos cursis que envidian los éxitos de la pérfida Albión y su fama de elegante y aristocrática.

Cuando yo le cuento al indio que vi en Tánger un encantador de serpientes que, después de hacer que el animal le mordiera en la lengua, se metía unas pajas dentro de la boca, soplaba en ellas y acababa por hacerlas arder, dice que los de la India se llevan primero el manojo de paja a la barba, y que allí quizá tienen algo que hace que la paja se incendie.

III

La señora que da lecciones de francés es de Saboya, de un pueblo a orillas del lago de Bourget, lago que inspiró a Lamartine la poesía de este título. Es todavía una mujer joven, divorciada, que tiene un hijo de once años.

Ha estado en Madrid de señorita de compañía y allí pasaba por soltera. Conocía a cuatro alemanas, también institutrices, y al parecer, según ella, hacían una vida libertina, hoy con uno, mañana con otro.

Esta señora posee las insignias de la «Croix de Feu», y es entusiasta del coronel La Rocque. Yo creo, por lo que dice, que ese La Rocque es un embolado insignificante.

Esta señora va a ver a su hijo por las mañanas, cada ocho días. Dice que el marido le ha gastado toda su dote, y después la ha abandonado. Ella asegura que aunque tuviera libertad no haría una cosa como la de las institutrices alemanas. Yo le pregunto:

- ¿Esta restricción moral es una consecuencia de sus ideas religiosas?

Contesta que no. Le digo también que la idea de que el mal casi siempre viene de la mujer es una idea semítica. Ella replica que no acepta este concepto, venga de donde venga.

- Pues casi todas las personas religiosas lo tienen.

- Pues yo no los acepto -dice. Las mujeres deberíamos tener los mismos derechos que los hombres.

A mí esto no me parece mal -replico yo-, por el contrario, creo que en parte deberían tener más derechos que los hombres, porque ante la naturaleza tienen más obligaciones.

Yo le indico que si se casara y se pusiera en disposición de tener otro hijo, quizá se le quitaran las enfermedades. Ella dice, señalando la cabeza:

- Aquí tengo yo la enfermedad, no en las glándulas.

IV

Hablando de la vida de París, de una amiga, decía la profesora:

- Sale de casa y toma el autobús. El cobrador le pregunta: ¿En dónde se para usted? A veces se distrae y no se detiene donde debe. El cobrador le dice: «Pero, ¿cómo, señora, no se para usted aquí?»

Una vecina hace una labor de aguja y ve por días cómo va creciendo el jersey que fabrica. Es la única medida del tiempo que tiene ella en su vida. Ayer comenzó el jersey; hoy está a medias hecho, y dentro de dos días lo acabará. Esa es toda su vida.

Yo le digo:

- Emancípanse ustedes de la vida mediocre. Hagan ustedes lo que les parezca, sin pensar en las pautas viejas.

Voy con esta señora a una casa de la Avenida del Observatorio, donde se toca el piano. Una señora canta en italiano la canción de "Carmen", de Bizet:

Presso il bastion de Siviglia Io trovero Lillas Pastia  
La ve danzar la seguidilla E bere di vino un becchier

y la habanera, también de "Carmen", en italiano:

Amor misterioso angelo.

Deja esta señora el piano, y un jovencito y una muchacha cantan el dúo de Don Juan y de Zerlina de Mozart:

La ci darem la mano la mi dirai di si.

Yo creo que esta ópera es la mejor de todas las óperas del mundo.

V

Ha estado Ivette Gilbert en el teatro de la Ciudad Universitaria y ha cantado para los estudiantes sus cuplés. No se parece nada a la Ivette que yo vi hace cincuenta años.

¡Qué confianza en el público! ¡Qué seguridad!, ¡qué cinismo! y, a veces, ¡qué gracia! ¡Qué manera de tratar a la gente! ¡Qué arte de coger al hombre por el lado bajo y, al mismo tiempo, hacerle reír!

La canción «El cuarto número tres», es de las más características de Ivette. El cuarto número tres del hotel está sucio; los huéspedes se peinan con el mismo peine; unos andan detrás de la criada; los chicos salen a los balcones a orinar sobre los que pasan por la calle, y todo está lleno de chinches. Los gestos de la cómica, a pesar de su vejez, son elegantes y muy atrevidos. La historia de una falsa ingenua es también muy graciosa y llena de malicia.

Estas mujeres estudiantes de la Ciudad Universitaria no tienen nada de ligeras, en el sentido espiritual, ni de poco prácticas, al revés, son de un practicismo completo. No tienen tampoco romanticismo.

Estudian Química, Geometría, Medicina o Ciencias Políticas. Parece que lo mismo les da. A pesar de todo eso, yo creo que es preferible este tipo de mujeres a las damas de Paul Bourget, tan superferolíticas y tan endiosadas. Estas son más auténticas, más verídicas, y sobre la verdad es donde se puede basar algo de valor.

Para algunas el estudio es una manera de pasar el tiempo mientras no encuentran el hombre joven que pueda ser su marido.

En estas amistades de los estudiantes y de las estudiantas no se advierten muchos idilios. Unos y otras pasean con éste y con aquél, se dejan convidar, se dan el brazo, pero no aparecen grandes pasiones.

Se ve que la pasión es algo morboso y se da probablemente por la violencia contra la voluntad, hecha por alguna persona, padre, madre o familia.

Algunos se preguntan si estas chicas estudiantes llevan una vida verdaderamente libre o no. Yo creo que no.

También supongo que esta apariencia de libertinaje que tiene París es un poco alarde y nada más.

No veo que esas gentes, esas parejas solitarias que se ven en los parques, que a veces se besan delante del público, estén tan apremiadas que tengan que hacerlo al aire libre y que no encuentren ocasiones para abrazarse y besarse a solas. En esto hay, evidentemente, algo de alarde ante el público, de exhibicionismo.

VI

En España, a juzgar por lo que dicen los que vienen huidos del lado rojo, las ejecuciones se verifican ahora en Valencia. Aseguran que matan mucha gente cada día. En Mallorca dicen que aparecen cadáveres en la playa de Soller flotando en el agua y que son llevados por las corrientes del Mediterráneo.

En general, en Valencia los rojos matan a los fascistas de un pistoletazo en la nuca, con lo que el cráneo queda abierto y la cara desfigurada.

¿Cuántas veces se habrán dado en la historia de España estas fugas, estos éxodos de las poblaciones que habrán huido de los pueblos y de las aldeas?

Iberos contra celtas, romanos contra celtíberos, hispano-romanos contra godos, godos contra árabes...

Juan Visconti, se dice que cazaba a los hombres con perros; si tuviera este procedimiento algún valor, en España se emplearía todavía.

Muchos españoles se hacen esta pregunta: Una catástrofe como la española, ¿puede tener alguna utilidad práctica o espiritual para el país?

Estas violencias, estas crueldades, estas bestialidades, ¿podrán servir para algo? El carácter precario, miserable de la vida en un momento como el actual de España, ¿encerrará una lección de alguna clase?

En el discurso de entrada que hice yo en la Academia Española, decía que de joven había creído casi como en un dogma que todos los pueblos necesitaban una revolución

pero después pensé que esta idea era un lugar común místico no demostrado, sin ningún valor y sin ninguna garantía.

¿Es posible un cambio radical y rápido, no ya de las instituciones del Estado, que esto es una cosa exterior y de poca monta, sino de los hábitos profundos de un pueblo? No se sabe de un caso de transformación así.

Los países de hoy han seguido siendo iguales a sí mismos. A pesar de revoluciones, Francia sale de un movimiento revolucionario con un Napoleón, que es un Luis XIV elevado al cubo.

Los demás pueblos siguen, a pesar de sus convulsiones, siendo idénticos a lo que eran antes.

La revolución es como un espasmo, con el cual el país intenta librarse de los males que supone externos, y que, probablemente, son internos.

La posibilidad de una transformación es difícil de realizarse. ¿Quién va a tener la intuición del porvenir? Esto no es obstáculo para que muchos se crean profetas. Cuando una cosa que parece tan sencilla, como explicar el pasado, falla, y los historiadores no llegan a un acuerdo para fijar las causas de los acontecimientos, ha de ser imposible prever lo futuro.

La historia no alcanza a tomar un aire medianamente científico, y a poder apreciar y dar valor, aunque sea relativo, a los datos.

Juzgando por comparación, las revoluciones son casi siempre inútiles. En Europa, al menos, los países de menos revoluciones -Gran Bretaña, Suiza, Holanda y los pueblos escandinavos-, son los más progresivos y adelantados. Austria y Hungría, que han tenido últimamente revoluciones, no han conseguido nada con sus movimientos y no han salido de la miseria.

Con relación a las revoluciones, hay los que creen en ellas como en un rayo destructor, como en una tempestad purificadora y desinfectadora de la putrefacción dominante; los que las consideran como inútiles y los que las creen malas y perjudiciales.

Respecto a las causas, nunca se conocen bien, y por ello se inventa una razón falsa copiada de un hecho histórico anterior.

En España se ha inventado, entre otras cosas, para explicar esa revolución, esa generación fantasma del 1898, que es una entelequia que sirve de blanco. Es como el chivo emisario o como alguno de los sortilegios de los pueblos salvajes.

No sé que se pueda encontrar nada revolucionario en los cuadros levantinos de Azorín, en las novelitas carlistas de Valle-Inclán, ni en las comedias mundanas de Benavente.

Si en algunas obras de otros autores hay algo revolucionario, se puede decir que no ha influido en el público porque no las ha leído.

Sin embargo, el lugar común tiene que marchar como un estandarte, y veo en un artículo de Chaves Nogales, publicado en "La Nación", de Buenos Aires, que habla de los colaboradores del periódico madrileño "Ahora", entre los cuales me contaba yo, y da a entender que la mayoría de los escritores de tendencia liberal traicionamos el espíritu popular, y Ossorio y Gallardo, de tendencia conservadora, lo siguió.

Yo no veo que el espíritu popular actual tenga nada que ver con el liberalismo. Los comunistas son tan antiliberales como los reaccionarios. Parece que los periodistas tienen siempre la misión de confundir, de desvirtuar y de dar a todo proporciones y explicaciones falsas.

Chaves Nogales, al referirse a los colaboradores de "Ahora", que no siguieron al Gobierno rojo, habla de la Trahison des clercs, refiriéndose a la obra del escritor francés Julián Benda, titulada así. Me figuro que Chaves Nogales no había leído tal libro, que es de un judío de cierta perspicacia vulgar, porque yo, que lo he leído a trozos en un ejemplar que me han prestado estos días, veo que para Benda la traición de los clercs (literatos o intelectuales), no es la traición del escritor que abandona a un partido popular, sino, por el contrario, la traición de afiliarse a una tendencia política olvidando su carácter intelectual y sacándole jugo al partido de interés, de fama o de influencia.

En este sentido, el caso más indecoroso es el de Ossorio y Gallardo, que puso la vela de su barco al viento que reinaba, y elogió al socialismo y el comunismo siendo él católico, después de haber tomado parte como gobernador, nombrado por los conservadores, en una represión sangrienta en Barcelona.

El caso de Unamuno está bien. Era en el fondo reaccionario, terco y ególatra. El caso mío está también justificado. Yo siempre me he inhibido de la política, que me ha parecido un juego sucio de compadres.

Si a veces me he asomado a ella, ha sido por curiosidad, como puede uno entrar en una taberna o en un garito a ver qué sucede.

Dejando esto a un lado, yo no he creído gran cosa en la influencia de los escritores en las ideas revolucionarias, al menos en España. Los que han influido en la tendencia revolucionaria han sido los señoritos, los pollos de la burguesía, los chulos del pueblo.



los ateneístas y los maestros de escuela.

Para una revolución no se necesitan ideas, y menos ideas complicadas: un programa que quepa en un papel de fumar es suficiente. Un grito, una consigna bastan y sobran.

Muchos suponen que hay una genialidad popular que está contenida en los momentos de orden, y que estalla y brota en las conmociones. Esta idea del Demos genial está muy generalizada y aceptada más o menos por todo el mundo. Examinándola en frío no resiste el análisis.

Ni individualmente hay en nuestra época posibilidades de grandehombre, ni colectivamente, posibilidad de supermasa. El pensamiento de esta ascensión es un pensamiento optimista, que no tiene base ninguna. Tampoco la tiene la idea de la originalidad de las revoluciones.

La mayoría de los políticos es gente oratoria, doctrinaria y mediocre. No se sabe de ningún gran filósofo que haya participado en una revolución. Esta es para hombres audaces, charlatanes, elocuentes, poco aprensivos.

Las utopías político-sociales son muy viejas. En la antigüedad van unidas a las religiones y tienen un carácter dionisiaco. En la época moderna, socialismo, comunismo, anarquismo, están inspirados en la economía, pero siguen teniendo el mismo carácter báquico. La raíz psicológica en lo antiguo y en lo moderno es la misma, aunque las bases en que se sostienen las teorías parezcan diferentes.

Hubiera sido algo curioso que la crítica social hubiera producido un individualismo verdadero, a base de tendencias racionalistas, pero la revolución, al menos por ahora en España, no produce individualidades fuertes que puedan hacer evolucionar profundamente las ideas tradicionalistas, entre las cuales hay, sin duda, buenas y malas, exactas y falsas.

A cambio de esto, el ímpetu revolucionario produce un despotismo, un doctrinarismo que mata en germen toda originalidad de pensamiento.

Los revolucionarios quieren, sobre todo, vencer y castigar. De aquí su parecido con los fanáticos de la religión. Estos necesitan ser los amos, y desde que sienten esta necesidad o este deseo, se convierten en seres de aire satánico o demoníaco.

VII

No he leído nada importante sobre el existencialismo.

He oído decir a un joven, que el existencialismo afirma la existencia sin necesidad de reflexiones ni silogismos.

Yo creo que eso todos lo hacemos sin necesidad de reflexiones. No creo que haya nadie que necesite ese apotegma a lo Descartes: Pienso, luego existo; ni que diga: Me llamo Juan Fernández o Pedro Dupont, tengo cédula de vecindad y el grado de bachiller..., luego existo.

Uno despierta de un sueño o le vuelve el sentido después de una operación, y no necesita que nadie le diga: Fíjese usted en que vive. Le basta ver, sentir un dolor o un bienestar, para pensar: Vivo todavía.

## VIII

Parece que la guerra española ya se va acabando. A fines de enero se vio que el Gobierno rojo renunciaba a defender Barcelona; se comprendía que todo lo que viniera después iba a ser rápido.

Esto ya no puede durar mucho, será cuestión de días o semanas. Ya veremos lo que viene más tarde. Terminado el conflicto español, sostenido y prolongado por los intereses extranjeros que en él han jugado, de una y otra parte, veremos la cuestión europea qué cariz toma. Porque ahora la nuestro, limitado, que habrá de señalarse como preliminar de lo otro más general, ya es cosa acabada, es decir, que queda libre la escena para que pueda empezar un drama de mayores proporciones.

¿Quién será capaz de saber qué es lo que nos espera a los europeos? Parece que nada bueno.

Si esto sigue así, la vida individual y la vida de la cultura se van a venir ruidosamente abajo. Con una inseguridad tan grande como la que por todas partes y en todas las cosas se descubre, el mundo no puede hacer científicamente nada serio. Únicamente en los Estados Unidos, con libertad y con dinero, la ciencia podrá seguir avanzando; la democracia trae el gobierno de las masas, y el régimen absolutista, la estupidez y la pedantería. Con la democracia manda el pueblo, que es una superalma general, y el individuo se hunde. Se ve que el principio del siglo XX, que parecía abrir un camino hacia algo verdadera mente magnífico, era más bien una terminación, un ir a parar a una hondonada mísera.

No cabe duda de que el siglo XIX, bueno o malo, produjo grandes esperanzas, pero hay

que reconocer que la mayoría de sus esperanzas no se han realizado; porque el siglo XX no ha producido nada más que desastres. En lo único que ha sido fecundo, ha sido en la ciencia.

Si uno fuera joven y cambiara con los años, acaso pudiera acomodarse al ambiente del practicismo bajo que se va formando en el mundo, pero yo a veces llego a creer que nada cambia, ni mejora, ni empeora. Yo mismo me encuentro igual, pasados los ochenta años, al chico de catorce o quince años, con las mismas ilusiones, las mismas curiosidades y las mismas fobias de antes, la curiosidad por los rincones y los sitios misteriosos, y el mismo entusiasmo lejano por la aventura, sin creer en ella.

La aventura es algo como la gimnasia del espíritu. Meterse en una aventura significa tener confianza en sus propias fuerzas, sentirse capaz de salir triunfante de los peligros que toda empresa atrevida lleva en sí, demostrarse a sí mismo que no sólo tiene confianza sino certidumbre. Es decir, que la decisión del auténtico aventurero no está basada en un juicio ridículo y halagüeño sobre su persona, sino en el conocimiento de su espíritu y de sus nervios.

Muchos poemas antiguos son como novelas de aventuras. "La Odisea", por ejemplo, "la Eneida", el "Orlando furioso"... La novela moderna tiene mucho de novela de aventuras fracasada; lo que la diferencia de la antigua es que el escritor actual duda de todo, y, sobre todo, del éxito.

IX

Leon Blum, que como periodista es muy agudo y muy inteligente, al hablar del pacto de no agresión entre Alemania y Rusia, que ha sorprendido al mundo por su cinismo, dice, en "El Popular", de París, que no comprende por qué no lo han hecho antes estos dos países.

Muchos han dicho lo mismo. Para mí la explicación psicológica de este pacto está en Dostoiewsky. Habrá gente que piense que sacar a colación a un novelista para intentar desentrañar el origen de un hecho político es una fantasía. Yo creo que no es una fantasía, sino una realidad, quizá más eficiente que muchos acontecimientos próximos y de apariencia trascendental.

A mí, el hecho del pacto germánico-soviético no me ha sorprendido por dos razones: primera, porque me hablaron de él hace tiempo; segunda, porque concuerda con la psicología rusa, puesta en claro por el extraño autor de "Los hermanos Karamazoff", y de otras obras clarividentes.

La noticia de ese pacto la tuve yo en condiciones mitad vulgares y mitad novelescas.

Había ido de Vera a San Sebastián porque me habían llamado a una reunión de la Academia Española, que se iba a celebrar en el Museo de San Telmo. Había estado en una droguería en la plaza de Guipúzcoa a comprar no recuerdo qué, cuando me saludó un hombre joven, amable, de buen aspecto a quien pensé debía conocer, aunque en el momento no pude identificar. La cara, el tipo, la sonrisa, el color, la manera de hablar, me hicieron creer que era un donostiarra clásico.

- ¿A dónde va usted? - me dijo.

- Voy al Museo de San Telmo, donde me han citado.

- Yo también voy para allá.

Al pasar por la Avenida, el señor hizo una indicación al chófer de un automóvil.

Fuimos hablando, primero del Museo de San Telmo, de puntos de etnografía e historia, de los que estaba muy enterado el desconocido; luego, de cuestiones del día; él con mucha libertad, yo con mucha prudencia.

Al llegar a la plaza que está delante de San Telmo se despidió, me dio la mano y se acercó a un automóvil muy moderno, entró en él, se puso al volante, hizo un viraje rápido y desapareció. Por la cara del chófer, rubia dorada, de hombre joven, cara de soldado germánico; por la matrícula del coche, que no era española ni francesa, pensé que aquél señor no era de San Sebastián. Debía ser un alemán.

¿Me habría sondeado a mí con sus preguntas? ¿Para qué? Yo no tengo importancia para eso. De las varias cosas que me dijo aquel hombre, dos me quedaron en la imaginación; una fue que Alemania no deseaba el triunfo completo de la reacción, y que, una vez acabada la guerra civil, no permitiría en España un catolicismo intransigente y violento; la otra, que se estaba preparando un pacto de unión entre Alemania y Rusia.

- Pero es imposible -le dije yo.

- Ya lo verá usted.

Los diplomáticos dicen que estos proyectos de pactos no son más que maniobras maquiavélicas.

X

Se va perdiendo la benevolencia. El hombre se ha mostrado más cruel, más bruto, más teatral y farsante que nunca. Se han quedado hombres, mujeres y niños en cámaras de gases asfixiantes. Nunca se había llegado a tales atrocidades.

Hasta en las funciones de lujo, ¡qué brutalidad!, ¡qué estupidez! ¿Quién podía suponer que pasados más de dos mil años de la escultura griega, a los quinientos años de las obras de Mantegna, de fra Filippo Lippi o de Donatello se iban a hacer obras cubistas?

Es algo extraordinario. ¡Qué mezcla de torpeza, de estupidez y de incomprensión la de nuestra época! Es algo que no se explica uno fácilmente.

## XI

Estos universitarios franceses no creo que conozcan bien, la mayoría de ellos, el latín. Saben la gramática y las reglas un poco rutinarias, pero nada más.

Supongo que no serían capaces de inventar una frase de aire clásico como la que ideó Turgot para ponerla en el busto esculpido por Houdon, de Franklin: Eripuit coelo fulmen sceptunque tyrannis (Arrancó el rayo al cielo y el cetro a los tiranos).

Está bien la frase, tiene un aire clásico.

## XII

Veo que lo de Madrid ha resultado un desastre para la familia. Llegar a tener una casa propia, con trabajos y dificultades, tiene su mérito, verla después convertida en un solar es cosa triste. No se puede esperar la menor indemnización, es una auténtica desdicha. La reconstrucción ha de sernos absolutamente imposible. ¿Dónde va uno a encontrar el dinero necesario, que, además, por las circunstancias tendrá que ser mucho mayor que habría sido en otro cualquier momento? Comprendo, pues, que la familia, según me comunica, está desolada. Treinta y siete años de trabajo, buenos o malos, de proyectos y de preocupaciones que se nos han venido al suelo. La verdad es que preferiría vivir en una isla desierta que no en estas fastidiosas ciudades.

Esas noticias que recibo y las falsedades que se esparcen en torno a mí y sobre lo que yo pueda estar haciendo en París, son cosas que no me chocan. Son mentiras que no

dependen en modo alguno de mi conducta, de lo que hable o de lo que deje de hacer. Son falsedades que se inventan siempre a base de algo, exagerando, dándole una interpretación estúpida, pero muchas veces hasta se engendran sin ninguna base.

XIII

Han dicho en Barcelona, en algún periódico, que uno vive en la débauche. Yo recuerdo melancólicamente que uno de estos días empezarán las fiestas de Vera. Antes le preocupaban a uno. Ahora ya nada, lo único que aquí en París me preocupa es el calor que hace, que aprieta bastante.

Se sigue dando vueltas a la neurosis de la guerra, la cual debe ser lo que llaman guerra de nervios, el empleo de la matonería y de la arrogancia para ver si se consigue asustar al enemigo, pero me parece que todo ello produce poco efecto.

Aunque Berlín haya reconocido la independencia de Austria no parece cosa de fiar ese reconocimiento. Hay un gran temor a una nueva guerra mundial, pero los que sueñan con ella no dejan de prepararla, satisfechos de ciertas pruebas de elementos para que nuestro país y nuestros hombres han servido, inconscientemente, de campo de experiencia, y los españoles, de conejos de Indias. Todo responde al programa dictado en síntesis por Goering al pueblo alemán. Con palabras no muy éticas dice: «Necesitamos cañones en lugar de mantequilla». ¡Qué espiritualidad la de esos bestias!

Lo malo es que media Europa trabaja cada vez menos con esta amenaza continua, se siente invadida por una laxitud que aniquila la voluntad de producir, temiendo que todo resulte en vano. Mala época nos ha tocado vivir, sobre todo cuando uno dejó hace ya muchísimo tiempo de ser joven.

XIV

Supongo que allá en Vera, donde yo podría estar tan tranquilo, el verano estará como aquí, de mala manera. Algunos dicen que todo esto que nos pasa lo produce la aproximación a la Tierra del planeta Marte, sospecha que ignoro qué base científica puede tener, si es que tiene alguna.

Yo creo que no debe tener ninguna.

Lo efectivo es esa aproximación, de la que tomó pie Wells para hacer un punto de partida de una invasión fantástica de nuestro planeta por los marcianos.

El otro día, que salí de noche, me fijé en que ese planeta, que usa para distinguirse el nombre del dios de la guerra, brillaba mucho más fuerte que otras veces.

Esa «mala sombra» de la proximidad de Marte se traduce en vaticinios nada alentadores, muy pesimistas, como para alarmar más todavía a la gente.

Entre las vacaciones, que han despoblado la Ciudad Universitaria, y los vaticinios pesimistas, todo por acá anda muy lánguido y como si estuviera enlutado. El otro día fui a llevar un escenario de cine sobre mi novela "Las Inquietudes de Shanti Andía", a un empresario que me lo había encargado. Parece ser que, después de examinarlo, lo ha encontrado bien; ahora tendrá que consultar con el socio capitalista, y, una vez que hayan transcurrido las vacaciones, habrá llegado el momento en que puedan darme la contestación definitiva.

Veremos si sale algo positivo de este intento, si persiste sobre uno el chaparrón de la poca suerte

o si el ambiente se despeja y quiere ofrecernos unas claridades algo más halagüeñas. Es de todos modos difícil apartarse de la influencia de esa forma de imaginación melancólica e impertinente, que se encarga de representar de antemano todas las dificultades y molestias que se van a encontrar para hacer algo. El viaje será largo y pesado; el catarro nos dará días de fiesta y de jaqueca; el pinchazo en el dedo se convertirá en un panadizo doloroso. Luego resulta que no ocurre nunca lo que se ha previsto, sino otra cosa distinta, mejor o peor. Aunque se sepa que es así irremediabilmente, por ley ordinaria, no hay manera de impedir esta fuga de la imaginación a lo que pueda pasar.

Cuando uno se dedica a analizar sus pensamientos, cultivando un deporte quieto en lo físico aunque harto agitado en lo mental, está condenado a vivir envuelto en la desilusión. Ya se comprende que no es fácil conservar la fe si intenta uno dedicarse al análisis. El que quiera conservar una fe un poco cándida no tiene más remedio que huir sistemáticamente de la crítica. Aunque se tenga mala idea de sí mismo, ni aún así le gustaría cambiarse por otro, ni con el joven, ni con el viejo.

Tampoco suelen convencerme las ideas que no han nacido en uno, aunque traigan el sello de la experiencia. A los aldeanos les he oído decir que cuando se dispone de varias clases de vino, lo que se debe hacer es comenzar a beber por el mejor. Parece una idea antirrational, pero no; debe de ser un resultado de la experiencia. Los aficionados afirman que la capacidad de gustar el vino bueno es algo que pasa, que se pierde y que cuando ya ha pasado el primer momento y el paladar se ha estragado, lo mismo da el vino bueno que el malo.

## XV

Muchas cosas no se explican muy bien. El mismo interesado no las comprende. Hay actos inconscientes en el hombre, pero son relativamente tan exigüos, que no vale la pena en general de tenerlos en cuenta.

La idea de Nietzsche de que la ciencia, al asegurar la teoría de que no conocemos el fondo de los hechos, colabora en un ideal ascético y en la debilitación de la energía humana, es una idea de místico. ¿Cómo la ciencia va a enseñar lo contrario, si no es verdad? ¿Cómo se va a decir que sabe lo que es la materia, la fuerza, el universo, si no lo sabe? Sería ridículo. No comprendo cómo un hombre que acomete contra los tópicos de la ideología antigua y moderna, puede pensar que los hombres vayan a aceptar unas generalizaciones que no les satisfagan intelectualmente sólo por utilidad.

## XVI

Muchos de los estudiantes franceses se encontraban sorprendidos al ver que las chicas españolas que estaban en la Ciudad Universitaria no se diferenciaban gran cosa de las demás, inglesas, norteamericanas y canadienses.

Yo no sé si se figuraban que todas las muchachas que habían salido de España por ser sus padres republicanos, separatistas o socialistas, se iban a pasar la vida cantando trozos de la ópera "Carmen", de Bizet, L'amour est enfant de bohème. Luego, cuando vieron que las chicas españolas no se diferenciaban gran cosa de las demás y que se dedicaban a bañarse en la piscina, a pasearse por el parque de Montsouris, a bailar, y a estudiar lo menos posible, perdieron su curiosidad.

De todas las estudiantes que se encontraban en la Ciudad Universitaria, las más atrevidas eran las norteamericanas. Estas muchas veces llegaban a su residencia saturadas por el alcohol que habían ingerido, pero no eran ni dos ni cuatro las intoxicadas, sino muchas.

## XVII

Aquí en París ha habido un paso de políticos españoles y de gentes que huían de la revolución, después de haberse visto mezcladas en ella. Hemos presenciado la fuga desde lejos.



A Alcalá Zamora, primer presidente de la segunda República Española, le vi pasar, por una calle pequeña, próxima al Sena, la calle Reynouard, donde vivió Balzac.

Yo le vi en la Academia de la Lengua. Me chocó mucho que él le hubiera privado de sus funciones de presidente a Menéndez Pidal. ¿Para qué? ¿No le bastaba con ser el Jefe del Estado? Es cosa ésta que no la comprendo. Luego se dedicaba a hablar de tal manera que no dejaba a nadie meter baza, condenaba a todo el mundo al silencio con su monólogo. Él mismo tuvo que declarar una vez en su discurso que creía haber abusado un poco de su oratoria. Declaración tardía, que no tuvo consecuencias de arrepentimiento.

Naturalmente que abusaba. Yo no lo sentía por mí, porque yo no he tenido nunca veleidad de orador, solamente una vez dije unas pocas palabras en la sesión académica porque me invitó el doctor Marañón para recomendar un libro de historia.

Se veía que Alcalá Zamora no podía vivir sin peroratas.

A Besteiro le recuerdo hace más de cuarenta años. Alto, delgado, con barbas negras y largas. Entonces tenía un aire de moro, o de algunos cabos de gastadores de aquel tiempo. Le vi en una redacción de periódico cuando volvió de Alemania, y le encontré delante de la puerta del Retiro; la que da a la calle de Alcalá. Estuvimos hablando largo rato, sobre todo de política mundial; él habló de esto mucho; yo, poca cosa.

Veinte o treinta años después, le vi un momento en una librería de viejo, de la calle Ancha de San Bernardo, en compañía de unos curas jóvenes. Hablamos unas palabras. Estaba completamente distinto de figura. Flaco, afeitado, y si no me hubiera él dicho quién era, no le hubiera reconocido. Tenía aire de buena persona, pero a mí me daba la impresión de hombre que no se enteraba.

Luego le volví a ver en París, en la Avenida de los Campos Elíseos, creo que con su mujer, ya en el año 1939. El no me conoció entre la gente. Días después me dijeron que había vuelto a Madrid.

«Este hombre no sabe lo que se hace»- pensé yo-. ¿Cómo no podría ver que la guerra civil estaba perdida para él, y que los vencedores iban a ser duros con sus enemigos? ¿Pensaba hacer algo como un convenio de Vergara? ¡Qué ilusiones! Su final en la cárcel de Carmona fue algo triste.

Besteiro, después del proceso a que se le sometió, fue condenado y estuvo en Dueñas, con cuarenta o cincuenta curas nacionalistas vascos. Allí disponían los presos de una solana. Un cura vasquista, al que le habían regalado una cama o silla de campaña, se la cedió a Besteiro, porque le veía enfermo.

Después trasladaron a Besteiro a Carmona. Le servía al político un pobre aldeano que había robado unas bellotas un día de hambre. Besteiro no veía bien en su sótano oscuro, se rozó un dedo con un picaporte y se le hizo una herida. Se le infectó, se le hinchó el brazo y se murió. Le enterraron a las tres de la madrugada cuatro muchachos socialistas de Carmona.

Largo Caballero tenía aire distinguido; delgado, rubio, con los ojos claros. El gesto era de hombre soberbio y atravesado, pedantesco e incomprensivo. Creo que era muy poco inteligente y muy absurdo, con una confianza en sí mismo verdaderamente ridícula.

Marcelino Domingo era hombre de poco talento. Su mujer decía en París que le habían envenenado en un hotel de Tolouse después de la guerra civil. ¿Quién iba a tener interés en ello? Domingo era un hombre de buenas intenciones, pero sin perseverancia ni inteligencia, completamente mediocre.

¡Había que ver qué secretario particular llevó al Ministerio! Era un librero de viejo de la calle de Jacometrezo, llamado Marcos Villa, hombre absurdo, con pujos de orador.

Una vez, por lo que contaron en la librería, algunos ateneístas querían jugar a las conspiraciones; se citaron en un sótano del Ateneo y tuvieron allí una reunión de Pérez y Rodríguez, echándose de Robespierre y de Danton. Cuando llegó su turno de hablar al librero Marcos comenzó así su perorata:

- «Señores, la nave del Estado es como una barquichuela azotada por los vientos contrarios, que va buscando su rumbo entre las procelosas tormentas y los vientos huracanados. Ahora bien, nosotros, tripulantes de esa barquichuela, quisiéramos enderezar su rumbo... pero... ¿cómo, señores?».

Y así siguió, pedantescamente, el pintoresco Villa. No se comprende que un hombre medio inteligente, pudiera soportar a su lado a un tipo así.

Claro, que cuando se ve a un hombre como Trotski, con una inteligencia fuerte, voluntad de hierro, una capacidad de trabajo extraordinaria, un fanatismo tremendo, y que falla... ¿cómo no va a fallar un tipo como Marcelino Domingo, que a los quince días de ser ministro no hacía caso del Ministerio ni de la barquichuela donde le habían colocado, según Marcos? Este secretario particular -¡y tan particular!- se dedicaba en su despacho del Ministerio a escribir comedias. Si hubieran sido medianas, aún se lo hubieran podido perdonar, pero... ¡qué comedias! Y cuando no escribía comedias se encerraba en su despacho del Instituto de Reforma Agraria, feudo suyo, y se dedicaba, en las primeras horas de la tarde, a recuperarse de las horas de sueño que le quitaban

las reuniones nocturnas a que le hacía asistir su mujer.

Vi también en París a Cueto, un capitán de carabineros, pequeño, con la cabeza grande. Había estado en América del Norte, dando allí lecciones de español. Había publicado algunos libros mediocres. Estuvo en Vera y escribió entonces sobre la policía y los carabineros algo oscuro.

En su tiempo de estancia en la frontera, un carabinero detuvo en el monte a un forastero que iba montado en un mulo y llevaba en las alforjas cincuenta o sesenta pistolas automáticas. El forastero dijo que aquellas pistolas las llevaba por orden de un jefe de policía, y el carabinero le advirtió que tenía que dar parte del alijo a la autoridad. Obligó al forastero a ir a Vera y a presentarse ante el capitán Cueto.

Este empezó a escribir notas sobre el asunto en los periódicos, y como el hecho había pasado en Vera, se relacionó aquello con los sucesos anteriormente ocurridos en la villa de la montaña de Navarra, y se creyó que el capitán Cueto estaba enterado al dedillo de lo pasado en el pueblo unos meses antes. Estaba tan enterado como los bueyes que tiraban de los carros.

Cueto tenía una seguridad en sus conocimientos verdaderamente absurda.

Le vi cuando leí el discurso en la Academia. Al lado de Alcalá Zamora estaba un militar que parecía, por su uniforme, un tipo resucitado del tiempo del General Mina. Era Cueto.

Después, durante la guerra civil, este militar tuvo una conversación, según he oído, en el Ministerio de la Guerra. Afirmaba que la campaña de Bilbao se llevaba mal. Cueto era un hombre de cabeza bastante confusa. Fue a Bilbao, y cuando se vio sin posibilidades de escapar se pegó un tiro.

Chaves Nogales era un bohemio que tenía a veces la intuición del buen periodista. El propietario de la revista "Estampa" quería hacer un periódico monárquico liberal, titulado "Ahora", pero Chaves Nogales le dio un giro republicano, y al año de comenzar su publicación era el tercero en tirada de los diarios de Madrid.

Antonio Machado era un hombre bondadoso, persona de sentimientos nobles y capaz de sostener una actitud difícil. El otro hermano, Manuel, era un señorito de poco fiar.

Yo conocí a ambos hermanos en París a finales del siglo XIX, y entonces Manuel hacía numerosas maniobras para salir de sus atrancos. No tenía muchos escrúpulos.

Hallándome yo en París, al final de la guerra civil española, en la Ciudad Universitaria,

recibí una carta de Antonio en la que decía: «Siento la miseria de usted. Le veo paseando por los bulevares de París sólo, con las botas rotas, el gabán raído» Ya era bastante que Antonio Machado tuviese compasión de mí, y que me lo manifestara cuando él se encontraba en una situación tan mala o peor que la mía.

Yo tenía simpatía por Antonio Machado, y en cambio no la tenía por su hermano, que era un cuco que se dedicaba a poner su vela en la dirección que le convenía.

Al terminar la guerra civil se presentó en la Casa de España, de la Ciudad Universitaria, Navarro Tomás, y me entregó una nueva carta del poeta Antonio Machado, una cosa muy triste, que me dejó profundamente preocupado. Era aquella la carta de un hombre en la agonía.

Releí la carta con tristeza.

- ¿Qué es? me preguntó uno que estaba en la sala y a quien yo conocía apenas.

- Este pobre Antonio Machado -dije- debe estar muy enfermo. Me ha escrito una carta que parece la de un moribundo.

- ¿La tiene usted ahí?

- Sí.

La saqué del bolsillo y se la di para que la leyera. Él la cogió, la rompió y tiró los pedazos menudos por la ventana del salón.

- Pero ¿por qué ha hecho usted eso? - le dije yo.

- Le puede perjudicar a usted -me contestó con frialdad el acompañante.

Antonio Machado era muy amigo mío.

Me entristeció su suerte y luego el saber que había muerto abandonado.

Los dos poetas españoles mejores del tiempo murieron de una manera triste. García Lorca en una carretera de provincia de Granada, Antonio Machado en un arenal de la costa francesa del Mediterráneo, próximo a la frontera de España.

En tanto, continué mis gestiones en el Consulado para obtener el permiso para entrar en España. Los empleados, casi todos carlistas, sonreían con ironía y se burlaban sobre todo de aquellos escritores que habían estado al servicio de la República.

Yo veía difícil mi entrada en España, pero el cónsul, al cual logré ver en su despacho, hombre amable, me prometió el pasaporte, y, efectivamente, al día siguiente de habérselo pedido ya lo tenía en mi poder.

Entonces decidí marcharme a Hendaya, dejando mis maletas en Bayona.

Había conocido en París al jefe de una casa de películas, de la Avenida de los Campos Elíseos, llamado Wagner, que parecía dispuesto a llevar a la pantalla uno de mis libros: «Las Inquietudes de Shanti Andía».

Poco tiempo después vivía Wagner en Madrid en el Hotel Gaylor, y pasados unos meses debió marcharse a los Estados Unidos. Le vi en Bayona con unos amigos en un auto. No le dije que me llevara hasta la frontera española, porque supuse que no tendría sitio.

Lo que hice fue tomar el tranvía eléctrico de Bayona a Biarritz, y en Biarritz fui a comer a una fonda próxima a la parada del autocar que iba a San Juan de Luz. Allí volvía a ver al señor Wagner, el cual me metió un billete de mil francos en el bolsillo de la chaqueta. San Juan de Luz estaba lleno de soldados polacos y checos.

En la fonda de San Juan de Luz encontré a una señorita de Tuero, muy elegante y muy amable, con la que estuve hablando.

Unos españoles decían que no se podía pasar la frontera, que pensaban que a toda persona que fuera a Hendaya lo detendrían.

- No haga usted caso -me dijo la señorita de Tuero-, ya verá usted cómo llegamos a Hendaya sin percance.

Efectivamente, después de comer entramos en el autobús de Hendaya y fuimos sin el menor obstáculo. El plan optimista de la compañera de viaje se realizó fácilmente.

En Hendaya no había cuarto disponible en ningún hotel. Yo me fui a casa de un amigo vasco de Vera que vivía en Behovia, y allí estuve. Me encontré a mi amigo Román Zabaleta y a dos personas más, quienes por lo que vi habían tenido noticias de Vera, que se me habían adelantado. Entonces

Román me dijo:

- Algunos amigos de usted dicen que no está bien que haya estado allí yendo todos los días a la iglesia, a darse golpes de pecho.

Esas palabras me convencieron de la facilidad que tienen los españoles para creer que sus amigos pueden hacer farsas innobles por conveniencia o por cuquería. Si eso pasaba hallándonos a catorce kilómetros de distancia y se mentía de ese modo, ¿qué no se mentará a ochocientos kilómetros?

Esa fabulación mal intencionada, no se daba entre los franceses con relación a los españoles, porque, naturalmente, no tenían ninguna curiosidad por nosotros ni les interesábamos lo más mínimo.

Al día siguiente de establecerme en las cercanías de Hendaya apareció nuevamente Méndez Calzada, muy alegre, y le llevé a la casa de mi amigo Román, a orillas del Bidasoa, en la que nos reunimos ya varias tardes, merendando y bebiendo sidra. A Méndez Calzada no parecía hacerle mucha impresión la guerra. Poco después me dijo que se marchaba a casa de una señora parienta suya, que vivía en un pueblo de Asturias, y luego iría a Barcelona para embarcar, pero antes de eso se suicidó tomando un frasco con pastillas de veronal.

En Hendaya había una fila interminable de automóviles que ocuparían siete u ocho kilómetros de carretera. Estos autos iban llenos y la mayoría de los ocupantes tenían aire de judíos, tipos con balandranes negros, barbas largas, miradas siniestras.

A los tres días de estar en Behovia veía yo la entrada de España difícil, cuando me dijo mi amigo:

- ¿Ha visto usted el aviso que han puesto en la estación?

- No.

- Pues dice en una pizarra: Tren para España.

Efectivamente, fui al punto a la estación para cerciorarme, leí el letrero, tomé un billete, entré en un tren con cuatro o cinco vagones de tercera y me senté en uno de ellos. El tren comenzó a marchar renqueando, cruzó el puente internacional y entró en Irún. Allí tomé un auto y me llevó a Vera.

Al día siguiente me llamó el sargento de la Guardia Civil, para que le mostrara el pasaporte. Se lo enseñé, y a la mañana siguiente vino a mi casa otro guardia civil joven, deseoso de ver de nuevo el pasaporte.

Un par de años después llegarían a Vera las maletas con los libros que habían quedado en Bayona. Para entonces la ocupación alemana se había extendido hasta nuestra

frontera.

Vinieron a decirme que alguien había visto las maletas mías en la estación de Hendaya, y que un empleado alemán las había abierto para ver su contenido, y que al encontrarlas llenas de libros había cogido dos de ellos para ver lo que decían y se los había llevado, diciendo:

- Me voy a llevar algún libro de estos a casa para leerlos, pues de ese autor se dicen cosas muy contradictorias, y unos los pintan como amigo nuestro, y otros como enemigo.

Esto me lo contó un vecino de Irún que antes había residido en Vera, el cual se hallaba en la estación francesa, en la consigna, al abrirse mis maletas.

Yo me quedé un tanto asombrado. Solamente un alemán es capaz de tener curiosidad así por un escritor poco conocido. Creo que ningún empleado de otro país del mundo sería capaz de interesarse por una cosa semejante.

Las maletas me las mandó un señor carlista de Irún, cuyo nombre no me dijeron. Llegaron a la estación de Vera, y fueron a buscarlas mi sobrino Pío y un chico amigo suyo, que las trasladaron a casa en una carretilla. Sentí que no me dijeran el nombre del tradicionalista irunés, pues me hubiera gustado escribirle para agradecerle su amabilidad.

Otra maleta me la trajeron, un año más tarde, dos soldados de caballería, a quienes les había enviado un oficial.

XVIII

En la época del final de la República española, un periódico socialista decía en un artículo que yo era el hombre de los nos, ¿Yo qué culpa tenía de que los hombres de la República no llegaran a la intuición de los hechos, no vieran lo que estaba delante de sus ojos y no fueran capaces de encontrar soluciones medianas para resolver los problemas que tenían entre manos? El error no es del que comenta lo que pasa, sino del que no sabe evitar el mal.

Decían también que mi opinión, por ser mía, era poco eficaz, porque un literato siempre mira las cosas sólo del punto de vista conveniente a su literatura, que no es siempre el lado exacto de las cosas. Mira el paisaje con ojos de pintor, trata de buscar su aspecto más conveniente a la belleza, que no es siempre un aspecto decisivo y fundamental.

Otro periodista, socialista o comunista, por la misma época, decía que el antimarxismo

necesitaba un clown, y había salido yo a punto para desempeñar ese papel y ocupar ese puesto.

Resulta estúpido llamar a cualquiera antimarxista, como si el mundo estuviese dividido en marxistas y antimarxistas. Yo no soy comunista ni en teoría. No he visto que el comunismo haya dado buenos resultados en ninguna parte.

Para mí, comunismo y fascismo son muy parecidos, uno y otro son arbitrariedades despóticas. En la práctica terminan en una dictadura hecha a beneficio de los amigos, para echar de comer a los compadres y sostenerse en el mando. Suelen ser la instauración en el estado de una amplia merienda de negros, en la que todo el mundo se dedica a alargar la mano y apoderarse de lo que puede.

El socialismo en España fue un desastre. Si la República quería afianzarse no tenía más remedio que obrar con prudencia y no precipitarse en nada. Ver si el gobierno se consolidaba sin despotismo, sin patochadas, mostrándose lo más conservadora posible hasta reunir alrededor muchos intereses, y después ir avanzando paulatinamente, con pasos firmes y seguros.

Pero no fue así. Los republicanos españoles siempre han sido charlatanes, vocingleros, sin ningún talento político.

Me imputaban haber destacado siempre en mí el desdén por todo lo que triunfa, diciendo que el éxito, sobre todo, es actividad, y yo lo desdeñaba por ser inactivo y gustarme ver pasar quieto las cosas del mundo, desentendiéndome de los hechos importantes; que mi actividad iba por dentro, gustándome los valores negativos, incapaz de entusiasmarme por el parlamentarismo.

Que en la cuestión social seguía «ironizando» siendo más enemigo del socialismo que amigo de los sindicalistas, a lo que llamaban ambigüedad.

No comprendo, ni lo he comprendido nunca, por qué se ha de exigir a los escritores que uno se ocupe de un programa político. Los escritores independientes españoles ganan muy poco, casi nada, pero se tienen que ocupar de cuestiones de la política del momento; en cambio los comerciantes, los arquitectos, los pintores, los cómicos y los toreros, que son gentes que ganan mucho, no tienen esa obligación. Es una cosa un tanto ridícula.

Qué absurdidad el no aceptar que otra persona pueda tener ideas contrarias a las de uno y diferentes aficiones. Yo no soy comunista, ni siquiera colectivista. Soy individualista. Si en la juventud hubiera podido elegir lo que me gustaba, me hubiera marchado a un país poco poblado, como Canadá, y hubiera hecho allí una casa de



madera a orillas de un lago y trabajando en algo que me ilusionara. Todo eso de hablar en una reunión, y discursar en un mitin, y formar parte de una comisión, no me interesa nada, no me ha interesado nunca.

XIX

En los asuntos colectivos, como en los individuales, sentimos todos una excesiva confianza en la lógica. Se tiene esta confianza porque la lógica es una función de medida intelectual; la única, y no hay otra. Nadie puede saltar por encima de su sombra, ni comprender las ideas y las cosas por encima de su inteligencia. Afirmar lo contrario no es vanidad ni orgullo, es tontería. Es como el obrero que diga: «Trabajo con las manos», o el andariego que afirme: «Marcho con los pies». No hay otra manera de hacerlo.

Ahora, lo que es excesivo y abusivo es querer reducir los hechos complicados a hechos simples, intentar desposeerlos de su complicación y querer resolverlos con una forma silogística. A esta forma primaria de esclarecimiento y argumentación antes de los escolásticos es a lo que los marxistas llaman cándidamente dialéctica. Eso es lo que produce el tipo que Napoleón llamaba del ideólogo, y Carlyle, del cortador de lógica.

Se da el caso en el político sistemático, doctrinario, inventor de constituciones a los Sieyes, que tiene una fe ciega en sus ideas y en el periodista elocuente que se enloquece con sus palabras y con su estilo. En el político hay el endiosamiento del que cree que construye máquinas perfectas en todo.

En el periodista muchas veces hay el contraste de su vida mediocre, hundida en la miseria, con su apostolado, que considera importantísimo.

El político doctrinario y el periodista han trabajado desde antes de la Revolución Francesa acá con la ilusión de que la política nacional y europea se haga lógica, clara y comprensiva. Se ve que no la han conseguido. La política sigue siendo algo caótico y oscuro y muchas veces imcomprensible.

Tantas explicaciones, tantas aclaraciones, tantos diagnósticos, pronósticos y tratamientos, y el misterio subsiste.

XX

Yo recuerdo que hace cuarenta años estaba un poco aburrido en un hotel viejo de París, y me puse a leer un libro que había comprado en los muelles del Sena, y que era "La introducción al estudio de la Medicina Experimental". ¡Qué libro! ¡Qué precisión! ¡Qué claridad!

Si hubiese tenido yo un profesor así cuando seguía la carrera de medicina hubiera intentado ser un médico investigador.

Al lado de Claudio Bernard estaban sus amigos y discípulos entusiastas: Paul Bert, hombre de gran importancia en ciencia y en política, Ranvier, que derivó hacia la histología y fue profesor del Colegio de Francia y otros varios.

La primera época de la historia de la histología es francesa y alemana, luego ya se hace internacional.

Yo, la verdad, soy un hombre que no he tenido afición a ninguna carrera. Esto no lo digo como una virtud, sino como un hecho. De joven no sentía inclinación para intentar el ser ingeniero, médico, abogado, farmacéutico o arquitecto. Todo eso no me ilusionaba nada. Mi ilusión hubiera sido ser un paseante en corte -creo que se dice así-, un paseante con medios para vivir. Como adorno personal, de ser posible, en vez de llevar un botón de colores en el ojal de la solapa, me hubiera gustado presentar al público un par de libros que estuviesen bien, y con eso me hubiera conformado.

He tenido desde hace tiempo que despedirme de este sueño agradable de dandysmo, y ponerme a escribir como una máquina.

La verdad es que no he tenido éxito, ni con la medicina, ni con la literatura, ni con la política, ni con la industria, donde también hice mi obligado ensayo, ni con las mujeres, ni en el teatro. Otros lo han tenido en alguna de esas actividades y no eran ningunos genios.

"Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale".

Esto es una vulgaridad, pero es un hecho cierto y comprobado, y lo seguirá siendo. ¡Qué le vamos a hacer! Yo creo que aunque hubiera insistido más en las cosas no hubiese llegado a tener éxito.

XXI

En la Casa de España dicto una novela a un joven de San Sebastián que maneja la máquina con facilidad y rapidez. Es joven decidido y valeroso. Estuvo en el cinturón de Bilbao, y dice que si no les hubiera traicionado el ingeniero que planeó y construyó las fortificaciones, haciendo a propósito para que fueran fácilmente expugnadas, allí se habrían podido defender durante mucho tiempo.

Por la mañana los nacionales bombardean con los aeroplanos las trincheras exteriores

y las ocupaban, pero por las noches iban los gudarís y las volvían a recuperar.

¡Qué mundo más chico. Es el clásico pañuelo! Este vasco que ahora me sirve a mí para dictarle una novela, fue amigo del que yo conocía en San Juan de Luz, el cual me dice está ahora dirigiendo un periódico en Centroamérica.

Se comienza a hablar concretamente de la guerra de Francia con Alemania. Se hacen cálculos de probabilidades con base falsa y se puede suponer que nadie acertará en el desarrollo de la guerra y que cuando ésta termine será una sorpresa para todos. Los turcos de la Ciudad Universitaria, altos y corpulentos, no tienen ninguna tendencia a mezclarse con los demás y suelen ocupar dos o tres mesas sólo ellos. Al comenzar esta guerra parece que tienen tanto pánico o más que los otros estudiantes.

Todos creíamos que los turcos eran de un valor temerario y entusiastas de la guerra, pero, quizá sea por casualidad estos turcos que vemos aquí parece que se encuentran asustados con la perspectiva de un guerra.

## XXII

Llegó octubre sin que hubiese emprendido el viaje proyectado. París estaba dramático en tiempo de guerra. Se veía entonces bien todo lo grande y lo suntuoso de la capital francesa. Un día, que pasaba en automóvil con un joven catalán por la avenida de Henri Martin, nos quedamos profundamente sorprendidos al ver aquella avenida, en la cual yo nunca me había fijado. Me parecía ese día el paseo tan grande, y con unas filas de árboles tan espesos (entonces amarillentos por el otoño) que componía un escenario magnífico.

Al comenzar octubre, esperando a ver si me despachaban el salvoconducto que había pedido para emprender el viaje, sin saber por qué me daba cuenta de que a los peligros generales y colectivos yo no suelo tenerles gran miedo. Me dan muchísima más escama las cosas nimias, por ejemplo, el que llegara un aviso de la Prefectura de la Policía para que me presentase, aunque suponía que si me llamaban sería para efectuar alguna diligencia de poca importancia.

Lo único que entonces me parecía fastidioso era que nos dijeran que, en caso de movilización, tendríamos que evacuar la Ciudad Universitaria en el plazo de tres horas, lo mismo si la orden conminatoria llegaba durante la mañana que durante la noche.

El día de más pánico, al salir a la calle, me encontré con el director de la Casa Danesa

el cual me anunció como si estuviese bien informado de lo que ocurría entre los enemigos de Francia:

- A las dos de la tarde se va a hacer la movilización alemana, y pocas horas después se hará la francesa. Aunque pensé que aquello podría ser una sospecha aventurada del universitario danés, nunca está de más prevenirse para que a uno no le sorprendan descuidado los acontecimientos. Tomé el metro y fui sin pérdida de tiempo a comprar otra maleta donde pudieran caber todos los libros que tenía en mi cuarto.

Tanto en la calle como en el Metro se veía una animación muchísimo mayor que la corriente, con ser ésta considerable, y por todas partes se sorprendían parejas que se despedían con lágrimas. Al anochecer ya se sabía la reunión de los Cuatro, y la gente estaba tranquila. Total, nada por entonces.

En las últimas semanas se había visto vender en todas las librerías, con gran demanda, el libro de Hitler "Mein Kampf" (Mi lucha) que, por lo que decían los que lo habían leído, dejaba pocas esperanzas a los franceses, cuando aludía a la necesidad en que estaba el Reich de consolidarse en el continente con la adquisición de nuevos territorios lo bastante grandes para que garantizaran al pueblo alemán la libertad de su vida. Aunque hablase de extender el éxodo germánico hacia el Sur y el Oeste, para dirigir sus miradas hacia las tierras del Este, ¿quién podría creer, a orillas del Sena, con ingenuidad en esto?

Yo no había leído el libro de Hitler, ni pensaba leerlo. La política para los políticos. Mientras se deje a los abogados, a los comerciantes, a los escritores y a los zapateros echar discursos y decir necedades con un aire solemne, la vida social estará llena de peligros.

Pero si yo, que no era político, podía prescindir de semejante lectura, en cambio las altas mentalidades de la política, en Francia, en Inglaterra y en Estados Unidos, no tenían derecho a no estudiar los términos ambiciosos del programa de Hitler, porque cuando gentes como él publican libros, los que ocupan puestos similares al del autor, en países situados dentro de su órbita de expansión, deben leerlos.

Lógicamente el político del país enemigo debe enterarse bien de lo que dice el rival, y de los medios de defensa, y prevenirse, y tener un conocimiento claro del pueblo que puede atacar.

No basta decir de un hombre que es un iluso o un soñador, cuando está al frente de los destinos de un pueblo capaz de obedecer ciegamente sus decisiones y si hace brillar ante sus ojos el resplandor de la gloria.

Sobre todo, después de haber visto maniobrar a un país como Alemania, que se había declarado insolvente para no pagar las reparaciones de una guerra provocada y perdida por ella, y que había montado a continuación un timo universal, haciendo funcionar sus máquinas de estampar marcos de papel, todo era posible. Hitler había hecho un gasto de mil millones de marcos en armamento en pocos años, a la vista de una Europa tan torpe y tan ciega, que obraba como si pudiera pensar en todo aquello que se hacía para distraer a los obreros de las fábricas de armamentos.

Los que habían dejado perecer al Negus en Abisinia, a Dollfus en Austria y a Masarik en Checoslovaquia, los que habían asistido, insensibles, a la remilitarización de Renania, a la violación de los acuerdos de Lorcano, y el día de Viernes Santo del año 39 a la ocupación de Albania, no tenían derecho ninguno a decir que no se les daban razones para engañarse sobre lo que se les venía encima, por culpa de la megalomanía del autor de "Mein Kampf".

Llegó a los oídos de los parisienses una noticia que podía resultar tranquilizadora, caso de ser cierta. La Embajada de la Argentina, en caso de estallar la guerra, tenía el proyecto de llamarnos a su casa y después hacer un periplo por su país, para darnoslo a conocer. Hubiera sido algo curioso, aunque, naturalmente, lo preferible y lo que más nos podía alegrar era que no llegase a haber guerra.

Había empezado el otoño y yo me pasaba la vida escribiendo para distraerme y para tratar, si lo dejaban a uno, de ganar un poco de dinero para ir tiritando.

Como yo había pensado, ya lo he dicho anteriormente, trasladarme a pasar una temporada en San Juan de Luz, a la vista de las montañas de Vera, había pedido al salvoconducto necesario para salir de París con destino a las tierras inmediatas a España, pero pasaban y pasaban los días sin que me lo dieran. Al cabo de unas semanas más, seguía sin tener la menor noticia del resultado por aquella petición.

No sabía si la Casa de España se cerraría o no. Suponía que sí; ya en ese tiempo no vivíamos allí más que tres, el número se iba cada vez reduciendo más, y el que hacía de director, una vez que el señor Establier andaba por la Argentina, dormía en otro pabellón de la Ciudad Universitaria. De cerrarse ésta, antes de que yo hubiera conseguido procurarme el salvoconducto solicitado, tendría que buscar un hotel y esperar, quién sabe por cuánto tiempo. Era preciso, cada vez más, creer firmemente en el destino del hombre y arrojarse en brazos de él, el que fuera.

No hacía frío todavía, pero estaba ya lloviendo mucho. Menos mal que mientras el frío no diese francamente la cara, con no salir a la calle, no era cosa que pudiera molestar mucho.

La guerra tomaba un carácter raro e inesperado. Nadie era capaz de imaginar cómo estallaría ni cuándo.

### TERCERA PARTE

#### I

En este París donde ahora me encuentro, ¡qué manera de cerrarle a uno las puertas para todo! No hay cosa, por pequeña que sea, en la que no se tropiece.

Durante la primera estancia que hice en la capital francesa durante la revolución española, no tomé precauciones para evitar molestias. En cambio, en la segunda sí; acudí a las oficinas establecidas en la Conserjería para procurarme allí papeles. Hice mi petición con arreglo a las fórmulas y no volví hasta que resolvieron el caso. A los cuatro o cinco meses de haberme presentado llegué a conseguir el permiso de residencia. Se ve que el "vuelva usted mañana» no es sólo cosa española.

Tuve en mi poder los papeles de identidad, pero tardé mucho, hube de aguantar las molestias de las filas, pasar esperando la respuesta días y días, y pagar algunos francos de no sé qué derechos gubernativos.

Luego, en una casa editorial donde me habían dicho que me aceptaban la traducción de dos novelas mías, al cabo de medio año lo pensaron mejor, sin duda, y me dijeron que no las querían.

Me acordé entonces de las Euménides. Las Euménides o Benevolentes eran las Erinias, que se mostraban malévolas o vengativas, pero los griegos querían aplacarlas dándoles un nombre cariñoso. ¿Qué nombre les daría yo a las que aquellos días guiaban mi destino en las oficinas de la Conserjería?

Me era preciso cavilar en busca de algún sistema que le procurase a uno los escasos medios precisos para sostenerse en París o fuera de París, para ir tirando; mientras allá en España, los combatientes hacían la paz imposible a los que, como yo, siempre se habían señalado por no sentir la menor inclinación a meterse en luchas políticas.

En esa situación nada podía distraerme el escuchar opiniones expuestas por anarquistas y comunistas respecto a la segunda guerra mundial que sobre Europa se cernía.

En ese tiempo un viejo anarquista recuerdo que me dijo:

- Nosotros no combatiremos contra los alemanes.

- ¿Aunque ellos ataquen? - le pregunté yo.

- Aunque ataquen.

- ¿Y por qué?

- Eso es cuestión de la burguesía-contestó encogiéndose de hombros con un gesto de indiferencia.

- Pues van ustedes a quedar muy mal -le repliqué-, hechos unos cerdos.

- Cerdos, sí, pero vivos -dijo sonriendo. Siempre es mejor para el cerdo hozar que aparecer colgado del gancho del carnicero.

- Yo comprendo que no se quiera ir a una guerra de conquista, pero a una guerra de defensa, no lo veo tan claro.

- Usted es un burgués... Yo no, yo soy... anarquista.

Todo lo que oía por ese tiempo me parecía un poco tonto. De una parte estaban las personas que sentían terror ante una guerra nueva, que habría de ser, inevitablemente, mucho más dura y más terrible que la última que habían padecido.

¿Cómo podía explicarse que gentes que habían entrado en la guerra franco-prusiana con valor, aunque poco preparados, que habían ido a la guerra del 14 con energía, entonces se mostrasen tan abatidos?

Se veía, bien claramente, que el espíritu del pueblo había decaído de una manera profunda. Otros, más pesimistas todavía, no creían que fuera a haber una guerra nacional, sino que el ambiente que se respiraba era de la amenaza de una guerra social.

Yo recordaba lo mucho que había perjudicado a los conservadores franceses el asunto Dreyfus, al que se lanzaron con verdadera furia yendo acaudillados por tipos tan indeseables y farsantes como los Drumont, Syveton y otros parecidos, como Déroulède. Aquello había hecho, ciertamente mucho daño a Francia, dentro y fuera de sus fronteras.

Yo estaba obsesionado en ese tiempo con diversos proyectos, pero ninguno alcanzó el carácter de crisálida. Murieron ab ovo. En primer lugar, pensé en marchar a una universidad inglesa, en la que imaginaba poder dar algunas lecciones sobre literatura española. No me juzgaba con categoría reconocida de magister, mas para actuar como

auxiliar tal vez no me faltasen condiciones. Todo esto no obtuvo el menor resultado favorable.

Se me presentó más tarde la ocasión de hacer una película sobre mi novela "Las Inquietudes de Shanti Andía". El guión lo hizo en parte un joven español que llevaba viviendo algún tiempo en París, y yo lo arreglé a mi modo y se le puso como título "Les rescapés du Dragon".

Esta palabra «rescapés» no estaba en los antiguos diccionarios franceses. Era una palabra nueva, y significaba el que se salva de un peligro o de un incendio. Tampoco, en definitiva, salió de eso nada positivo.

A fines de 1936 apareció en la Ciudad Universitaria el ministro vasco don Julián Zugazagoitia, que era del gobierno rojo de España, y se estuvo paseando con un médico que era de la Institución y estaba en el Colegio de España y creo que se llamaba don Paulino Suárez. Luego se marchó a Puerto Rico.

Este señor, una vez que Zugazagoitia se fue, vino a mí para trasladarme una invitación en nombre del ministro rojo, para saber si aceptaría ir como corresponsal de guerra a una quinta de la provincia de Valencia, donde podría, con toda tranquilidad, redactar mis crónicas.

Yo, sorprendido por aquella invitación, contesté que no.

II

Después de dar algunas vueltas, despistados, como perdidos en el laberinto de aquella barriada de suburbios, consiguieron los tres curiosos salir de aquel poblado mísero y subir de nuevo al bulevar Ney.

El escultor dijo que los llevaría en automóvil donde quisieran. Escalante observó que tenía que ir a visitar a una persona cerca de la plaza de la Estrella.

- Yo le llevaré.

Efectivamente, en poco tiempo los llevó. Bajó Escalante, y Elorrio quiso bajar también.

- ¿Pero usted tiene que hacer aquí? - le preguntó el escultor.

- No, pero no quiero hacerle perder el tiempo.

- No, hombre, no, si yo tengo tiempo de sobra, le llevaré donde usted quiera. Lo que



podría usted hacer es venir a mi casa y comer conmigo.

- Bueno.

- Pues vámonos.

Nos detuvimos en una plazoleta próxima al parque de Monceaux.

- Ahora si usted quiere -dijo el escultor- veremos estas estatuas próximas al parque, son de los tres Dumas. Del novelista, de su padre el general, y de su hijo el dramaturgo.

- ¿Cuál le gusta a usted más?

- Creo que me gusta más la del novelista.

- Sí, a mí también. Es obra de Gustavo Doré.

- ¿No tiene usted algún sitio que quisiera ver?

- Ya que me lo pregunta usted me gustaría ver el parque de las Buttes Chaumont.

- Bueno.

Estuvimos en el parque, que a mí me sorprendió por su aire dramático.

- Bueno, yo no le quiero hacer perder el tiempo dijo Elorrio, voy a tomar el metro y a comer a un pequeño restaurante del Barrio Latino.

- Venga usted a mi casa.

- No, no.

- ¿Por qué? preguntó el médico.

- Porque supongo que puede ser una molestia.

- Nada de eso.

- No, no quiero molestar.

- Pero si a mí no me molesta usted nada.

- Qué se yo.

- Puede usted tener la seguridad de que es cierto lo que digo.

Volvimos a la cuestión de la guerra española.

- La nuestra es una guerra sin cuartel como todas las luchas civiles.

- Yo iría a una guerra internacional en donde le puede matar a cualquiera una bomba de avión o de gases asfixiantes, pero a una guerra civil, no, no.

- No lo comprendo.

- Pues sí, debe usted comprenderlo. Lo que a mí me ocurriría es que, cuando las cosas se torcieran, me hallaría con que todo el mundo tendría en la cartera su pasaporte y su billete en el barco para marchar lejos, y yo no lo tendría, porque nadie me lo habría procurado, y, sin comerlo ni beberlo, me encontraría en una situación angustiosa. Ya le he dicho, acepto el peligro de la bomba de avión o de los gases asfixiantes, de la mina que estalle en el campo, pero el peligro de la guerra civil, eso nunca. La broma y la crueldad del canallita que juega con el prisionero... de ninguna manera... ni hablar. En la guerra europea me tratarían como corresponsal de una manera automática, en la guerra civil no.

Pensaba así porque en París veía llegar a todas horas gente con dinero, con los gastos pagados y billete en un barco para trasladarse a América. A mí nadie me ofreció nada por el estilo. ¿Por qué iba yo a servir a una gente a quien no debía la menor atención? ¿Era que tenía ideas parecidas a las suyas? De ninguna manera. De ser así, no se habrían ocupado de mí en sus periódicos para denigrarme.

Ocurría lo de siempre, todo era un reflejo de la extraña idea que tiene el español de los escritores, sobre todo el político. El escritor no puede vivir de su oficio, pero opina. Y aquí está lo grave. Desde el momento en que opina es responsable. El escritor ha dicho que creía que iba a llover, han pasado días y ha llovido demasiado; pues que el escritor se vaya a trabajar y a quitar los charcos, mientras el obrero consciente o el político están en el café o en su casa, charlando y diciendo necedades. Son ideas de bosquimano.

Los países pobres no pueden tener ciencia. Todavía hace cuarenta o cincuenta años se podía seguir a paso lento la marcha de la investigación científica. Hoy creo que eso es imposible, porque la técnica física, química o histológica es muy complicada y muy cara. Ya, desde hace veinte años, casi todos los descubrimientos proceden de los

Estados Unidos y de Inglaterra, es decir, de países ricos, los únicos que pueden tener el máximo de medios para consagrarlos a la investigación.

Nadie duda de que hay una serie de cosas incongruentes en la sociedad, y que ahora, por lo menos, no se puede someterlo todo a una lógica general. El ejército, como todo, está lleno de contradicciones, pero ¿hay algo que no lo esté? Porque usted es comunista y probablemente rusófilo. ¿Cómo es esto posible? Usted dirá: Es que allí están haciendo algo bueno, y se necesita un ejército. Lo mismo dicen en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos. Yo creo que todas esas teorías justicieras valen muy poco. Cuando triunfan, como han triunfado en Rusia, dicen sus partidarios:

- Ahora necesitamos ejército y soldados porque si no se nos tragarían.

Todo eso es finta y mentira. Europa y su civilización están en decadencia. El siglo XX es mediocre, la vida es áspera, no hay bienestar, no hay justicia, ni benevolencia. No se sabe qué saldrá de nuestro tiempo, seguramente algo malo.

III

El que parece que demostró, como Besteiro, su entusiasmo revolucionario, fue don Juan Madinaveitia. Apareció un día en la Casa de España de la Ciudad Universitaria con objeto de visitar a su yerno que estaba allí.

Luego supe que el doctor Madinaveitia se había ido a Barcelona, a un hospital, y que murió allí antes de terminar la guerra civil. Se ve que era un hombre de fibra y un iluso.

Los alemanes nazis han hecho, por lo que se dice, unos proyectos verdaderamente brutales contra los judíos; piensan exterminarlos, como se puede acabar con una plaga de langosta. Lo más lógico era hacer lo que han hecho después los ingleses, formar un Estado de Judea con su capital en Jerusalén, y que este Estado se vaya extendiendo y desarrollando, acogiendo en su seno a los judíos del mundo entero.

Lógicamente en esta época en que Hitler y los alemanes que le siguen van persiguiendo a los judíos, se discute en todas partes sobre ellos y sobre su literatura. Hay personas que están convencidas de que se hallan ante una raza de genio; otras creen que no dan de sí más que cómicos y comerciantes. No cabe duda de que para doce o catorce millones de judíos que viene a ser la población que en el mundo se calcula de israelitas, la proporción de hombres importantes es mayor que la de las otras razas. Depende quizá, más que de la raza, de que hay muchos de ellos colocados en situaciones muy propicias.

Entre los judíos hay personalidades más salientes que en ninguna nación que contara

los habitantes que ellos tienen. Es un pueblo en donde apenas hay campesinos y obreros del campo. Todo judío se siente aislado y al mismo tiempo protegido por su comunidad. Los judíos forman una asociación muy poderosa en todo el mundo. Dominan la prensa, los teatros y la hacienda, en todas partes hay algún judío destacado. Tienen el control de todo. Aquí también se puede decir que, quizá por imposición del enemigo, siguen la máxima bíblica: «El que no está conmigo está contra mí».

Los alemanes nacionalistas les declaran la guerra y creen que los van a acoger, pero es muy posible que los judíos, a larga, sean los que venzan y los que manden.

Aquí en Francia hay judíos en los periódicos de izquierda, y en los de la derecha, y hasta, según parece -cosa curiosa-, en los periódicos antisemitas. Están en la Fracmasonería, en la Liga de los Derechos del Hombre, en la Sociedad de Naciones, en la Sorbona, en la crítica de los periódicos, en las compañías de teatro y de cine, en el comercio de cuadros, en todo aquello que representa dinero y celebridad. Se ayudan entre ellos. Hacen bien.

Los judíos tienen una mezcla de antipatía y de simpatía por los españoles. Yo supongo que la simpatía es por haber vivido en España muchos siglos y haber producido hombres importantes.

Los antisemitas achacan a los judíos cosas probablemente falsas. Aquí se ha dicho entre los estudiantes que Erlich, el investigador histólogo, se aprovechó de los trabajos de un alemán y de un japonés; que Einstein se ha valido también de las ideas de un matemático suizo para fundar su teoría de la relatividad. Estos reparos que se hacen a tales sabios se pueden hacer imputar a los demás, sean judíos, cristianos o budistas.

Porque no es posible hallar nadie en la ciencia que sea como una isla perdida en el centro del Pacífico, sin relación con los demás. Todo viene de algo.

Naturalmente, al mismo tiempo que estos grandes hombres auténticos, hay otros judíos de los aparatosos, que saben conseguir un éxito por un arte especial. ¿Por qué ese Ludwig o ese Stefan Zweig, por haber hecho algunas cuantas biografías corrientes y vulgares, han tenido una fama universal tan grande? Eso es algo que no se comprende bien.

No es el caso de un Erlich o de un Bergson, ni menos el de Einstein. Se ve que el judío tiene un arte muy fino para el reclamo, como no lo tienen ni los europeos ni los americanos.

Hay muchos intelectuales franceses que pretenden sostener que Alemania no ha tenido en la labor de la cultura mundial más que trabajo. Según ellos, los alemanes no poseen imaginación ni fantasía. No sé cómo se explica entonces el que Alemania haya sido la primera en Filosofía y en Música. Porque en la Ciencia, en la Literatura y en el Arte, hay otros pueblos europeos que compiten con los germanos, pero en la Filosofía y en la Música es la primera y no tiene rival. Desde Bach hasta Beethoven, como desde Kant hasta Nietzsche, está toda la música y toda la filosofía moderna.

Las palabras no son el pensamiento en sí, sino algo como los billetes de Banco, que representan el valor del dinero. Estudiar las palabras no es estudiar el fondo de las ideas, sino lo signos del pensamiento.

Uno de la Argentina me manda un artículo protestando de que yo diga que el procedimiento que empleaba Unamuno de buscar el sentido actual de las palabras por su etimología no me interesaba. Le incomoda a este señor que no se crea en Unamuno.

En la literatura nada hay infalible. A mí no me entusiasma Unamuno, ni como novelista, ni como poeta, ni como filósofo. No se lo hubiera dicho, en su cara, cuando vivía por no molestarle. Cuando le hablaba, le hablaba con amabilidad. Pero a mí no me gustaba ni me gusta lo que este paisano mío ha escrito. Que a los demás les guste me parece bien. Como yo he sido siempre individualista y liberal, me parece lógico y lícito el que cada persona tenga el culto de sus héroes, aunque no sean héroes para los demás.

En el año 1938 me avisaron la hija de un político y un aristócrata para que fuera de noche a su casa. Deseaban hablar conmigo. Fui allá y me indicaron que había que ir a España para defender a los que allí luchaban por la tradición.

- Yo no -les dije-, no sé lo que es lo tradicional en España. Yo no soy más que liberal, y no liberal intransigente, me contentaría con aquella teoría que defendieron a principios del siglo XIX gentes como Lista, Miñano, Hermosilla y Reinoso a la que llamaron el despotismo ilustrado. El despotismo del gran Federico que permitió publicar a Kant sus obras, y el despotismo del zar Alejandro III que dejó pasar sus novelas a Dostoiewsky. A mí no me importa nada que haya Congreso o que no haya Congreso, que se vote o que no se vote. Todo eso es para mí tan exterior y tan falto de interés que no me preocupa absolutamente nada. Ni me da frío ni calor. Es como si me dijeran que van a suprimir el fútbol o las corridas de toros. Por mí que los supriman. Que el señor Sánchez o el señor García, que el señor Durand o el señor Petit no pueden lucirse en la Cámara de los Diputados, a mí me tiene completamente sin cuidado. Allá ellos. Que se hagan volatineros si les atraen las cabriolas. Ahora, creo que prohibir a Kant o a Schopenhauer o a Dostoiewsky es algo importante para la humanidad, y quizá más

importante sería prohibir a Einstein. Los demás, los políticos, allá ellos. Que hagan estupideces los unos y los otros me tiene sin cuidado.

Desde entonces aquella aristócrata no quiso nada conmigo. Me era igual.

V

Por este tiempo oí contar en Francia una anécdota sobre las damas españolas. Se decía de ellas que eran muy aficionadas al chocolate, y se añadía que en cierta ocasión se habían reunido cinco o seis delante de una mesa para merendar juntas.

Encontraron tan bueno el chocolate que servían que una de las presentes dijo:

- Cosas así debían de ser pecado.

Esta es una época en que la mujer rica ha ganado una partida importante. Luce, se viste, coquetea libremente a diestro y siniestro, fuma, va al baile, al café, hace la vida que quiere, recorre las playas, se distrae con el flirt, emprende viajes en auto. En cambio, la mujer pobre vive peor que nunca; el marido, los hijos, las colas en las tiendas, el hacinamiento en la casa; su vida es horrorosa. Así se ve en la clase pobre infinidad de mujeres de treinta años con aire de viejas, consumidas, sin dientes, malhumoradas y desesperadas.

Es evidente que la mayoría de los hombres conservan en su memoria el recuerdo de una injuria o de un agravio. Sólo la gente débil olvida las ofensas. Lo que es terrible y da muy mala impresión del hombre es que para muchos de ellos el beneficio se convierte en agravio.

En las jornadas revolucionarias de España muchos de sus criminales gozaban entre los suyos de cierta consideración.

- Nos hemos cansado de matar -decían.

Sentían admiración por sus víctimas.

- ¡Qué tío! No se cansaba de insultarnos.

Las furias revolucionarias eran las mismas que en tiempos de la monarquía iban a las procesiones.

El doctor Pittaluga es un hombre de gran inteligencia que tuvo poca suerte. Hizo trabajos científicos muy en serio y dijo frases sangrientas y exactas al mismo tiempo.

Yo en París solía ir a comer un día a la semana a su casa y le oía a D. Gustavo con mucho gusto. Estuve a punto de hacer un anecdotario con las frases ingeniosas de Pittaluga, pero luego desistí porque se hubiera comprendido a quiénes se aludía en sus sátiras. Estuvimos una noche en un casino que se encontraba en la orilla del Sena, y Pittaluga se puso a hablar en francés y se formó un círculo a su alrededor de gente que le oía con atención.

Uno de los hijos de D. Gustavo era músico de poca categoría y el otro, era médico. Este, que luego murió al llegar en aeroplano a la Habana, era un tanto misántropo. Solía sentarse a la mesa y ponía en el suelo una botella de vino y se la bebía. No hablaba apenas y si decía algo era alguna frase agria.

## VI

Yo no había andado en otras épocas por el barrio próximo al parque de Montsouris. Es un suburbio cercano a la cárcel de la Santé, por el que cruza el ferrocarril de Sceaux.

Yo he leído poca poesía. De estudiante leí a Espronceda y a Bécquer con deleite; luego, poetas regionales, a Rosalía de Castro y a Juan Maragall; los dos muy buenos.

En París, a fines del siglo pasado, me contagié con el entusiasmo que había por Verlaine, y este entusiasmo me ha seguido hasta la vejez. Creo que entre los poetas franceses nadie se puede poner a su lado. El único con quien se le puede comparar es con Villon, el viejo poeta del siglo XV, vagabundo y ladrón y que estuvo varias veces muy cerca de la horca.

Por todas partes ahora en París derriban rincones oscuros y sombríos, pero que tienen carácter. Aumenta la limpieza de la ciudad y su higiene, aunque pierda su aspecto pintoresco. Yo, que no soy un hombre sistemático, tan pronto siento la nostalgia del pasado como me gusta que todo se rejuvenezca y se limpie.

Detrás del Instituto de Francia, entre la calle Mazarino y las próximas, han derribado unas cuantas casas negras y han hecho un square. Ya no se recuerda cómo estaba antes. También han echado abajo varias casuchas negras entre San Severino y San Julián el Pobre. Lo viejo y lo sucio va desapareciendo, y, naturalmente, con ello desaparece también lo pintoresco.

He hablado bastante de los lugares comunes de la vida literaria parisiense, y desde los auténticos bohemios como Verlaine, hasta el falso bohemio como el guatemalteco Gómez Carrillo y compañía, todo va desapareciendo. La gente parece que también está cansada de la literatura falsa y de prendería.

He estado en el barrio en que viví por primera vez en París hace más de cincuenta años. La calle de Broca, que yo la recuerdo muy negra y muy sombría, con el hospital antiguo de Lourcine, tiene aún las casas negras, leprosas, que están para derribar, pero hay ya por allí mucha casa nueva de ladrillo, de estilo moderno y algunos squares. He visto un hotel de la Palmera que recuerdo próximamente de hace medio siglo.

En la plaza de Denfert-Rochereau está la entrada de las Catacumbas. Se pasa por la plaza y se sale por la calle Dareau, número 92, cerca de la avenida del Parque de Montsouris o por la calle Remi Dumoncel.

Marchando por la avenida del parque de Montsouris hay ahora un taller de una nueva línea del Metropolitano, con unas bóvedas grises de cemento que parecen bocas de enormes cañones. Luego, siguiendo por la avenida, a la izquierda, se ve un talud con unas garitas en la cúspide que son depósitos de agua; a la derecha hay otra cuesta con casillas, también de las antiguas fortificaciones, y filas de vagones de tren ya viejos, que se van poniendo roñosos con la lluvia.

En la calle Dareau, en un hotel de un piso y guardillas de zinc con balcones, se lee un letrero que dice: «Hotel Dareau, á la sortie des Catacombes". Hay una puerta al lado, con un escudo de la villa de París. Ese hotel hace esquina a la calle Hallé.

Una señorita me ha prestado una antología de poetas franceses modernos, que yo voy leyendo despacio. Otra me ha prestado varias obras de teatro.

Yo tengo una falla bastante grande para hablar de los dramaturgos, y es que no soy aficionado al teatro. Me gusta la ópera en una sala brillante, la opereta también, pero la comedia no. A mí me indicaron en Madrid, a principios de siglo, para hacer la crítica teatral en el periódico "El Globo", y creo que no duré en el cargo el mes.

Un estreno de una comedia en Madrid tenía entonces el aire de una cosa política y diplomática; el crítico de "El Imparcial", que hablaba misteriosamente con el de "La Correspondencia", la señora del palco que trataba de convencer a un periodista de algo. Todo esto me interesaba poco y no quise entrar en aquel ambiente.

De chico vi melodramas, sainetes y revistas, pero comedias y dramas, muy pocos. Ahora me pasa igual, no tengo curiosidad grande por el teatro.

VII

¡Qué idioteces le han dicho a uno!



Unos socialistas de Irún, al comienzo de la guerra, me dijeron que yo les había explotado.

- ¡Explotarlos yo! Pero... ¿cómo?, ¿en dónde? No había explicación posible.

Entonces, uno de ellos me dijo:

- Volveremos, iremos a Vera y quemaremos su casa.

- Bien, esto es una estupidez clara, pero que yo les explote a ustedes es una estupidez oscura porque yo, ni les conozco, ni tengo nada de común con ustedes.

Un carlista, tan necio como los socialistas, me dice que pudiendo haberme matado no me mataron.

¡Qué heroicidad! También uno ha podido matar a gente, sobre todo cuando era médico, y no ha matado. ¡Qué mérito! ¡Qué satisfacción! Yo creo que un bosquimano discurría seguramente de una manera más lógica. Le dirían: «Puede usted matar a ese que pasa por ahí», y él diría: ¿Para qué? Si no tengo con ello ningún provecho».

## VIII

Una chica, conocida mía desde su infancia, muy graciosa, que tiene dos o tres pretendientes uno rico a los que no hace caso, me dice a mí:

- Oiga usted, don Pío.

- ¿Qué?

- ¿Quiere usted que nos escapemos y nos vayamos a vivir juntos?

Yo me río oyéndola y le digo:

- No, no quiero, chica.

- ¿Por qué?

- Porque no me gusta hacer un mal papel contigo.

- ¿Y usted haría un mal papel?

- Sí.

- ¿Ante quién?

- Ante ti.

- ¿Y por qué?

- Porque soy viejo, reumático. Soy una birria, y aunque tú me trataras con afecto, yo estaría avergonzado.

- Es usted orgulloso.

- No, ahora soy naturalmente desconfiado.

- ¿Así que no quiere que nos escapemos juntos? - No. - ¿Y por qué? - Primero, porque, como te digo, soy una birria, tengo sesenta y cuatro años y tú tienes

diecisiete.

- Eso no importa.

- Sí importa. Después porque tengo una hernia.

- Tampoco importa.

- Sí importa, sí; hay además otra razón crematística.

- No sé lo que es eso.

- Eso quiere decir económica. Yo gano ahora trescientos francos al mes por un artículo en "La

Nación", de Buenos Aires. Figúrate tú qué trajes y qué alhajas podría comprarte. - A mí no me importan nada las alhajas. - A mí tampoco. - Es usted muy desconfiado. - Desconfiado, sí, pero de mí, mismo.

IX

Colegio de España para indicar al director de que me tiene que echar a la calle.

- No sé por qué será. Yo no me he ocupado ni del embajador ni de su mujer. Quizá sea por eso.

- Tiene usted avitaminosis -me dice un amigo médico.

- Eso no me choca. Es más fácil para un viejo que vive pobremente tener cosas malas que buenas. ¿Avitaminosis? Es muy probable. ¿Artritis? También. ¿Hiperclorhidria? Con seguridad. A perro flaco todo se le vuelven pulgas.

Me indican unos señores que me quieren pagar un traje.

- No. Yo no soy un mendigo. No tengo ninguna casa elegante adonde ir. Continuaré con el traje viejo. Me es igual.

X

Yo les decía a los jóvenes franceses que estudian en el Colegio de España, sobre todo a los de Ciencias Políticas -Sciences po, como dicen ellos-, que debían permitir a Alemania tener colonias, y hacer un plebiscito verdadero en Alsacia y Lorena, y acabar con esa carnicería estúpida de la guerra que no lleva a ningún lado más que a la miseria, a la degeneración y al hambre.

Como muchas noches duermo mal, salgo de la Casa de España al anochecer y me voy a pasear por las calles próximas del barrio de Montrouge, a los recovecos y callejuelas de Baudelaire. Recuerdo alguna canción como ésta:

Souvent, a la clarté rouge d'un reverbere Dont le vent bat la flamme et tourmente le verre  
Au coeur d'un vieux faubourg, labyrinthe fangeux Où l'humanité grouille en ferments orageux.

En la guerra española los rojos, evidentemente, han sido y son más torpes y más cándidos que los blancos. Estos estaban más unidos. Aquéllos, divididos en cuatro o cinco grupos y cada grupo en siete u ocho subgrupos: republicanos, separatistas, catalanes y vascos, socialistas, comunistas, anarquistas, etc.

Hay gente que quiere equiparar la destrucción de un altar con la muerte de unos cuantos individuos o con el bombardeo de una ciudad. Así se ha visto en la "Ilustración,

Francesa" las ruinas de un altar y debajo un título: La barbarie roja.

La misma barbarie que sería bombardear o destruir una pagoda de indios o una iglesia de negros.

La república parecía que iba a intentar un aire austero, pero no lo consiguió.

Todo eran apariencias de dignidad, de aspecto, pero por debajo no había nada. Eran los políticos lo mismo que siempre.

Un abogado que durante muchos años había sido el cacique del pueblo, había salvado criminales del presidio, había llevado a la cárcel a hombres sin culpa, había protegido a los ladrones y perseguido a los inocentes.

Para ellos la venganza no consistía en perseguir al causante de una desgracia o de una canallada, sino de devolver el golpe a cualquier individuo de familia aristocrática.

XI

Una señorita francesa me presta una novela de Henri Bordeaux titulada "Valonbre". Está bien. Es bastante interesante, pero nada extraordinario. Ahora parece que el autor se inclina a pensar que las mujeres en Francia valen más que los hombres.

- ¿Y usted lo cree también? me pregunta.

- Yo no puede tener opinión. Creo que quitando a las personas de genio, en la mayoría de los países europeos la mujer vale más que el hombre.

- ¿Y en Francia piensa usted que pasa lo mismo?

- Sí, así me lo parece. La mujer francesa trabaja tanto como el hombre, y además se considera en la obligación de ser amable. ¡Ya es mérito!

- ¿Y usted no cree que la mujer pueda tener genio? - ¿Quién sabe lo que es genio? En París me encuentro con el escultor Miranda. Me dice que vendrá en auto al día siguiente y

que comeremos juntos. Él vive, no estoy ya muy seguro, cerca del Parque Monceaux.

En el suburbio

I

La feria de Clignancourt.

Una tarde de domingo, después de comer tres amigos en casa del escultor que nos había invitado, decidimos, para pasar la tarde, ir a la feria de Clignancourt, el mas acreditado Mercado de Pulgas (Marché aux Puces) de París.

Este Rastro parisiense se extendía o se extiende entre la Puerta de Clignancourt y la Puerta de Saint Ouen, en la zona septentrional de París. En otro tiempo Saint Ouen había sido un barrio de anarquistas, donde se cometieron los atentados del famoso Ravachol.

Era el más conocido y celebrado de los mercados de cosas viejas de París, y tenía un carácter animado, pintoresco y al mismo tiempo melancólico, de esos cementerios de cuadros, estatuas, libros y aparatos de todas clases, que representan la ruina de miles de gentes, aunque sirvan también para sostener la existencia de no pocas familias.

Aquellos puestos de la Feria de Pulgas eran misteriosos, tenían una parte exterior para el público, otra más interior repleta de cosas para los aficionados conocidos, y, a veces, otra todavía más interior que daba a algún callejón, en donde había grandes espejos, armarios y cuadros.

Algunos puestos de la feria de Clignancourt tenían un aire cómico; parecían mirar hacia París por una claraboya oval que recordaba el ojo de algún monstruo. Uno pensaba en cómo representaría todas aquellas casuchas un pintor de la fantasía del Bosco o de Brueghel.

El terreno donde se instalaba la feria debió de hallarse en otro tiempo hundido y tener un carácter pantanoso, y en los días de mucha lluvia se quedaba completamente intransitable.

De los tres curiosos que buscábamos la distracción paseando por aquel Capharnaum de las afueras, el uno era el dibujante Abel Escalante, el otro, Juan Elorrio, periodista, y el tercero yo.

Cada uno tenía su interés al acudir al mercado de cosas viejas. El dibujante pretendía

encontrar un libro de estampas que buscaba hacía tiempo.

De los tres visitantes, el periodista era el que conocía mejor la geografía de los puestos de feria, y hasta tenía sus conocidos entre la gente que había en los puestos. Se paraba a hablar con los vendedores, cambiaba con ellos algunas palabras, recogía indicaciones o referencias que le podían servir para pescar alguna ganga.

El menos interesado era yo, que no buscaba nada concreto ni tenía dinero para hacer compras. Miraba lo que había por allá, desparramado a uno y a otro lado, sin más interés que contemplar las animación pintoresca, que era grande aquella tarde, porque el tiempo favorecía un paseo al aire libre.

En uno de los puestos vimos una estatua antigua de madera, que representaba una virgen gótica. Informados del precio, resultó que estaba tasada en muy poco dinero, quinientos francos. ¿Era auténtica o no?

El periodista pensó que era falsa, de primera impresión.

El dibujante Abel dijo:

- No parece auténtica, es verdad.

- Pero... ¿quién se pone a hacer una falsificación así, que exige tanto trabajo, para venderla después en quinientos francos?

- ¡Bah!, ¿quién sabe si el que la hizo creyó venderla en veinte mil, y luego tuvo que deshacerse de ella por una cantidad pequeña?

- Es posible, aunque no muy probable.

En aquella hondonada había una barraca hundida en el suelo en una plazoleta cerrada como un foso.

La barraca tenía un tejado hecho con latas sujetas con piedras, una chimenea y una veleta con unas aspas, que el aire, al moverlas, hacía chirriar. En medio del corralillo había una mujer, toda despeinada, con un trapo extendido en el suelo, y encima unas cuantas cosas, absolutamente heterogéneas, en venta.

Mientras el dibujante hablaba de la virgen gótica, el periodista marchó a otro puesto para examinar un espejo muy adornado, estilo Luis Felipe; a poco le siguió Abel, se quedó mirando la estatua por delante y por detrás, cada vez más convencido de que era moderna, es decir, falsa.

- ¿Qué, le gusta a usted? - le preguntó la mujer del puesto.

- No, señora, la verdad, es que estábamos hablando de si esa estatua era antigua o moderna, y cuanto más la miro, más me convenzo de que es moderna.

- Sí, es moderna -dijo la vendedora. En nuestra casa, que está en el bulevar Raspail, hay una imagen gótica auténtica. Puede usted ir a verla si quiere, y le dio una tarjeta con la dirección.

Abel se puso a leer la tarjeta, cuando un hombrecito, un viejecillo pequeño, que poco antes se había detenido, le dijo:

- ¿Es usted español, verdad?

- A medias -contestó el interpelado-; ¿por qué lo pregunta usted?

- Porque le he oído a usted hablar.

- ¿Usted también lo es?

- Sí; también lo soy. ¿Anda usted buscando antigüedades?

- No, he venido con unos amigos a dar una vuelta y hemos estado hablando sobre esta estatua, que a mí me parece más falsa que Judas.

- Sí, evidentemente es falsa. Pero yo sé donde hay una del siglo XIII, verdaderamente magnífica, y que la venden no muy cara para su valor.

- No puede interesar. Yo no tengo dinero ni para adquirir verdaderas gangas...

- De todas maneras le daré a usted las señas de donde está por si quiere ir a verla.

- Bueno, está bien. Apúntemelas en esa misma tarjeta; y le entregó la que le había dado la mujer del puesto.

El tipo que había abordado el dibujante era un hombre pequeño y derrotado, son sombrero blanco, chaquet viejo ribeteado con trencilla, pantalones un poco cortos, camisa remendada y un cuello postizo, amarillento, de celuloide, que le salía fuera de la chaqueta como un collar.

hombro por un bramante, y dentro de la cartera, algunas estampas y acuarelas, para mostrárselas a los posibles compradores, si es que tenía la suerte de tropezar con algunos.

Cuando se sintió escuchado contó que hacía más de treinta años que residía en París, que había conocido a Estévanez, a Bonafoux y al capitán Casero.

Sin que se lo preguntasen, como para presentarse, dijo que su apellido era Pagani; el dibujante dio su nombre y el de los dos amigos, el del escultor y el de Elorrio.

Hablaba el hombrecito el español muy bien; tenía, al parecer, ciertas pretensiones literarias, aunque aseguró que no había publicado con su firma más que algunos artículos, hacía años, en periódicos de América.

Volvió a insistir en lo de la imagen gótica. Era preciosa, según dijo, estaba en su casa, pero no era que fuese suya, sino de la dueña del hotel. La habían visto grandes expertos y dueños de casas de antigüedades, pero no querían pagar por ella lo que la estatua valía.

- Si quieren ustedes verla vengan a mi casa cuando quieran. Vivo en la calle de los Solitarios; en un pequeño hotel. No tiene pérdida, es el único que hay allí.

- No sé dónde está esa calle -dijo el dibujante.

- Está en Belleville. Cerca de las Buttes Chaumont.

- Ah, muy bien, ya iré.

- La verdad era que no recordaba dónde está Belleville, ni las Buttes Chaumont, ni pensaba buscar esos lugares.

- Ahora, otra cosa, señor. ¿Sabe usted cómo se llama en español este instrumento de música? - preguntó Pagani mostrando uno que había sobre una mesa.

Era una especie de guitarrillo muy viejo, muy destartado, con una rueda y un manubrio en la parte baja del instrumento, que solían usar hace muchos años algunos mendigos callejeros en Francia y en Suiza.

- Yo lo he visto en un museo dijo Elorrio. Se llama vielle en francés, y en castellano, viella y zanfonia. También he oído que en algunos países del este de Europa se llama skoptza. En francés y en español la palabra se ha perdido, porque el objeto ya no se encuentra.



- Es curioso.

- ¿Usted no habrá visto una zarzuela española, "Los Magiares", que tiene una música muy bonita? - preguntó Elorrio.

- No.

- Pues allí un viejo mendigo húngaro, mientras toca este instrumento y da vueltas al manubrio,

canta:

Quien al son de mi viola quiera cantar, quiera bailar, aldeanos y aldeanas vengan aquí, vengan acá.

- ¿Y esto será un instrumento muy antiguo?

- Sí, en el siglo IX se conocía ya. Era instrumento de mendigos y de juglares para saltar y bailar. Viella es vitella, ternera en latín, y recuerda el salto de las vacas jóvenes. En algunos países conocían el instrumento por lyra mendicorum. En general se le llamaba chifonia, viella o viola indistintamente, pero luego la palabra viola quedó para una forma de violín un poco más grande. En Francia parece que hay una canción, relativamente moderna, que se llama "Fanchon la vieillesse".

- ¡Ah! Yo he oído nombrar esa canción y creía que era Fanchon la Vieillesse, y que se trataba de alguna vieja a quien llamaban Fanchon la Vejez. Esa clase de apodos aquí no suelen ser raros. Usted recordará que en aquella banda de anarquistas de uno... no sé si se llamaba Bonnot, había un socio que llamaban Raymond la Science.

- Pues no se trata de una vieja, sino de una joven tocadora de la viola, y sus cuplés terminaban:

Je n'apportais, hélas! en France que mes chansons, quinze ans ma vieille et l'espérance.

El señor Pagani se quedó mirando a Elorrio como asombrado. Le consideraba un monstruo de sabiduría.

II

Después, Pagani preguntó a Escalante si no conocía a un militar, Evans, que había

estado en España durante el comienzo de la revolución. Escalante dijo que lo conocía y que había hablado con él hacía poco.

- Me han dicho que está aquí, pero no lo sé de cierto.
- Pero eso será muy fácil saberlo preguntando en la Embajada inglesa.
- Sí, es verdad yo no me he atrevido a hacerlo.
- Yo lo haré y lo que me contesten se lo diré a usted.
- Pues entonces, si quiere usted hacerme ese favor, si sabe algo de él me lo dice llamando por teléfono al hotel del Cisne, que está en la calle de los Solitarios y que tiene este número. Mi apellido es Pagani.
- Bien, lo haré.

El señor Pagani se despidió de Elorrio, de Escalante y de mí, y se volvió, al parecer, camino de su casa.

En una avenida, todavía sin casas a un lado, y en el otro se asentaban algunas barracas, donde se amontonaba el gentío, había innumerables puestos ambulantes y camiones automóviles de gitanos. Entre la multitud brujuleaban unas gitanas verdaderamente preciosas, blancas, rubias, de ojos azules, magníficamente vestidas; en medio de otras negras, harapientas y con cara de cuervo. Las primeras resultaban como la aristocracia de la raza.

- Habrá que creer que esas gitanas rubias, por su tipo, son lo más ario de todas las personas que andamos por estos andurriales -dijo el dibujante.
- ¿Usted no sabe que en algunas tribus gitanas eligen los ejemplares para tener hijos? - replicó el escultor.
- No, no lo había oído nunca.
- Pues parece que es cierto.

Después del alboroto y del tumulto salimos los tres a una barriada de casetas de madera construida en un terreno hundido, entre el bulevar Ney y el extrarradio de París.

Era aquello como una aldea de casuchas, la mayoría de tablas, algunas de ladrillos, todo muy miserable, que formaban calles estrechas y llenas de recovecos. A esas barriadas en París se les llama zonas militares de las viejas fortificaciones.

Encima de las puertas de las casas, había letreros con los nombres de sus moradores, escritos la mayoría en ruso, en alemán y en italiano, y algunos también en español.

Aquel domingo y en aquella hora no andaba nadie por la zona. Sin duda los pobladores de aquella aldea miserable, nacida al lado de una gran ciudad, habían salido, aprovechando la fiesta, a tomar el sol y el aire de la tarde de otoño pacífica y templada.

Ciertamente, que no debía ser muy tranquilizador el andar de noche por aquellos andurriales. Parecía que por allí el peligro de ser atacado y desvalijado era más que probable.

- ¿Por qué?

- Eso me parece.

Llegamos al portal, recorrimos un ancho pasadizo, cruzamos un patio y luego entramos en un pabellón, torcimos a la derecha y recorrimos otro corredor. Después de bajar tres escalones, al extremo de un pasillo, el escultor llamó a una de las dos puertas y abrieron.

IV

Pasamos al estudio del escultor, una estancia alumbrada por ventanas abiertas junto al techo. En el fondo de la habitación había una plataforma de madera, a la que se podía llegar subiendo dos escalones.

Estaba trabajando el escultor en un grupo curioso de tipos de obreros.

Como ya era algo tarde, tan pronto como llegamos, el escultor le dijo a la muchacha, que era española:

- Saca la comida que es un poco tarde.

El escultor miraba con atención a Escalante y le dijo:

- Tiene usted cabeza para hacer un busto. ¿Quiere usted que lo haga yo?
  - Sí, pero apenas tengo tiempo. El vivir aquí me hace trabajar mucho y necesito tiempo.
  - Pero viniendo a casa podría usted comer y cenar aquí, porque yo soy lento en mi trabajo.
  - Bueno.
  - ¿Vive usted lejos? - preguntó después el escultor.
  - Sí, bastante lejos, en la Avenida de Italia, en los alrededores, cerca de un ferrocarril que aquí llaman de cintura.
  - ¿Tiene usted mucho que hacer?
  - No gran cosa.
  - Porque si usted quiere yo le podría ofrecer una cama aquí mientras me sirve de modelo.
  - Será una molestia para usted.
  - No, no, al revés. Yo soy un hombre que necesito estudiar la figura y me temo que si marcha usted no vuelva. A mí me hace usted un favor. Usted puede tener sus horas para ver a sus amigos. Yo no tengo para trabajar más que la mañana y parte de la tarde, luego ya no hay luz en el estudio, así que desde las cinco o las seis está usted libre.
  - Bueno, acepto.
- Salía a las cinco y media de la tarde y volvía para cenar.
- Aquí en París no le dan a usted trabajo para poder vivir, no se haga usted ilusiones.
  - Ya lo sé. Además que yo no aspiro a nada. No me hago ilusiones. Si pudiese encontrar alguna colaboración en algún periódico hispanoamericano, ya con eso me contentaría.

V

El día de Nochebuena convidó a ir a pasar la velada en su casa, a un químico que vivía en un palacio antiguo, de la isla de San Luis. Estuvo bien la reunión, la casa, los invitados y la charla.

Se comió, se bebió y se habló de todas las cuestiones que preocupaban en el momento, entre ellas la posibilidad de la guerra con Alemania que muchos la veían ya relativamente próxima.

Yo no tenía opinión que valiera la pena sobre ello o si la tenía no consideraba oportuno expresarla.

Soy un gran entusiasta de Colette Willy, y la hija del pintor me ha dejado una novela de Colette titulada "La Vagabonde". Yo creo que es de lo mejor que se ha hecho en estos últimos tiempos en Francia.

Le digo a la muchacha francesa que a principios de siglo veía yo con frecuencia a Willy en un automóvil, que dirigía él sentado en el pescante, entre la Colette y la Polaire. Aquel automóvil parecía un coche sin caballos, pues aún no se habían ideado las formas especiales de esa clase de vehículos.

Willy, al parecer, explotaba a los jóvenes escritores, y les compraba originales que él retocaba con sumo cuidado, rellenando además los libros de salacidades de mal gusto.

También he leído algo muy romántico de Virginia Woolf y de Catalina Mansfield. La vida de esta última fue muy triste. Se daba cuenta de su enfermedad, que era la tuberculosis, y escribía cartas a sus amigos llenas de melancolía. Había publicado varios libros y se veía en ella una mujer que conocía su mal y sabía que no tenía esperanza.

Al referirse a Colette se habló de lo que es el genio literario, cosa muy difícil de señalar y de limitar.

- ¿Quién sabe lo que es el genio?-dijo el amo de la casa. Si el genio es algo caprichoso, alocado, las mujeres no han demostrado mucho. No hay grandes filósofas, ni grandes científicas, ni grandes músicas entre ellas. No hay figuras femeninas comparables en su obra a Homero, al Dante, a Cervantes, a Shakespeare, a Mozart, a Beethoven, Dostoiewsky o a Edgar Poe.

- ¿Y Juana de Arco?

- Juana de Arco me parece que brilla más que por la inteligencia, por el valor, por la abnegación y por la fe.

## VI

Los diputados comunistas no pueden decir más que lo que les dictan sus comités. ¿Todo esto pasará dejando algo? No sabemos qué. Se defiende la tesis rusa de que la supresión del capitalismo es algo tan excelso, tan beneficioso, que justifica el que se sacrifiquen por esa obra millares de personas. Pero oyendo eso el hombre, antes de dejarse convencer, debería preguntarse: ¿Y si ese resultado no es, ni beneficioso ni posible? ¿Quién indemnizará de las muertes y de los daños?

## VII

### CHARLAS

Flora llevaba varios días sin bajar al comedor, pues ni para eso tenía ánimos. Julia, por acompañarla, también hacía vida bastante retirada, aunque no renunciaba a salir de noche si tenía algún convite. Escalante, disponiendo como disponía de tiempo de sobra, solía acompañar muchos ratos a las voluntariamente recluidas, y, de ese modo, en la habitación de las dos mujeres se pasaban horas del día o de la noche charlando.

El dibujante se dedicaba a filosofar, y ellas le oían, cuando no le contaban sus asuntos personales, ya que le habían tomado por una especie de confesor laico. Julia, que llevaba algunos días sin dejar de tener fiebre, aunque no fuera intensa no sabía qué hacer, si seguir en París, si volver a España, donde contaba con familiares que la habrían recibido bien o si marchar a pasar una temporada en cura de reposo a un sanatorio con un señor que la había invitado. Quizá mejorase si durante algún tiempo, haciendo una vida sin ajetreos ni preocupaciones, respirase el aire puro de las altas cumbres.

Solía Juanito Elorrio enfrascarse en reflexiones sobre la maldad humana.

- ¿Dónde están -preguntaba- las reuniones de los desterrados, donde reinaba la ayuda mutua y la tan cacareada camaradería? Todo es pura filfa. Aquí no hay más que soledad, lluvia y tristeza.

- Tiene usted razón -dijo Julia.

- No sé si se nos puede llamar a nosotros desterrados, exiliados o proscritos -añadió

Elorrio. Lo más exacto sería llamarnos turistas de ínfima categoría.

- ¡Qué importan los nombres! - dijo Julia mientras veía consumirse el cigarrillo que sujetaba entre los dedos;- aquí cada cual se atiene a la ley de su egoísmo y no piensa en el prójimo.

- Como no sea para darle contra una esquina -añadió Elorrio-. ¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio. La fraternidad se ha convertido en una carrera de competidores, como la de los chiquillos a quienes se les ofrece partirles una caja de dulces; calculan que cuantos menos sean tocarán a más.

- Por eso no se comprende la admiración que el perro siente por el hombre. Se ve que no le conoce. Si le conociera no le admiraría; en vez de acercarse a él echaría a correr espantado apenas le viese.

- Sí, el hombre es malo, cruel, falso y cobarde. Es la única verdad que tienen las ideas reaccionarias -dijo Elorrio.

- Fiarse de la caballerosidad y de la palabra de las gentes en estos tiempos es una locura. Por eso el que puede vivir solo no sabe lo que tiene -añadió Abel.

- ¿Cree usted que se puede vivir solo? - preguntó Flora, en un tono que descubría que ella ya se había dado respuesta.

- Yo creo que sí -ijo Abel-, aunque no sea posible a la mayoría, únicamente a gentes excepcionales. Estas mismas perecen en medio de una sociedad regida por la costumbre. Recuerdo haber leído, atribuido a un autor inglés, el dicho de que esos caracteres anormales comenzaban por deprimirse, luego se tornaban melancólicos, después enfermaban y al fin acababan por morir. Por esa razón un Shelley no pudo vivir en Inglaterra. Se asfixiaba.

- Se suele ver -dijo Julia- que todos los hombres que tienen algún valor viven abandonados y sin que nadie les apoye. En general, los tontos, no se sabe por qué, encuentran más protección de un hombre o de una mujer. Sin duda el tonto resulta una persona más confortable.

- Es que la tontería es algo que tiene su mérito -apuntó Flora.

- Esa idea del hombre, aislándose para defender su obra personal contra los que le rodean, es una idea nietzscheana -dijo Elorrio-. Dondequiera que se constituye una sociedad poderosa, un Estado, una religión, una opinión pública, decía el gran Federico, dondequiera que se establece una tiranía, se odia al filósofo solitario.

- ¿Y eso por qué? - preguntó Flora.

- Es muy fácil comprenderlo, y así nos lo demuestra su expositor. Porque el filósofo proporciona al hombre un refugio donde la tiranía no puede alcanzarle con sus esbirros, desde cuyo interior el hombre solitario le hace la higa al tirano.

- ¿Qué asilo es ese?

- La caverna del mundo interior.

- Efectivamente, allí están a cubierto de leyes y disposiciones tiránicas.

- En cambio no lo están de otro peligro. El de que, rodeados como viven de las opiniones reinantes, su silencio se interprete por un asentimiento y sean juzgados equivocadamente, y se les presente aprobando lo que odian.

- Tendrían que poner en claro...

- Muchas veces prefieren dejarlo oscuro por renunciar a todo diálogo con los indeseables. Su anhelo es siempre franqueza y verdad; por eso encuentran algunos compañeros con los que pueden abandonar, en un ambiente de sinceridad y confianza, su actitud de silencio, de ausencia. Suelen producirse en monólogos, en cánticos solitarios, que es a lo que suena la música de Beethoven.

Callaron un momento, y para cortar aquel silencio que entre ellos se había establecido, obligándoles a pensar en sí mismos, la amiga de Flora señaló el rumbo hacia otra parte del cuadrante, y contó el caso de una pareja de recién casados extranjeros que, llegados a París, se habían reunido con otras gentes ricas, de esas que no tienen más objeto que divertirse lo más ruidosamente, lo más brutalmente que les sea posible.

Cierta noche, como hubiesen terminado de cenar y alguien preguntase qué hacían, uno de ellos propuso una orgía colectiva, de diez o doce parejas, que podían celebrar en el restaurante de un parque.

Cuando la pareja de recién casados, desvanecidos los efectos del alcohol, se dieron cuenta de lo que había ocurrido, la impresión que recibieron fue tan honda, que no pudiendo seguir viviendo juntos, ni tampoco separados, se suicidaron.

- ¡Quién sabe si no me veré yo algún día teniendo que buscar esa solución! - dijo Flora, hundida de nuevo en su pesimismo.



- ¡Vamos, vamos, no diga usted tonterías! Todavía le esperan en la vida muchas sorpresas - dijo Abel.

- ¿A mí? ¿Sorpresas? ¡Cómo no sean desagradables!

- Agradables y alentadoras.

- Muchas gracias por su buena intención. Se ve que tiene usted mejor idea de mí que yo misma. Pero algunas veces pienso qué favor me hubiera hecho el destino si el tren que me trajo a París hubiera descarrilado, contándome entre las víctimas del descarrilamiento.

- ¡Qué atrocidad!

- ¡Cuántas amarguras me hubiera evitado!

Julia, para distraerla, contó que la noche anterior había estado en el restaurante que se llama Le boeuf sur le toit, con un amigo, que habían cenado cerca de un cuadro que tenía el título "El ojo cacodilato", lleno de tonterías super-realistas, imaginadas ya por escritores de hace treinta años, y que después de cenar habían visto trabajar a un ilusionista que hacía juegos de mano con gran habilidad, verdaderamente extraordinaria, y a un americanito que había cantado algunas canciones de su país, de una manera muy lánguida y muy sentimental.

Habló después Flora de una muchacha madrileña que se había enamorado de un periodista, al que la revolución había llevado a París, y que al parecer era un hombre intrigante, que gozaba de muy mala reputación.

- ¿Quién, fulano? - preguntó Abel.

- Sí, el mismo -contestó ella.

- Pues... se ha lucido -dijo aquél. Es un chulo, un canalla. En buenas manos ha caído.

Hablaron entonces, conviniendo en ello, de que las mujeres guapas eran las que caían con más facilidad en amores con hombres brutales y peligrosos. Las corrientes y hasta las feas, generalmente sabían arreglárselas mucho mejor y eran más cautas.

Julia, que tenía el humorismo de hacer chistes con su enfermedad, dijo entonces:

- En mi familia ha habido mucha gente que ha muerto tuberculosa. Por eso yo creo que moriré también de la misma enfermedad.

Flora, que recientemente se había pesado en una farmacia, descubriendo que había engordado, tomando la declaración a broma, le dijo:

- Pues chica, préstame tus microbios, porque a mí me conviene perder ocho o diez kilos.

Julia, siguiendo la broma, contestó:

- Yo con gusto te complacería si tienes ese capricho. Pero mis microbios no quieren dejarme, me son más fieles que mi marido. Se conoce que me tienen cariño. Aunque sean amores que matan.

- ¡Vamos, no te pongas trágica

- ¿Yo? No, no me pongo trágica. Pero te aseguro que el día que comprenda que estoy enferma de gravedad, tomaré una resolución inmediata. No creo que me siente bien el papel de "La Dama de las Camelias". No aguardaré a que la Intrusa me liquide poco a poco. De morir, cuanto antes. Prefiero morir ahora, que todavía estoy de buen ver, que no morir dentro de unos años, flaca y arrugada. Por lo menos conseguir que me recuerden los amigos como una mujer agradable.

- Siempre la coquetería -pensó Abel- aunque no lo dijese en voz alta. ¿Qué vale el recuerdo de cuatro o cinco personas? Todo ha de desaparecer. Bien está, si uno se siente ya cansado de la vida, el desear la muerte; pero para dejar un recuerdo más o menos agradable en cuatro o cinco desdichados no vale la pena.

VIII

## EXTRANJEROS

El dibujante Abel, en los bulevares una mañana, había tropezado con el coronel Goldmann Einstein, que había tomado parte en la guerra de España, en las Brigadas Internacionales, al que había conocido en América. Era hombre tranquilo, de más de cincuenta años, militar profesional, que pensaba marcharse a los Estados Unidos. Iba a hacer el viaje para ver si estaba todavía en forma, con la intención de tomar parte en la guerra con Alemania, y si lo estaba, entrar en el ejército americano; si no, quedarse allá, donde tenía una pequeña finca en la que podría vivir.

Hablando de las cosas que había presenciado en España, no contaba exageraciones de ninguna clase, como si todo lo que había visto le hubiera parecido natural. Cuando supo

por el dibujante que entre sus compañeros del hotel figuraba el escritor Juanito Elorrio y un diplomático inglés, curioso de detalles de aquellas andanzas, le prometió reunirse con ellos para informarles.

Eran tipos de militares extranjeros que conoció Abel Escalante y que habían estado en Madrid en el lado rojo en la guerra de España. Casi todos habían usado apellidos que no eran suyos.

Uno decía que era pariente de Einstein y que se llamaba Goldmann; otro Schatten (Sombra) y otro Schlaf (Sueño). Elorrio les dijo que debían de escribir sus impresiones de la guerra.

Efectivamente, unos días más tarde, el dibujante recibió una invitación para cenar en un restaurante de la calle de la Tramoille extensiva al escritor español, a Flora y a Julia. Fueron allá los cuatro.

Goldmann Einstein se presentó con otros alemanes antihitlerianos, entre ellos el comandante Schatten y el capitán Schlaf, y un español, comunista, llegado con ellos desde Andalucía. Eran gente amena y divertida. La reunión resultó bastante distraída y la comida, excelente.

Elorrio les preguntó si no habían escrito algo sobre lo que habían visto.

- No, yo no he escrito nada-, dijo Goldmann.

- ¿Para qué? - repuso Schatten- la literatura y la historia no nos interesan.

Tampoco los otros habían sentido esa preocupación de guardar la menor nota de lo que vieron o escucharon. Pero, para satisfacer la atención de sus comensales, buscarían en su memoria y algo saldría que acaso les pareciese interesante o curioso.

Entonces Goldmann contó algo ocurrido en un pueblo de Andalucía, donde se habían presentado varios autobuses llenos de gente armada. Apenas detenidos en la plaza del pueblo, llamaron al alcalde:

- ¿Qué quieren ustedes? - les preguntó éste.

- Tenemos que fusilar a ciento veinticinco personas.

- Pero... ¿Por qué? - dijo la autoridad, espantada.

- Es la orden que traemos.

El alcalde les dijo que todos los fascistas de la localidad habían escapado, pero como los milicianos se consideraban en la obligación de cumplir su mandato, fusilaron, para no quedar mal, a cuatro o cinco personas.

La mayoría de las gentes de los pueblos, según estos militares mercenarios, no tenían ideas políticas, sino agravios personales que vengar, y algunos se contagiaban con ese impulso satánico y sanguinario. Siempre se había vivido así en aquellos pueblos, en medio de las rivalidades de las dos

o tres familias importantes. Alrededor de ellas, en tiempo normal, se habían acogido las gentes tímidas que buscaban un poco de tranquilidad.

Después, venía el pueblo de braceros, que no significaba nada. Toda esa estructura social habían pretendido deshacerla, pero, como no sabían hacerlo, daban palos de ciego y atacaban como un toro furioso a todo lo que tenían por delante, sin ir a comprobar entre los enemigos quiénes eran buenas personas y quiénes no.

A veces aparecían en los pueblos hombres que venían de otras partes, donde habían asesinado a varias personas, y contaban sus hazañas, jactándose de ellas. Recordaba el coronel haber oído el caso de un procurador que había querido comprar en subasta, por diez mil duros, una finca que valía más de cincuenta mil. El propietario de ella, avisado de que le querían desposeer de su propiedad con una maniobra de esa clase, encontró alguien que, aunque probablemente con un interés monstruoso, le entregó el dinero para libertar su finca, y entonces el procurador se consideró ofendido, entró en el partido revolucionario, y fue uno de sus jefes.

IX

## VENGANZAS

Flora y Julia contaban algunas venganzas de mujeres, que habían sufrido antes de la revolución tropiezos con amantes, que las habían abandonado. Una de ellas propuso a uno, que había sido su novio, que matara a su antiguo novio, pero aquél no aceptó la idea. Así fue buscando hasta que halló uno más decidido, y obtenida la venganza, huyó del pueblo con su vengador.

Gentes de baja condición habían llegado al punto de ostentar elevadas jerarquías de mando. Habían visto a un gitano que se paseaba vestido de coronel, llevando como distintivo un gorro de piel de cabra, del que colgaba la cola del mismo animal.

También había alcanzado el mismo grado de coronel un bandolero andaluz, el cual, así como su escolta, llevaba pañuelo en la cabeza, polainas, chaquetilla corta y trabuco.

Tal vez en los primeros revolucionarios hubiese un ideal y fuesen seres que deseaban de buena fe un mundo mejor, pero los que después lucharon no pasaban de ser una caterva de ladrones y de asesinos.

Así fue raro que en el momento final supieran tener un gesto gallardo. La mayoría abjuraban de su pasado, rezaban y hasta comulgaban. Se dio el caso de un malagueño, un tal Millán, que, después de haber firmado más de cinco mil sentencias de muerte, y después de haber cometido las mayores barbaridades e injusticias con la disculpa de que el pueblo lo quería, lloraba y gemía cuando fue apresado, besando los pies y las manos de todo el que iba a verle, y dando vivas a

Cristo Rey. De la muerte de esas gentes, pasaba Elorrio, a pensar en la del Empecinado y había bastante diferencia.

En aquel bandolero coronel, al que los revolucionarios del pueblo, después de haber estado en presidio, le habían nombrado su jefe, y que aparecía vestido como un majo a la antigua, con traje de alamares y calañés, revivía el tradicionalismo que buscaban unos y otros, y el bandolero podría haber cantado aquella copla que terminaba diciendo:

Viva mi jaca castaña, la perla del contrabando.

Este señor contó lo que había visto en la revolución de Barcelona. Había salido de su casa, donde estaba en peligro, y marchado a casa de su madre que vivía cerca de un cuartel. Este cuartel estaba defendido por militares. Lo atacaban fuerzas del gobierno republicano y gente del pueblo, la mayoría anarquistas.

Los revolucionarios iban triunfando y el cuartel no se podía defender. Entonces, un coronel del ejército republicano propuso una tregua a los del cuartel. Habló con ellos y quedaron de acuerdo en que se rindieran y les respetarían la vida. Entonces se decidió que salieran los defensores, y aparecieron varios oficiales heridos y unos pocos soldados. Los anarquistas se echaron sobre ellos, pero el coronel gritó que no los mataran. Forcejearon unos y otros, y los anarquistas agarrando a guardias civiles y a soldados hicieron un hueco, entraron por él y empezaron a matar a los rendidos y dejaron en las calles cuarenta o cincuenta muertos. Al volver a su casa se encontró con un fraile capuchino con la cabeza, casi abierta, llena de sangre y sonriendo. Este señor no pudo proteger a este fraile que cayó prisionero y se lo llevaron.

El fraile era americano. Cuando se curó lo procesaron, lo condenaron a muerte y luego le conmutaron la pena por treinta años de presidio, y después lo enviaron a América.

¿De dónde saldría esta crueldad tan fea, tan repulsiva de la guerra civil?

La curiosidad del escritor español y la del diplomático inglés no debieron quedar muy satisfechas con el relato de aquella serie de barbaridades, en la que no había ningún caso que mereciese la pena de recordarse, pues todo era anodino, vulgar, dentro de la barbarie y de la crueldad.

Al terminar el banquete, los militares alemanes mandaron traer champagne y brindaron por las dos españolas que les habían hecho el honor de acudir al banquete.

Flora y Julia volvieron muy alegres a su casa.

X

Juan Elorrio, que había sabido la llegada de una carta de España, dirigida a Flora, se acercó a ella después del almuerzo, para ver si tenía que contar alguna cosa interesante.

- ¿Has recibido noticias? - le preguntó.

- Sí -contestó Flora-, me ha escrito una amiga desde San Sebastián; si no tienes nada que hacer, puedo contarte una porción de cosas.

- ¿Más atrocidades?

- Efectivamente, no faltan.

Se sentaron en unas butacas del vestíbulo, y el escritor, invadido siempre de una filosofía un poco triste y desoladora, se dispuso a oír lo que Flora podía contarle. No era que esperase escuchar nada que le sacase de sus melancolías, no veía en el porvenir próximo sino catástrofes y desastres, y creía que lo mejor era no pensar en nada y, sobre todo, no tener ninguna clase de esperanza.

Las noticias recibidas por Flora nada tenían de regocijantes. La amiga, que vivía en una pensión easonense, informaba de lo ocurrido en un barco gubernamental, surto en el puerto de Bilbao, donde la tripulación había echado al agua a todos los oficiales. Luego habían recorrido los pueblos de la costa, pidiendo dinero a los comerciantes y a los ricos, haciendo una obra completa de piratería. A los que estaban en las máquinas, treinta o cuarenta, que eran vascos, los habían desarmado, y en cambio, a los marineros, sesenta o setenta que pertenecían todos a la C.N.T. y la F.A.I., estaban magníficamente armados; entre ellos había dos o tres con el pelo rizado y con cintas en el cuello, que eran bailarines o algo peor, y divertían en el barco a la marinería.

En todo aquello que le contaban notaba el escritor el gusto ostentoso de los españoles al fem de brut" de Tartarín; lo malo era que entre sus compatriotas la animación y la petulancia no se contentaba con disparar sobre una gorra, sino que tenía que meter un tiro en la cabeza del vecino.

Había aparecido por la pensión un cura joven, calvo, al cual no se le notaba la coronilla, procedía del campo rojo, de donde había podido evadirse, y, para conseguirlo, había salido de Madrid, donde se había dejado crecer la barba, vestido de miliciano y con una insignia de la F.A.I. Procedía de Toledo, a cuya ciudad habían llegado cincuenta hombres de la F.A.I., de Jaén, y habían decidido primero matar a todos los curas, después, a los ingenieros y a los médicos.

Hablaba también, la amiga de Flora, de un legitimista francés que había en la pensión, medio Quijote, medio Tartarín, a todas horas con su boina en la cabeza, que había tomado parte en la toma de Irún y de San Sebastián, y al que, sin duda, sus compañeros le decían que Francia era un país ateo, entregado al Frente Popular, que era lo que más abominaba el buen señor.

Como noticia dada en esa carta, Elorrio se enteró de que en Bilbao, en el «Cabo Quilates», habían matado a Gregorio de Balparda, un hombre enérgico, historiador vasco, a quien quisieron nombrar de un tribunal para fusilar a alguna gente fascista de San Sebastián. El desdichado Balparda fue muerto a tiros por los guardias de a bordo.

Antes de separarse, después de comunicarle toda aquella serie de horrores, Flora habló a Elorrio de una de las mujeres que vivían en el último piso del hotel, una polaca rubia, con una voz muy aguda, que siempre tenía tertulia en su cuarto, y a la que se le oía reír con una risa estridente. La llamaban a menudo al teléfono, y cuando hablaba se oía su voz a una gran distancia.

Flora, sospechaba que aquella polaca andaba en malos pasos, pues la habían dicho que iba con frecuencia a un buró de espionaje. Ella no sabía que buró debía ser ese, pero evidentemente, se trataba de alguna cosa de policía internacional.

Quitando su aspecto, que era decorativo, no parecía que aquella fuera muy inteligente. Valiente es posible que lo fuera, pero inteligente, no.

XI

Evans convidó una noche a cenar en un restaurante de los Campos Elíseos a Flora, a Julia, a otra señora joven del hotel, a Escalante, a Juan Elorrio y a mí. Nos sentamos en una mesa al lado del ventanal que daba a la avenida. Estaba lleno.

Primero se bromeó con las damas. No se sentía la preocupación de la guerra. Después se metieron en el campo de la literatura y del arte.

- Yo creo, la verdad, que ya no se harán novelas sugestivas -dijo Elorrio.

- ¿Y por qué? - preguntó Evans.

- Porque ya no hay ambiente. Está todo demasiado claro. No hay misterio.

- Sí, es cierto.

- Yo creo que debe haber misterio en el hombre o en el ambiente. En el hombre puede haberlo todavía, en el ambiente, imposible. No se puede creer que ahora no haya hombres de talento, los tiene que haber también, pero para un hombre de talento vivir en el París o en el Londres actual, o vivir en esas ciudades en 1830 tiene que ser muy distinto.

- Es cierto -dijo Evans- yo de chico leí las novelas de Dickens y me asomé a los rincones de Londres descritos por el novelista, pero ya habían cambiado algunas casas de nombre.

- Para eso creo yo que no hay solución -dijo Elorrio.

- ¿Por qué? - dijo Evans.

- Hoy una casa rara en un rincón grato la alquila usted al primero que viene; el comerciante nuevo, lo transforma al gusto de la época, hace el escaparate más grande, pone una muestra vistosa.

- Sí, tiene razón -dijo Escalante.

- Y si esa casa o ese rincón lo entrega usted a una sociedad de arqueólogos o de entusiastas del autor, lo convierte usted en un lugar de pedantería estética.

- Es posible, pero entonces no hay posible solución.

- Yo así creo, que no hay solución -afirmó Elorrio-. La novela es un género que acaba. Ya hace más de cincuenta años que no se ha publicado una novela sugestiva y popular. En el primer medio siglo del XIX qué cantidad de novelistas sugestivos hubo para el público: Balzac, Dumas, Stendhal, Eugenio Sué; algunos, puros folletinistas. En Inglaterra, Dickens, Thackeray, ¿y ahora qué hay? Casi nada.



- Pero, ¿es que los autores modernos son mediocres o es que el público no los quiere porque no los necesita? - preguntó Evans.

- Yo creo que es por las dos cosas. La novela necesita misterio. No hay misterio. La vida se va aclarando más y se ven los hilos del muñeco que es poca cosa. Ponga usted a un buen burgués de París leyendo el prólogo de Ferragus de la "Historia de los Tres", por la noche con una lámpara de aceite en una casa de una calle oscura y mal iluminada, ponga usted a un comerciante inglés en su casa bien cerrada leyendo "Pickwick" sentado al calor de la chimenea. Los dos tenían que estar estremecidos de curiosidad y de espanto. En cambio, póngale usted a un rico moderno en una casa iluminada con luz eléctrica con la calle tan clara como su cuarto. El libro le parece pasado y lee el periódico u oye la radio.

- Sí, es verdad, pero nosotros no podemos arreglarlo dijo Escalante.

- Evidentemente que no lo podemos -repuso Evans.

- Entonces no hay que ocuparse de eso.

XII

Flora tenía talento para señalar el defecto principal de los conocidos, pero lo que le molestaba a Elorrio es que, a unos estos defectos los perdonaba y a otros no.

- En eso, si el defecto es defecto en Juan como en Pedro, no sé por qué al uno hay que perdonarle y al otro no.

- Tu marido es un majadero y te ha tratado mal, pero es respetable. Yo, en cambio, que haría lo posible para que tú vivieras bien no represento nada para ti.

- No me vengas a mí con historias.

- No son historias; es verdad. Yo soy capaz de hacer por ti lo que sea, lo que pueda, pero tú no lo estimas. De antemano has hecho la clasificación. Uno tiene bula, el otro no la tiene y yo soy de los que no la tienen, al menos por ahora.

- Bueno; no hablemos más.

- Sí, hablemos. Es que es asquerosa esa visión caprichosa de la gente.

- Lo que es bueno en uno es malo en el otro, y al revés. Eso no se puede aceptar.

- Pues no lo aceptes. Nadie te lo exige.

- ¿Es que tú no te consideras con la obligación de ser un poco justa?

- Yo no.

- Entonces no quiero discutir.

- No discutas.

- No, ya no discutiré ¿para qué?

- Si de ninguna manera puedo tener razón. ¿Para qué argumentar? ¿Para qué explicarte?

- Bien, yo me tengo que marchar a América. Yo prefería ir contigo... -Ahora si tú no quieres venir... yo no puedo hacer nada. Yo aquí te dejo mis señas en París. Si

tú cambias de opinión me escribes, si no; qué se va a hacer.

- Bueno. Estamos conformes.

Flora no escribió, y Elorrio no fue a América solo. Flora y Julia se marcharon poco después a

Suiza a un gran hotel.

XIII

El español actualmente está encerrado en su utopía y no acepta nada de la de los demás, haga lo que haga y diga lo que diga le es muy difícil que puedan entenderse.

- Yo -dijo Elorrio- creo que las artes, por ahora, están muertas y que quizá no resuciten. La literatura, por ejemplo, en este medio siglo ¿qué ha hecho?, ¿qué ha dejado? Yo creo que nada. La pintura y la escultura lo mismo; nada, y la música, menos que nada.

- Que optimista es este hombre -dijo Escalante riendo.

- Yo así lo creo, la verdad.

- ¿Así que según usted vamos a algo como una Beocia? - preguntó Evans.
- Sí, a una Beocia, que al principio será agitada y violenta, pero que luego se tranquilizará y se convertirá en un rebaño estúpido y pacífico.
- Es una perspectiva tranquilizadora.
- Vivimos en una época mediocre y cruel, cuando se llegue a una época mediocre y apacible la gente estará contenta.
- La historia simbólica del anillo de Polícrates.
- No sé cuál es.
- Polícrates era un tirano griego de Samos, de cinco siglos aproximadamente antes de Jesucristo, que había gozado durante cuarenta años de una prosperidad absurda. Temiendo que esta suerte tan larga y tan completa no fuera el prelude de una desgracia, sacó del dedo un anillo de oro magnífico, con una gran esmeralda, y lo tiró desde lo alto de una torre al mar.
- ¿Y esto le dio resultado?
- No, no le dio resultado, porque la diosa Fortuna, muy caprichosa no aceptó este sacrificio e hizo que el anillo lo tragara un pez, y que este pez se lo sirvieran a la mesa a Polícrates, que al ver de nuevo su alhaja se echó a temblar.
- ¿Y qué sucedió?
- Sucedió que los éxitos militares de Polícrates cesaron y que en la guerra que tuvo contra el rey de Persia, Darío, las tropas de éste, al mando de Orestes, hicieron prisionero a Polícrates, lo crucificaron y allí murió.
- La mala sangre es muy general en el mundo -dijo Escalante- y cuando es interesada, todavía se puede perdonar, pero muchas veces no es interesada, es puramente gratuita.
- Voltaire escribió este epigrama sobre su crítico Freron, que le atacaba constantemente sin ninguna justicia:

L'autre jour, au fond d'un vallon, Un serpent mordit Jean Freron  
Que pensezvous qu'il arriva?

Ce fut le serpent qui creva.

## XIV

Al terminar la guerra de liberación y comenzar la amenaza inminente de la segunda guerra mundial, aparecieron en París muchos españoles, fugitivos que llegaban para marchar a distintos países de América. La mayoría tenían ya su billete preparado y sabían bien a donde iban a ir. A mí nadie me indicó nada. Yo, sin duda, era para ellos un traidor. ¿A quién? No lo sabía.

Tampoco sabía que dirección tomar. Lo cierto es que me hallaba en París y que París se estaba poniendo como para no poder seguir en él.

La Ciudad Universitaria se despobló, al iniciarse los preparativos de la guerra europea, en pocos días. Casi todos los estudiantes franceses se marcharon a sus pueblos de origen, y en la Casa de España quedábamos ya muy pocas personas.

Yo escribí entonces uno o dos artículos sobre la política de Hitler en un periódico francés, e hice un informe (rapport) para la Sociedad de Naciones, que me pidieron, diciendo que la guerra sería una ruina para Europa. No era muy prudente el dar una opinión personal en aquel tiempo, pues podía significar comprometerse para el futuro, pero lo hice. Bastante más tarde me informaron de que todos aquellos informes que entonces se pidieron a algunos escritores los quemaron al ver que los alemanes se acercaban a París.

Uno de aquellos días el director de la Casa de España, Don Santiago Establier, viéndome sumido en plena irresolución, me dijo:

- ¿Quiere usted venir a la Argentina conmigo?

- ¿Se va usted? - le repliqué enlazando su pregunta con otra.

- Sí, me voy con la familia a la Argentina. Si usted quiere venir con nosotros, puede hacerlo.

- Bueno, probaremos -contesté.

- Yo tengo billetes para mi mujer para mi hija y para mí, que los he tomado con anticipación, para estar preparado si el caso se presentaba. No sé si podremos hallar otro billete para usted. Intentaremos procurármolo.

- Si lo hay yo se lo tomo y nos vamos todos a Buenos Aires.

- Nada, nada, probaremos -dije yo.

En el fondo, yo no tenía la menor gana de embarcar, porque la verdad es que América, en aquellos momentos, no me seducía. Decía como Vishente, un labriego de Vera:

- Sidra mala para viejo.

Me acordaba, viendo cuanto me rodeaba, de mi sobrino Julio, que, para cuando terminase su carrera en la Universidad de Madrid, siempre había tenido la ilusión de seguir estudiando en las escuelas del extranjero. ¡En buena época había logrado su título!

¡Cuánto tiempo no tendría que pasar antes de que aquellos estudios, que tanto le atraían, pudieran realizarse!

- Si hay plaza en el barco -me dijo- Establier, viene usted con nosotros.

- Bueno -respondí-, como si cerrase los ojos y estuviera dispuesto a arrojarme al agua.

Se presentaba para mí el problema de los libros y de las maletas. ¿Qué hacer con ellos? Pensé también que me tendría que hacer un traje antes de salir de París. La cosa representaba para mí un cúmulo de pequeñas dificultades. Había que echarse a buscar un sastre, que escoger una tela, probarse el traje una vez cortado y preparado. Todo eso me parecía difícil, y me preocupaba.

Como las cosas no se hacen nunca solas si uno no desecha vacilaciones, apenas me quedé solo tomé el Metro y me fui a adquirir dos maletas para guardar los libros, e hice algunas otras compras indispensables.

Efectivamente, todo se fue poco a poco arreglando, aun sin saber si dispondría del imprescindible billete, pues no era cosa de que uno, a sus años se colase en el barco de polizón, lo que parece más bien de gente joven que de hombres ya valetudinarios.

Llegamos a salir de París, en automóvil, y nos trasladamos al Havre, que era el puerto francés de donde arrancaría el barco, para ver si una vez allí había modo de resolver lo de mi viaje. Los hoteles estaban completamente abarrotados, y antes de gestionar lo del billete, apenas llegamos, fue ya un problema difícil hallar alojamiento.

A los quince días, después de gestiones que resultaron completamente fallidas, Establier tuvo que darse por vencido y decirme que no quedaban billetes, que ni aun ofreciendo una fuerte prima se encontraban, cosa, después de todo, muy natural, porque el pánico que se apoderó de Francia era grande. No había, pues, más remedio

que quedarse en tierra.

Entonces me decidí a regresar a París; no para seguir allá, sino con la intención de ver cómo me las arreglaba para ir lo más pronto posible a San Juan de Luz. Había que ver de cerca el aspecto que todo aquello iba tomando.

Me dijeron que para salir del Havre no bastaba con ir a la estación y tomar un billete, sino que era necesario acudir a una oficina de la policía y llevar los papeles exigidos. Fui, y me dijeron que no tenía la documentación necesaria, y que por esa razón, no podía tampoco salir del Havre.

- No sé lo que pensará usted. Yo me voy a América. Tengo ya billetes para mi familia en el barco. Si quiere venir con nosotros, vamos al Havre. Si hay billete para usted yo se lo tomo, si no hay, no se puede hacer nada. No lo había y me tuve que volver a París.

Entonces acudí al consulado de España, donde al principio traté de informarme cerca de un empleado, y luego con el cónsul, que resultó era un Gasset, hijo del antiguo ministro don Rafael, y sobrino de Ortega.

Un domingo después, tomé con Gasset el tren de París y me volví a la capital.

Dormí en el Hotel Terminus, y al día siguiente volví a instalarme en la Ciudad Universitaria, donde ya, en ese tiempo, no estábamos más que cuatro personas, entre ellas Francisco Lucientes, el periodista, un químico y un diplomático.

Una de las noches que pasé en el Havre, fui al puerto, con un amigo. La calle de París de esta ciudad de la costa se hallaba completamente a oscuras, el puerto también lo estaba, y por encima de las casas se descubría la Osa mayor, y se veía con mucha claridad la estrella Polar, y sobre un tejado se destacaba como una cometa Casiopea.

Todas aquellas grúas altas, delineándose en el cielo gris y nebuloso, parecían algunas, como pajaritas de papel. También me recordaban ese juguete de los chicos que llaman Meccano.

XV

Yo me paseaba por el parque desierto de la Ciudad Universitaria, y, como era un vertedero, algún germen llevado por el aire se me quedó detenido en el pabellón de la oreja y me produjo una actinomicosis.

Me vio Marañón y me dijo que debía ser eso, pero que para mayor seguridad iríamos a

ver un especialista, el doctor Civat, el cual hizo que realizasen un examen microscópico, que confirmó el diagnóstico.

Unos días después, en el coche de Sebastián Miranda, fuimos al Hospital de San Luis, un hospital antiguo modernizado. ¡Qué público iba a la consulta! Gentes terribles, el uno temblando sobre dos muletas, el otro con la cara roída, el otro sin ojos. ¡Qué horror!

En algunas salas se veían unas muchachitas, con sus batas blancas, que estudiaban preparaciones histológicas mirando por el microscopio.

El cirujano me mandó echar en la cama de operaciones, y me cauterizó la herida.

- Es como la Inquisición, pero con cocaína -me dijo en broma, en castellano.

A los cuatro o cinco días volvía al hospital y una de aquellas enfermeras, muy rubia y muy elegante, trajo una cápsula y un pincel y me dio cinco o seis pinceladas en la oreja, que me hicieron ver las estrellas en pleno sol.

Pocos días más tarde se había cicatrizado la herida y me encontraba bien.

## QUINTA PARTE

### I

Como el Colegio de España, quisiera uno no darse por convencido de ello, se estaba poniendo absolutamente inhabitable a causa de la falta de calefacción y de la humedad verdaderamente espantosa que había en sus habitaciones, y sospechando que de un momento a otro se daría allí el cerrojazo, tuve que decidirme a cambiar de casa, y busqué donde ir, puesto que era inevitable encontrar un nuevo rincón donde meterse.

Creo que gané bastante en el cambio, aunque tuviera también que pensar, para que mi alegría no fuese completa, que el gasto resultaba un poco mayor para mí, aunque no fuese mucho. Me fui a vivir al barrio de la Estrella, en un pequeño hotel llamado "Pensión de los Campos Elíseos", en la calle de Clement Marot.

En la Casa de España había empezado a manejármelas bien con un calorífero eléctrico que me habían prestado. Para una época sólo húmeda, el aparatito no estaba del todo mal; pero al comenzar las temperaturas bajas, inferiores a cero, pensé que ya no podía uno defenderse sólo con él, haciéndose necesario tomar otras medidas más eficaces.

Mis ensayos de cinematógrafo se vinieron, por entonces, abajo. Cómicos y operadores de cine habían sido movilizados, y como la mayoría eran extranjeros, se habían tenido que marchar fuera de Francia, cada uno a su país respectivo. ¡Qué le íbamos a hacer! Hay que tener suerte para todo, y la mía parece no se mostraba muy propicia a que pudiera desenvolverse.

Por entonces no creía que la guerra fuese muy activa; porque ya los días empezaban a hacerse cortos, y las lluvias y las nieves hacían que las horas del sol fueran pocas. La lucha, por el momento, no tenía ningún carácter decisivo. Los bombardeos en las ciudades, que se preveían inmediatos, no se daban como se había pensado. La gente estaba convencida de que a los pocos días de empezar la guerra todo el mundo estaría medio asfixiado, metido en un agujero del suelo y con la lengua fuera.

Ahora dicen los periódicos que las bombas de gases asfixiantes no tienen objeto, que son muy grandes y de mucha dificultad de transportarlas, y que, de utilizarse, se emplearán incendiarias. No sé si esto puede consolarnos.

Pregunté por aquí y por allá si había cerca de la pensión algún figón o restaurante económico, donde fuera posible comer medianamente y por poco dinero. Me sentía aún lo bastante fuerte para recorrer a pie grandes distancias sin fatigarme demasiado, y el cansancio que pudiera abrumarme lo daba por bien sufrido si hallaba una tasca cualquiera, aunque fuese en los suburbios, donde el deseo de acreditarla hiciera al dueño escrupuloso y con alguna generosidad.

Otro de los amigos de esos días era un diplomático hispanoamericano, tocayo del amigo Calzada, Enrique Loncán, hombre fuerte, ancho de hombros, de cabeza redonda, que solía mostrarse ordinariamente alegre y sonriente, como si la vida no le ofreciese muchas contrariedades de que lamentarse. Se veía que disfrutaba de una gran vitalidad.

A éstos debía unirse el nombre y la persona de Fernando Ortiz Echagüe, el director de "La Nación", de Buenos Aires, en París. En ese gran periódico argentino llevaba yo colaborando algún tiempo. Esa colaboración era la base más firme de mi vida en París. En "La Nación", bonaerense, colaboraban además distintos escritores franceses.

Mis proyectos literarios no eran complicados.

Ya resultaba bastante desagradable ver con qué mezquindad se trataban en París los asuntos editoriales. Se veía que la industria del libro estaba en decadencia. Se discutía por las cosas más insignificantes, por si había que entregar al autor cuatro o cinco ejemplares más para propaganda, lo que representaba para el editor quince o veinte



francos. Sin embargo, lo verdaderamente curioso es que esta gente que regateaba al autor miserablemente unos céntimos, era capaz luego de gastarse cientos de francos en una cena.

En la vida literaria existen lo que pudiéramos llamar tabús. Hace treinta o cuarenta años, al que dudaba de que Anatole France fuera el escritor más extraordinario de todos los tiempos; y como la síntesis de lo más bello conocido, se le consideraba como un pobre hombre, incapaz de discernimiento.

Ahora, de pronto, ocurre que al mismo France le toman todos como a un escritor corriente y hasta de escasa importancia.

En principio tenía ya aceptado, por un editor de películas, un guión que había hecho a base de mi novela "Las inquietudes de Shanti Andía", pero aquello había entonces que abandonarlo, no sé si definitivamente, porque la gente que había empleada en la casa editorial la habían movilizado, y los lementos extranjeros, muchos de ellos judíos, se veían en la necesidad de salir de Francia, por miedo a lo que podía disponer Hitler si ganaba la partida.

II

Un licenciado de Derecho y Ciencias Políticas me dice que pretende entrar en el servicio del Estado. Agentes del Gobierno francés han hecho, con ese motivo, una investigación en su casa; han preguntado qué ideas políticas y religiosas tiene, qué piensa de la guerra de España, si va o no a la iglesia y si pertenece a alguna sociedad, como la masonería, o siente curiosidad por el espiritismo. ¡Y este es un país liberal! ¡En Francia ocurre esto! ¡Qué miseria del tiempo! No se puede esperar nada bueno de él.

A mí me parece que el que cobra del Estado o de una empresa particular no puede pretender ser completamente independiente. El que va por la calle solo y vende su trabajo, está bien que sea independiente, pero el que tiene su lugar seguro, su despacho o su oficina, no debe pretender esto, pero tampoco pienso que el Estado tenga que intervenir en sus ideas.

Yo no creo lógico que durante la Monarquía en España se permitiera a los catedráticos que predicaran en las clases contra ella, ni tampoco que en la República hubiera catedráticos que se dedicasen a cantar las excelencias del fascismo.

III

Ya fueron pasando las fiestas de Navidad, que en la aldea resultan muy bonitas y simpáticas, pero que en la gran ciudad como París no tienen ningún carácter. Desde que no llovía empezaba a intensificarse el frío, y las calles estaban completamente blancas por la escarcha, sobre todo por las mañanas. Me iba habituando al barrio elegante, aunque el otro, pobre, me hacía mucha más gracia.

Fui varias veces a comer a casa de don Gregorio Marañón, donde estuvo su hijo algún tiempo, que nos contó muchas de las cosas que pasaban en Madrid.

Recientemente me han enviado una traducción al holandés de una de mis obras, la novela titulada «El mundo es así», que aparece muy bien impresa. Este libro ha estado en el Colegio de España bastante tiempo, metido en un rincón, y al fin, ha llegado a dar con su destinatario. Por este motivo no he escrito ni al traductor ni al editor, acusándoles recibo del volumen, porque después de todo lo que ha ocurrido en Holanda, ¿quién es capaz de saber dónde andarán uno y otro al cabo del tiempo y de tantos sucesos turbadores del sosiego público? La tranquilidad ordinaria del país de los canales y de los molinos de viento ha debido de verse muy turbada. Estas cosas de libros tienen cada vez menos estimación entre las gentes, porque la vida se ha hecho tan apremiante, y el tiempo que resta para poder dedicarlo a cultivar aficiones de tipo literario es muy poco, aun en aquellos que las consideran como modos de vivir.

Voy a alquilar otra vez una máquina de escribir y a tomar un mecanógrafo o una mecanógrafa, porque a los periódicos en que uno pudiera colaborar es necesario mandarles copias de cada artículo, para que las puedan enviar, sin pérdida de tiempo, al examen de las diversas censuras. Pienso dictar los lunes, miércoles y viernes.

Por otra parte, estos directores de periódicos de París suelen dar una serie de excusas, cuando no quieren publicar un artículo, bastante curiosas: unas veces es el tamaño del artículo, que no encaja; otras, lo que en él se dice; otras... Cualquiera podría pensar que están publicando todos los días artículos escritos para ellos por Luciano o por Cervantes.

IV

Suelo ir alguna vez a casa de Marañón. Acudo también a casa del doctor Hernando y a casa de una señora chilena. Ya hace tiempo que no hay alarmas de ninguna clase. La guerra esta sigue en sus comienzos siendo tan rara, al menos en comparación con las otras modernas de las que hemos tenido noticia.

Sin duda, por eso he dejado de recibir catálogos de los que enviaban los libreros de lance, porque muchas de esas librerías están ahora cerradas, cosa que ocurre también

con las tiendas que se dedican a la compra y venta de antigüedades. Son dos especies de comercio que resultan un poco parecidos en cuanto a las consecuencias que producen en ellos cualquier alteración de la paz. En estas ocasiones, el dinero se hace tímido y se esconde temeroso; lo que uno logra alcanzar no suele gastarlo en cosas del espíritu ni en fantasías. Hay que administrar con mayor cautela lo poco que se tiene.

- ¿Viene gente a verle a usted? - me pregunta un amigo que vive en París.

- No.

- Tampoco tenía usted visitas en España.

- Sí, en España sí. Claro es que la mayoría suele ser gente que no va a hablarme a mí, sino a hablar de sí mismos. Cuando su tendencia egoísta tropezaba con la mía se ve que se asombran y se sienten como desairados. A mí me dan la impresión de que piensan por dentro: Yo no aceptaré la moneda falsa de este señor, pero sí le daré la mía.

A un escritor, al hacer la crítica del realismo, le he oído decir:

- Nada se parece tanto a un duro bueno como un duro falso.

La frase es una tontería. Queriendo decir ingeniosidades de poca monta se puede decir que nada se parece más a un duro bueno que otro duro bueno.

El realismo, el naturalismo, el idealismo, etc., son conceptos aproximativos, pero no exactos.

V

Para mí es algo muy sintomático que en esta guerra no hayan inventado un canto, una marcha, algo, en fin, capaz de encender los ánimos y las esperanzas de los combatientes.

En Francia, la revolución comienza con entusiasmo y con idealismo, y entona "La Marsellesa"; se hace amenazadora y severa, y tiene "Le Chant du Depart"; luego termina en vengativa y cruel, canta el "Ça ira" y la "Carmañola".

Es extraño cómo la canción se acomoda a las circunstancias en épocas geniales. Pasados muchos años, se oyó en Francia el "Canto de los Girondinos" que ya tenía un aire arqueológico.

En la época del asunto Dreyfus los reaccionarios cantaban "Les Lampions", que es ya música antigua, y los revolucionarios cuya letra fue compuesta por Eugenio Potlid, y la música, por unos hermanos Degeyter.

Todavía Francia, a final del siglo XIX y principios del XX, hace canciones políticas: «En revenant de la revue», en honor del general Boulanger y la Madelon, que fue la marcha popular que llenó los oídos de los «poilus» durante la primera guerra mundial del 14, en la que Clemenceau el Tigre dirigió la campaña con gran acierto y mucha política.

En esta última guerra ya no es capaz nadie de hacer una canción adecuada y oportuna. Quizá presente que habría de ser la canción de la derrota, y piensa por eso que no vale la pena de hacerla.

## VI

Fernando Ortiz Echagüe, director en Europa de "La Nación", de Buenos Aires, con quien he hablado, me informa de que ha podido hacer como periodista un recorrido bastante extenso a lo largo del frente de guerra. El obtener éxito, hoy es una distinción que no consiguen más que muy contadas personas. No puede sorprenderme que Ortiz Echagüe la haya logrado, porque no es posible que en Francia hayan olvidado las crónicas que de su pluma brotaron cuando fue corresponsal de guerra a su llegada a Europa en 1918, ni tampoco la importancia del órgano de opinión que representa.

Yo le había preguntado tiempo atrás si no sería posible el ir como periodista al frente, para escribir algunos artículos de impresiones sobre el porvenir de la guerra: Me habría gustado dar un rápido vistazo a todo aquello, para poder redactar algunas crónicas y probar también si tenía o no seguridad ante el fragor y estruendo de una batalla. Yo hubiera ido con gusto, pero no me aceptaron.

A mí me daba la impresión de que en todo aquello de los permisos para establecer contacto con lo militar y lo guerrero, había mucha exageración protocolar y que entre políticos y militares existían criterios distintos.

Pregunté a Ortiz Echagüe si no podía ir yo con otros periodistas a visitarla línea Maginot, pero me enteré de que para hacer aquella visita no sólo se necesitaba ser aceptado, sino que era preciso hacerse un uniforme que costaba diez mil francos, demasiados para mí.

Se trataba de ir a ver maniobras de aeroplanos cerca de la frontera, dirigidas por el

general Gamelin, en las que seguramente se verían evoluciones y desfiles aéreos curiosos, que a mí también me hubiera gustado presenciar, como periodista o como fuera. Luego desistí de la idea, porque gastarse en un par de días lo que ganaba en un año era excesivo.

- ¿Así que abandona usted el proyecto?

- Por completo.

Luego supe que habían ido unos cuantos periodistas seleccionados, vestidos impecablemente con los uniformes propuestos, aunque supongo que sin otra arma que sus estilográficas. Por cierto que alguno de ellos fue considerado como espía de los alemanes y estuvo a punto de ser fusilado.

Se acabaron, sin duda, aquellas maniobras clásicas y graciosas, donde se repetiría el caso de las novelas de Julio Verne, donde el corresponsal va y viene de un lado para el otro husmeando a diestro y siniestro, metiéndose en todas partes con audacia, mandando atrevidos telegramas a su periódico para contar a sus lectores las últimas noticias de lo que ha visto y aun de lo que, sin verlo, ha imaginado.

No he podido, pues, visitar el frente de guerra, como hubiera deseado, porque la necesidad de adquirir un uniforme, que para mí representaba la ganancia de tres o cuatro meses de articulista, me pareció que no resultaba ninguna ganga. Sin duda, no era posible que me incluyeran en la lista de los invitados, a mí que no soy más que un hombre sin influencia, independiente de todo campo político y poseedor de uno de esos pasaportes azules, que llamaban pasaporte Nansen, porque debió ser este explorador sueco el que los proyectó para cubrir la miserable humanidad de gentes indeseables.

Me conformo con seguir sin salir de mi hotel, haciendo siempre lo mismo, la misma vida gris, sosa y humilde.

El tiempo estaba templado, llovía mucho, la calle estaba bastante desagradable, a pesar de mi familiaridad con los tiempos húmedos y desapacibles. Pensaba que el no haber ido a visitar el frente era para mí mejor.

Pensándolo con calma no me atraía mucho el andar en auto por carretera llenas de barro, el visitar ciudades amenazadas, trincheras fangosas, puestos de mando y repetir la impresión cuadros que tanto efecto produjeron cuando nos los describían los cronistas de guerra de la primera contienda mundial, que prepararon el terreno para el triunfo de «El Fuego» de Barbusse, cuyas descripciones, en su día, a mí no me produjeron un gran entusiasmo.

La guerra iba tomando un carácter lento, oscuro; mucha gente creía que habría sorpresas, otras suponían que la línea Maginot y la Siegfried eran, de verdad, líneas inexpugnables. Yo no creía tal cosa. Pensaba que si no había cuestiones políticas y diplomáticas oscuras y desconocidas, en la guerra inesperadas, los alemanes se apoderarían de París. Ahora, ¿después, qué pasaría? Eso era algo que quedaba fuera de mis ideas.

VII

Otra persona, que con frecuencia nos convidaba a varios refugiados a comer en algún restaurante parisién, era don Santiago Alba. Una de las veces nos invitó en el piso principal del café del Odeón, situado en la plaza del mismo nombre.

Uno de los comensales me dijo:

- ¿Ha visto usted cómo vigila este restaurante Bergamín?

- No.

- Pues está haciendo guardia. Ya verá usted cómo dentro de poco vuelve a pasar por aquí.

Efectivamente, pasó.

- Ese hombre está en la higuera dije yo, porque pensar que nosotros, quince o veinte personas desconocidas en París, vamos a hacer algo político, eso no le cabe en la cabeza a nadie más que a un iluso.

- Sí, pero eso a él no le convence y debe creer que estamos preparando algo tenebroso.

- ¡Qué absurdo! ¡Qué falta de intuición!, ¿qué vamos a hacer nosotros en la política? Absolutamente nada. Veinte personas sin arraigo, sin partido, sin medios... Es una tontería incomprensible.

Bergamín pasó varias veces por delante del café. A mí se me ocurrió bajar a la plaza y decirle:

- Pero hombre, no sea usted tonto. ¿Qué cree usted que nosotros vamos a hacer aquí? Absolutamente nada. Únicamente comer un poco mejor que en los sitios habituales y pobres donde comemos.

## VIII

La población de París parece que acepta la guerra con mucha filosofía. No acierto a descubrir si en el fondo de esa actitud espiritual hay estoicismo o resignación. Pero es lo cierto que nadie se lamenta, a pesar de que se ha comenzado ya a hablar de una guerra que será larga.

En el bulevar Jourdan, cerca de la Ciudad Universitaria, tuvimos hace unos días alarma a las once de la mañana, y fuimos todos despacio, con la máscara contra los gases, hasta el abrigo próximo. Pasamos allí una media hora, hasta que nos avisaron de que podíamos salir. El abrigo de allí era muy profundo y resultaba cómodo.

Tenía mucha luz y estaba amueblado con varios sillones de jardín. Mientras duró la alarma, la gente reunida en él hablaba animadamente entre sí, las mujeres seguían haciendo punto para algún jersey, y los chicos jugaban descuidadamente y se reían.

Quitando el silencio de las calles, de día, y la oscuridad completa, de noche, se nota muy poco por ahora la guerra.

Ya veremos cómo se arregla esto. Yo creo que si no se arregla pronto va a durar bastante. Esto parece una prograssada. Lo que yo quiero decir con esto, es que si no hay una victoria fulminante, de unos o de otros, esto durará un par de años por lo menos. Así me parece. Estos dos tipos, como Hitler y Stalin, habrán de aparecer en el tiempo así como Gengiskan o Tamerlan. Yo creo que si se pudiera suprimir diez jefes alemanes y otros diez rusos, la perspectiva de la guerra mundial desaparecía. El tiranicidio me parece muy bien. Es terrible que unos tipos ambiciosos y medio locos puedan tener al mundo entero desequilibrado, en pleno histerismo.

Ya empiezan aquí las lluvias de otoño. Seguramente es esta una buena ocasión para bombardeos. El otro día aseguraba un periódico que no eran nada probables los bombardeos con gases asfixiantes, porque no tenían eficacia más que en sitios muy limitados. No creo en nada de lo que dicen los periódicos. Puede ser que en esto tengan razón, pero en lo demás todo lo que aseguran es falso.

La cuestión de la calefacción de las casas se presenta un poco insegura.

## IX

Se va acercando el invierno. Yo sigo escribiendo en "La Nación", de Buenos Aires, y envío dos artículos al mes. He mandado también el original de una novela, en julio, a la Argentina, y en agosto recibí en París las pruebas, que devolví con toda rapidez después de ser revisadas, para que por mi causa no se demorase su publicación, y al cabo de meses no sabía si el libro había aparecido

o no. También el editor de mi novela "Susana" me escribió para comunicarme que un compañero suyo de Barcelona desearía publicar de nuevo esa novela.

Este hotel pequeño, de la calle Clement Marot, donde me he venido a vivir al dejar la Casa de España de la Ciudad Universitaria, me ofrece el recurso de la proximidad de las oficinas que tiene en París "La Nación" de Buenos Aires, que está establecida en el número 127 de la Avenida de los Campos Elíseos. Puedo ir a pasar allí algún rato para charlar o leer algún periódico.

En el hotel estoy más distraído que en el Colegio de España, porque últimamente aquello, además de desierto y frío, ha llegado a resultar bastante incómodo. Hay goteras, no funcionan bien los lavabos y falta el agua caliente...

En esa pensión de la calle Clement Marot, vivía una señora de Barcelona, muy guapa, conocida mía, una amiga suya y el escritor francés Francis de Miomandre, a quien había conocido hacía bastantes años en un banquete que dieron en un centro franco-americano. Miomandre me recordó más pronto que yo a él, quizá porque le habían dado mi nombre antes de aparecer yo en el restaurante del hotel; en cambio, nadie me indicó que él estuviese allí.

Reanudamos nuestra amistad y pasamos el tiempo charlando de una porción de cosas. También nos solíamos volver a ver en la redacción del periódico argentino, adonde iban con frecuencia diversos escritores: Maritain, Benjamin Crémieux, Jules Romain, Fargue y algunos otros más.

La pensión era un hotel de segundo orden, de cinco pisos, bastante bueno, habitado por gentes muy diversas. Claro que siempre resultaba más distraído que el Colegio de España, en donde en poco tiempo todo había tomado un aire de tristeza y desolación.

Hubo alguna que otra alarma de los aviones alemanes, pero a mí no me molestaban gran cosa. Empezaban ordinariamente hacia la una o las dos de la madrugada, cuando yo estaba leyendo o escribiendo, y acababan media hora o tres cuartos de hora después. Con la alarma se reunía en el salón del hotel, en la planta baja, alguna gente heterogénea, ingleses, señoras muy oxigenadas, que charlaban de temas diversos.



Estos peligros de los aviones, o no son nada o son tan formidables que no queda nadie para contarlos, lo que casi es lo mismo. Hasta ahora no pasa nada de particular. Yo creo que no ocurrirá ninguna cosa importante en el invierno. Se ve que nadie acierta en sus predicciones sobre la guerra. Los vaticinios han fallado por

completo. Los grandes bombardeos con gases asfixiantes, la hiperita, todo esto ha resultado un folletín sin base alguna.

En París empieza la vida a ser casi normal. Puede suceder que cualquier acontecimiento no previsto haga que, de nuevo, la gente emprenda su éxodo al campo, huyendo de las bombas de los aeroplanos, yo no lo creo. Parece que la guerra se va a estabilizar durante mucho tiempo.

No es posible en estas épocas, con toda clase de inseguridades de que nos vemos rodeados, pensar en el porvenir lejano; hacerlo parecería ridícula fantasía. Hay que vivir al minuto, considerar como un plazo largo una semana.

Al que es joven todavía, puede sostenerle la ilusión de estudiar y de leer. Esto es siempre algo que no puede defraudar, como ocurre con tantas otras cosas. Pero el viejo tiene eso fuera de su órbita.

XI

He visto al doctor Marañón que ha regresado de América, donde, según me ha dicho, ha dado la friolera de sesenta y nueve conferencias en el espacio de sesenta y cuatro días. Ha debido de ganar mucho dinero; es hombre fuerte, de fibra y se ve que no le hacen mucho efecto, ni los viajes, aunque sean transatlánticos, ni el trabajo, por mucho y complicado que sea.

Por fin ha aparecido en la Argentina una novela mía. He visto que han dejado de publicar el epílogo que yo le había puesto y remitido, que tenía sólo dos o tres páginas. Se ve que los editores, en todas partes, hacen sus trabajos peor que los demás industriales. Quizá porque su industria no es muy rica.

Yo, en los pocos ejemplares que he recibido regalados, les he añadido y a máquina el epílogo, escamoteado o perdido.

Si se tratara de vender carbón o patatas serían de una exactitud matemática. Pero los libros no los aprecian. En el fondo, lo que les ocurre es que creen que una novela no es nada. Es cómico esto de que a los españoles actualmente no les gustan las novelas, y en cambio se pasan la vida hablando a todas horas de que la más alta gloria de España

es haber producido el "Quijote". A pesar de ello, hay que ver la vida que le hicieron pasar los contemporáneos a su autor.

En este hotel en que ahora vivo me encuentro menos aislado, porque está ubicado, como dirían mis amigos de "La Nación", en el centro de la ciudad, y esto me hace ver alguna más gente. En este barrio aristocrático ocurre, como en la Ciudad Universitaria, que no se puede andar de noche porque no se ve por donde se va. Resulta curioso cómo se pierde la orientación de una manera tan completa. Verdad es que yo no conozco bien las calles de alrededor, y con la oscuridad a que nos condena la guerra, por el temor a la llegada de visitantes aéreos, se despista uno.

Como el salvoconducto que había pedido no acaba de llegar, he renunciado al proyecto de mi viaje a San Juan de Luz, y aguardaré, si nos dejan tranquilos, hasta la llegada de la primavera para renovar la gestión, a ver si entonces encuentro mayores facilidades para realizar el desplazamiento.

XII

Hace muchísimo tiempo que no he comprado ningún libro. Hay muchas librerías de viejo que cerraron con las primeras noticias del conflicto guerrero, y no han vuelto a abrir, a pesar de que todo parece haberse tranquilizado. Es natural que no pongan tanto empeño en sacar los libros a la luz del día, cuando por todas partes reinan las oscuridades.

Hago aquí, en el hotel, como en el Colegio de España, una vida muy solitaria, fuera de esas salidas a la Avenida de los Campos Eliseos. Me han invitado a ir al teatro, pero no voy porque la vuelta, si no es en auto, es poco agradable. El auto resulta demasiado caro para los pobretones que han de vivir de la pluma.

Al avisarme de que había aparecido en la Argentina mi último libro, sentí cierta curiosidad por verlo, y averiguar si había hecho algo mediano o una completa birria, lo cual siempre es más probable.

Estos días he andado de banquete por ahí. Los grandes restaurantes están siempre llenos. Se ve que hay dinero en abundancia. Voy teniendo, merced a estas invitaciones que con tanta profusión me hacen, una pequeña cultura de gourmet. He estado en las dos últimas semanas en La Tour d'Argent, en La Perousse, en Fouquet, en Berkeley, en La Perigourdine, en Le Boeuf sur le Toit y en el restaurante al que fui con unos señores que estaba en los Campos Eliseos, y cuyo nombre no recuerdo.

Algo hace el vivir más cerca para que a uno le inviten los amigos, porque mucha gente creía que la Ciudad Universitaria era un sitio lejano y muy difícil de encontrar. A otros

les parecía, el vivir en un barrio tan extraviado, una prueba de insensatez y de mal gusto.

De la guerra, por ahora, no hay manifestación visible. Puede que esta guerra sea una guerra de tipo nuevo. La gente se entusiasma con los finlandeses, que parece están haciendo el milagro de resistir, con tres millones de hombres que tiene su país, a un Estado de ciento cincuenta o ciento sesenta millones, como tiene Rusia.

XIII

Se ve que en la época actual el entusiasmo no es de abajo para arriba, como antes, sino de arriba para abajo. En una época así es cuando se han producido el comunismo y el fascismo.

En Francia, país de tendencia militarista tradicional, el año 40 se veía que no había entusiasmo militar ninguno, que el desbarajuste reinaba en los servicios del Estado. Yo tenía un amigo, Jorge Pillement, empleado al comenzar la guerra en la Censura. Me dijo que fuese a verle a un gran edificio, antiguo hotel, donde tenía su despacho. Fui a verle. Esperé en la antesala del piso bajo. Mandé varios recados al amigo, y en vista de que no aparecía ni me avisaban, me volví a casa. Luego me dijo Pillement que no le habían indicado que alguien le esperaba.

Otra vez fui a la misma oficina y conseguí ver a Pillement, porque llegó al mencionado hotel el jefe de la censura, que era el escritor Juan Giraudoux, el autor de Siegfried, y dijo a los conserjes que avisaran a los empleados quiénes les estábamos esperando. En aquel enorme edificio había doscientos despachos con un empleado cada uno y dos o tres mecanógrafas; eso sí, muy guapas todas ellas, muy bien vestidas, que andaban taconeando por los corredores. Yo creo que todo lo que hacían aquellos doscientos empleados y las cuatrocientas mecanógrafas, lo hubieran hecho, desahogadamente, treinta empleados trabajadores y entusiastas.

Pero, naturalmente, cada ministro, tendría que colocar a sus amigos y partidarios; cada jefe de oficina, a sus hijos y sus hijas de mecanógrafos, y con ese sistema toda dependencia del Estado se convertía en una colmena de gente inútil. Era el triunfo de la burocracia de la época moderna.

La moral corriente es una mixtura de ideas antiguas y de ideas modernas, adaptadas al ventajismo de la gente.

Esta evoluciona no siempre de una manera ascendente, y termina en ser una sociedad de beneficencia para los paniaguados.

Crear que el camarada López, el ciudadano Dupont o el compañero Meloni, va a ser distinto a todos los demás hombres, es una tontería.

Son iguales, poco más o menos, unos y otros. Las etiquetas serán distintas, pero el fondo humano y deleznable es idéntico.

La maldad y la crueldad tomarán un carácter y una retórica distinta, pero el fondo vital es el mismo.

Entre la cordura exagerada de los unos, demasiado humilde, y la rebeldía intransigente de los otros, un tanto energúmenos, será difícil que la vida tenga algo de benevolencia y de comprensión.

La educación colectiva no puede llegar más que a la enseñanza elemental, a producir un mundo en mangas de camisa, ninguna afición a la lectura, diversiones infantiles, deportes, movimiento, cinematógrafo, fútbol, etc. El ideal es ser como todos, la admiración va hacia el que tiene dinero y hacia el que manda, se considera igual ser que parecer. Las convicciones no cuentan o cuentan poco.

El hombre dice a su mujer:

- Es un autor ese que vale poco.

- Sí, tú dices eso -replica ella-, pero es el que más gana, por algo será.

Lo uno puede ser envidia, lo otro, exceso de conformismo.

Todo el mundo va con el que triunfa. Este es un maquiavelismo bajo y de poca monta. Es una consecuencia del mundo de las multitudes y de las gentes jóvenes. Todo es primario y elemental.

¿Cuántos saben lo que es esto? El materialismo no tiene nada que ver con la política, ni con el comunismo ni con el anarquismo. Cierto que la teoría de Marx se las da de materialista, pero más que materialista se podría decir que es sensualista, y con un sentido principalmente económico. Si se quiere encontrar a estas sectas políticas un origen, es mucho más fácil encontrárselo en las religiones que en Newton, en Laplace, en Claudio Bernard, en Planck o en Einstein.

En la Revolución Francesa hubo descamisados que llamaron a Jesucristo el sans culotte Jesús, pero en las revoluciones más próximas a nosotros a nadie se le ha ocurrido hablar del camarada Kant o del camarada Darwin. Generalmente lo que acusan los reaccionarios en su «slogan» contra el materialismo no es de verdad el

materialismo científico, sino el sensualismo práctico, el realismo, y esa confusión no es legitimada por nada. En los países totalitarios el materialismo triunfa hoy con el culto del deporte, de la belleza física, y de la fuerza, todo es materialismo en el sentido sensual. El materialismo y el determinismo, como formas de lo agnóstico, son creaciones de la ciencia antigua y moderna.

El comunismo, para organizar un país, es una verdadera calamidad. Se ve que allí donde entra todo se viene abajo. Es una peste de procedencia judaica.

XIV

El caballero no tiene la importancia del santo ni mucho menos, pero ha sido el tope máximo de los países del oeste europeo. Al menos, en la edad contemporánea. De ahí no se ha podido pasar. A la mayoría nos parece suficiente. Ahora la idea del caballero irrita, molesta, humilla al hombre del centro y del este de nuestro continente. Lo encuentran una cosa ridícula, ofensiva, creada por una burguesía amanerada.

El caballero español y el francés son para ellos algo arcaico, de museo; pero el caballero inglés, el gentleman, existe aún, tiene fuerza y confianza en sí mismo y en su honor, cree en sus dogmas y en lo invencible de su marina, y esto no lo pueden aguantar los centro-europeos. Mr. Picwick es un caballero de la misma clase que Don Quijote. Cree en la virtud, en la inocencia, en el honor, en la fuerza de su brazo. Esto parece intolerable a los euroasiáticos. Hay que darle un golpe traidor al que se cree caballero.

La Europa Central no ha pretendido ni pretende llegar a la caballería. Se encuentran en ella a veces, el genio, el talento, la constancia, el valor, la fidelidad, el sentimiento del deber, pero la caballería nunca.

El del caballero es como un disfraz que en el carnaval de la época no se da. En los pueblos occidentales no sé hasta qué punto existe hoy el amor por ese tipo, pero que ha existido es evidente.

En España queda como el rastro, el culto por la idea y por la palabra, que llegó sin duda hasta lo más bajo.

Hace veinte o treinta años se cantaba en Madrid una canción popular con las quejas de un hombre del pueblo a su amada, que le desprecia, y a quien dice:

Si no habías de quererme ¿para qué me consentiste?

Y después, en el capítulo de los reproches, añade que ella ha dicho de él:

que nunca fue caballero.

¡Qué risa le daría esto a un alemán o a un ruso de la calle!

El caballero con su honor por encima de todo, es una idea de procedencia pagana, individualista, estoica.

Calderón dice:

Al rey, la vida y la hacienda se ha de dar, pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios.

Esta es una idea particular del poeta, pero no la idea clásica del catolicismo o del cristianismo, que considera que el deber del creyente es siempre superior al honor individual.

Séneca es como el prototipo de la moral del caballero. Séneca o el toreador de la virtud, dice Nietzsche con gran acierto.

El caballero es cristiano en la edad media porque todo es cristiano en ese tiempo, al menos de nombre; pero la esencia de su carácter no lo es. Ese modelo de humanidad que se colocaron las gentes de Europa ante los ojos, en ciertos países no prendió; siempre ha ido decayendo.

¿Y ahora? Ahora se puede decir que el ideal caballeresco se ha venido abajo.

En una sociedad tranquila, pacífica, sin peligros colectivos, todavía puede haber algunas prácticas caballerescas; pero en pueblos revueltos, divididos, con grandes masas comunistas y fascistas, ¿qué sentimiento del honor va a quedar? ¿Quién se va a fiar de nadie? ¿Quién va a creer en la palabra del otro? ¿Quién va a confiar en la amistad y a defender la inocencia? En países donde se asegura que la delación es un acto meritorio, ¿quién va a pretender tener una actitud noble y valiente?

Así, el hombre actual ha de ser villano, más miserable, más cruel, más egoísta que nunca. Esclavo del Estado, hará lo que éste le mande, por miedo, aunque sus órdenes sean criminales.

Era más decente vivir en la caverna. Cuando pensamos los que estamos aquí, en París, que quizá dentro de siete u ocho días nos van a achicharrar con bombas asfixiantes, tenemos que pensar que una cavernita prehistórica debía de ser un verdadero lugar de delicias.

## XV

Se habla constantemente de Hitler y de Mussolini. El caso de Hitler es distinto al de Mussolini. Hitler, llegado al poder por un plebiscito aplastante, debe ser hombre de ímpetu extraordinario, que conoce a los conductores de su pueblo. El político tiene que poseer una idea clara de su país y de las condiciones psicológicas del pueblo que gobierna o aspira a gobernar, pero tiene que saber asimismo cómo es el enemigo, y él puede ser que no lo sepa.

¿Podrá conocer lo que son Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos? Yo creo que no. El estado psicológico de Francia es posible que sea lo que únicamente conozca bien.

Francia está al comienzo de esta segunda guerra mundial en un tono manifiestamente bajo, sin pulso. No es ningún secreto. Todos los extranjeros que estamos en París lo notamos de una manera indudable.

No hay entusiasmo ninguno para ir a la guerra, ni ardor patriótico. No hay, ni siquiera, ganas de enterarse.

Leon Daudet ha dicho que la Línea Maginot debe hacer perder la confianza de Checoslovaquia en un auxilio francés, puesto que descubre, en los que la construyeron, un propósito de mera defensa. Alemania ha replicado a esa construcción levantando su Línea Sigfrido, dándole un nombre evocador, el de un héroe de la mitología renana.

Tampoco debe ser muy grande la confianza de los belgas en un sistema de defensa que llega a un punto, en medio del campo, y allí se acaba sin alcanzar el Canal de la Mancha. Contra esa política, que renuncia a la ofensiva, se alza un coronel joven, que después se ha visto resultar más clarividente cuando se trataba de prevenir el futuro que de afrontar la realidad próxima.

Yo, en tiempo de los preliminares de la guerra, he leído en "La Nación", de Buenos Aires, un artículo muy explicativo, de un coronel alemán, cuyo nombre ahora no recuerdo, sobre la Línea Maginot, con un plano y en él daba una explicación convincente de su fácil expugnabilidad.

Pocos días después, el director de "La Nación" de Buenos Aires en París, señor Ortiz Echagüe, nos convidó a diez o doce personas a un banquete que se celebró en el restaurante Zatoste, de la calle de Argenteuil. En ese banquete se habló de la guerra y yo hice una alusión a lo dicho en el periódico argentino por el coronel alemán, cuyo nombre se me olvidó.

Entonces, el periodista Benjamín Crémieux, que era de los comensales de dicho banquete, me salió al paso y me indicó que lo que yo estaba diciendo era la tesis que defendían los enemigos de Francia. Yo, naturalmente, como no defendía tesis alguna, sino que me limitaba a aportar la opinión de alguien que debía ser un técnico, me callé.

Pocos días después de esa comida, Blaise Cendrars me aseguraba que con la barrera infranqueable de la línea Maginot la guerra duraría cincuenta o sesenta años.

Esto me pareció absurdo; que el Estado Mayor alemán pudiera engañarse en su lucha contra medio mundo era posible porque las fuerzas enemigas eran muchas y oscuras, y podían dar grandes sorpresas; pero que los técnicos germanos no supiesen las condiciones estratégicas de la Línea Maginot ello se no puede admitir como verosímil.

Hitler daba la impresión del impulsivo que entre gentes experimentadas dice: No hay que andarse aquí con vacilaciones ni con escrúpulos, hay que marchar adelante con energía y decisión.

A veces, claro es, las gentes decididas aciertan, y a veces se hunden. El tiempo dice quién acierta.

XVI

Hace días cayó una nevada muy copiosa y ha quedado París blanco durante mucho tiempo. Cuando se ha iniciado el deshielo, han salido muchas brigadas de obreros, dispuestos a limpiar las calles.

Ahora se siente uno ya acostumbrado a la pompa del barrio elegante. Estuve a dar una vuelta por el que antes vivía, y, parte por el mal aspecto que da a los paisajes urbanos el deshielo, parte también porque aquello no es de lujo, me dio una impresión bastante parecida a la de los Cuatro Caminos de Madrid. Verdad es que todas las afueras de las grandes ciudades se parecen.

Voy a empezar la semana próxima a fabricar una novela más, para lo cual vendrá a mi casa una chica mecanógrafa, a la que iré dictando capítulos y borradores. Es una muchacha catalana que copia bastante bien, aunque no lo haga con mucha rapidez. De todas maneras siempre resultará que, usando ese sistema, se aligerará bastante mi trabajo.

Creo que he llegado ya al tomo ochenta. Paso del metro de producción, como solía decir aquel Roso de Luna, espiritista, que hablaba del metro de producción para medir las dimensiones del trabajo intelectual. Es cómico, evidentemente, es preciso haber tenido extraordinaria afición a escribir, para haber escrito tanto, ante la indiferencia del



público, pero ya sabe que uno es de suyo individualista y cuando escribe, como cuando hace otras cosas, piensa por serlo muy poco en el público y en sus opiniones.

Debería de haber llegado ya a la época de dejarlo, de colgar la pluma en la espetera, como diría un clásico; pero... ¿de qué se vive, si se deja de escribir? Todo ello resulta una mala broma, y es ponerse a la misma altura de la paciente mula que da vueltas y más vueltas a la noria sin detenerse a descansar, a espantarse las moscas con la cola. No hay más remedio que seguir, seguir dando vueltas hasta el final.

De América me escriben varios para decirme que debería de ir allá, pero unos y otros coinciden en insistir en lo mismo, en hablarme que debería dar conferencias, cosa que a mí no me hace ninguna gracia. Si uno es escritor, malo o bueno, lo lógico sería que le dijeren: «Venga usted y escriba». Pero no deberían decir, como me dicen: «Venga usted y hable». Lo mismo le podrían indicar a uno: «Venga usted y baile». ¿Por qué no?

Sobre mi actuación de conferenciante encuentro entre mis papeles un recorte que ignoro de qué periódico es, ni de qué lugar, pero lo incluiré aquí por si tiene algo de verdad. Dice así:

«Baroja, conferenciante, no podía desvirtuar a Baroja, novelista, y los honrados profesores de la Sorbona se habrán quedado un poco sorprendidos ante la desaliñada e inquietante manera con que este vasco, tan representativo de Vasconia, ha hablado de su vida, de sus recuerdos y de sus aficiones literarias.

Arremete en su conferencia contra los críticos, contra la Academia, contra los políticos, contra Galdós, contra la generación del 98. Y cuando ha barrido a cintarazos de ingenio todo lo existente y ha hecho tabla rasa del pasado inmediato, se vuelve mirando a lo porvenir y tilda de locura y superchería el cubismo, el dadaísmo, la metapsíquica y demás inquietudes actuales. Se burla de Spengler, y compara nuestro tiempo a un avestruz que se traga todo lo que le echen.

Desembarazado de todo, en cueros vivos, Baroja afirma su personalidad y ¡terrible cosa! se encuentra a sí mismo, se halla fuerte y petulante, precisamente porque se nutre de contradicciones, de la inseguridad de la época. Esta desintegración de las cosas, paradojas de la vida actual, son precisamente las que abastecen su despensa. Entre el neorófago y ovífago, el que vive a expensas del pasado y el que busca su nutrición en el huevo, en la célula aún no desarrollada, este tipo de hombre camaleónico que se alimenta del aire, es más, que hace el vacío a su alrededor para poder respirar a sus anchas, era, hasta que apareció Baroja, un ser presente fabuloso. Los sensatos y ecuanímenes profesores franceses se habrán quedado de una pieza. Y según un comentarista, no hallan más razón que atribuirlo todo al espíritu jesuítico «¡Tableau!»,

En realidad, metiéndonos un poco en el fondo de las cosas, lo que le ocurre a Baroja es que aspira fervorosamente a ser un hombre sensato, ¡y no lo logra!».

XVII

En los periódicos americanos suelen citar mi nombre con mucha frecuencia, unos con cierta cólera, otros con alguna simpatía. La diferencia de esos sentimientos, que desde lejos se manifiestan, resulta poco estimulante para emprender el viaje. No se encuentra ya uno en edad de salir en busca de aventuras.

Aquí está haciendo un invierno verdaderamente crudo, nevando con bastante frecuencia, más de lo que uno quisiera, y llega la temperatura a descender mucho. Según me dicen, parece haber bajado algunos días hasta los veinte grados bajo cero en los alrededores de París, lo cual es cosa bastante respetable. En los termómetros de la calle, cerca de casa, he visto que marcaban bajo del cero todos los días, y a veces menos nueve, lo que ya es algo.

Se pone uno más ropa, y luego ocurre que se va acostumbrando a esas temperaturas extremas. Parece que es el clásico invierno de guerra. Yo, cuando de chico veía en la "Ilustración de Madrid" (entre las revistas ilustradas españolas la mejor, con los grabados de la guerra franco-prusiana del 70, con los campos y las calles de los pueblos cubiertos de nieves), me parecía una cosa realmente magnífica. Claro que ésta de ahora es, por lo menos, una guerra que no se ve.

Hacia el final del mes de enero mejora la temperatura. Bienvenido sea el mejoramiento. Parece como si se hubiesen pasado los grandes fríos. Han sido fuertes de verdad. Ha habido, según me han dicho, en los alrededores de París tres días seguidos de 20 y 21 grados bajo cero. Dentro de la ciudad el termómetro no ha bajado tanto. Ayer hacía en la calle 8 sobre cero, y hoy, 5. Han caído grandes chaparrones, y esa lluvia ha conseguido templar bastante el ambiente. Puede que después de esto se acabe el frío, porque el mes de febrero, a cuyas puertas nos encontramos ya, no suele ser tan bravo como enero.

Ayer estuvo por la noche a verme un chico de San Sebastián, un muchacho que hizo una copia a máquina de mi última novela. Me dijo que había salido un decreto por el cual se dispone que a los jóvenes extranjeros, que en estos momentos se encuentren en Francia, se les coloque en la alternativa de ingresar en el ejército francés o de marcharse del país. De todas estas determinaciones nunca se sabe hasta dónde hay propósitos de que se realicen, pero veré de enterarme, porque esa orden es algo que estorbaría también la venida de mi sobrino, que algo había pensado sobre ello.

Preguntaré si Marañón ha vuelto, pues ha marchado a Suiza por una breve temporada. Yo no conozco aquí ninguna gente burocrática que sea capaz de informar a uno con claridad sobre si se llevarán a cabo o no esa clase de disposiciones.

Aquí, el precio de la vida va subiendo de una manera grande. Cuando veo que por tres manzanas piden ya once francos, me quedo sorprendido. Hace cuarenta años costarían veinte céntimos. Siempre que compruebo estas cosas me acuerdo del comandante retirado de Vera, que, cuando me tropezaba con él, a poco de haber llegado al pueblo, solía preguntarnos:

- ¿Y qué tal, qué tal por Madrid?

Y cuando se le daban dos o tres noticias, más o menos sensacionales, él cerraba los ojos, se quedaba absorto como si tratase mentalmente de barrenar el futuro, y con los párpados caídos decía:

- ¡Y que no sabemos a dónde vamos a ir a parar!

Eso mismo es lo que ocurre ahora. ¡Cualquiera es capaz de presentir a dónde van de este pobre planeta!

XVIII

Continúo en la pensión donde me hospedo hablando con el escritor Francis de Míomandre, que es hombre amable y divertido, y suele decir a menudo cosas ingeniosas. Cuando la camarera de la pensión le reprocha sus fantasías, él contesta, sonriendo: Yo soy un payaso de categoría.

Sabe castellano y como en nuestras conversaciones solemos pasar insensiblemente del francés al español y del español al francés, dice que vamos a terminar hablando una jerga hispano-gala. Parece ser que ahora los escritores franceses andan también mal, porque muchas de las casas editoriales se han cerrado, y se ven aquellos forzados a recurrir, para sostener sus ingresos, a la colaboración en los periódicos y en la radio.

Al comenzar febrero fui invitado a una comida en la Embajada o Legación de Chile, en donde me hablaron de mis colaboraciones en una agencia que distribuía sus artículos por la prensa chilena, y también de hacer un viaje a América. Escribir algo no me parece mal, pero temo que de lo que se trate, como siempre, sea de ir allá para dar conferencias, de presentarme ante el público y de hacer ridiculeces y pedanterías.

Se me ha propuesto también un asunto histórico-literario, pero habrá que renunciar a él porque no es este un buen momento para que uno se ponga a emprender

investigaciones literarias de ninguna clase. El número de lectores en las bibliotecas públicas se ha reducido mucho, y para ser admitido en ellas es preciso contar con un permiso especial. Además, en la prensa americana, en donde aparecen mis artículos, prefieren que sean sobre temas de actualidad y no les gustaría que me volviese hacia la historia y a remover viejos papeles.

## XIX

El otro día me proponía un escritor que está empleado en una casa editorial, les hiciera un libro biográfico sobre San Ignacio de Loyola, y que me lo publicarían. Yo le dije:

- Si me dan un cuarto bueno con una mesa grande y una estantería en la pared y me costean la vida durante un año, no tengo inconveniente ninguno en ponerme de inmediato a hacerlo.

El se reía como si se tratase de una humorada, pero lo cierto es que por mi parte no había tal, porque para reunir los datos precisos y ordenarlos debidamente, lo menos que se necesita es eso. Escribir una vida de un santo o de cualquiera sin añadir algún dato nuevo, copiándola de otros libros, no vale la pena.

El editor de este libro no recuerdo quién era, aunque tengo la idea de que era belga. ¡Lástima que el asunto fracasase, pues me hubiera permitido vivir un año o algo más en París haciendo un trabajo histórico!

## XX

Todo es lento en esta época y no tiene objeto el andar de un lado para otro, porque con eso no se consigue nada. Hay que esperar haciendo algo, para no impacientarse. La gente promete cosas por petulancia o por echárselas de importante, y luego de prometidas las olvida. Si no se tiene una decisión muy fija no hay resultado, y si se tiene viene éste, bueno o malo, pero viene. Claro que consideraciones así son perfectamente inútiles. Yo estoy dispuesto a tomar una decisión, pero cuando vea que los cabos de un proyecto están bien atados.

El ir a Chile o a algún otro país de América, para ver si del viaje y de la estancia allí se saca algún dinero, me parece bien. Pero hay que esperar a ver si la cosa se pone dentro de los términos de lo posible. Ya se sabe que lo que le proponen a uno son series de conferencias y de banquetes, son cosas que a mí, personalmente, no me entusiasman, porque no creo que yo tenga condiciones ni resistencia para aguantar una

vida espectacular de esa clase.

Si pudiera reunir una pequeña renta suficiente para vivir, lo que no creo, iría a España con la idea de no escribir más, sobre todo artículos. Evitaría la política como se huye de la peste. Verdad es que siempre la he evitado.

El ministro chileno de aquí, ahora presidente de la República de Chile, a quien conocí por Salvador Reyes, me escribió para anunciarme la presencia en España de un señor Labres, chileno, que deseaba entrevistarse con mi sobrino a su paso por Madrid.

Me parece que yo tendré que abandonar los planes de viaje por América, porque la gente habla y promete mucho, pero luego, en definitiva, no hace nada, y ahora parece que en América las cosas tampoco andan muy bien, y esa situación no es fácil que puedan dedicarse a funciones de lujo. Para conseguir algo hay que ser de esos tipos intrigantes, que se mueven por inquietud espontánea, condición que yo no tengo ni la he tenido nunca. Creo, pues, que acabaré yéndome a Bayona o a San Juan de Luz, donde quizá pueda encontrar un cuarto más barato que el que tengo en París.

Se conoce que los periódicos de América publican a menudo artículos míos tomándolos de los que envió a "La Nación" de Buenos Aires, o los entregados por mí a la agencia de Ambrosio Martins, que los distribuye por diversos países de Sudamérica.

El ministro chileno que me habló de mi viaje por su país, me dijo que a mucha gente les niegan el permiso para entrar en aquellas tierras, pero como yo no había de ir, ni a perorar, ni a echar discursos trascendentales, ni tampoco con ánimo de establecerme allí, me darían toda clase de facilidades.

Al comenzar abril reanudo mis gestiones para obtener el salvoconducto indispensable de la Comisaría de Policía para marchar a Bayona. Escribí a un amigo de allá, y me ha contestado diligentemente que halló para mí, en una villa próxima al pueblo, un cuarto bastante bueno, de doscientos cincuenta francos al mes. Este de París me cuesta novecientos. Resulta muy caro para mi bolsillo poco provisto. En el coste, entre, uno y otro, hay una buena diferencia a mi favor. Con el cuarto barato podré manejármelas bien, haciendo dos artículos al mes.

El salvoconducto, por lo que me dijo el empleado de la Comisaría de Policía, será válido para salir de París del 15 al 25 de abril.

XXI

Supongo, que me aburriré en Bayona, pero pienso dedicarme allí a escribir unas novelas, por los menos a fabricar la trama de ellas, para lo que no me vendrá mal una

temporada de aislamiento. No lo haría en invierno, porque seguramente no habrá calefacción en esa villa vascofrancesa, tampoco la hay aquí ahora, pero pienso que calentará más el sol en el interior de las casas de Bayona que en París.

Decididamente el viaje de América hay que descartarlo. Yo creía, por lo que habían dicho de ese viaje, que era algo que vendría a costar de siete a ocho mil francos por persona; pero no, parece ser que en estos momentos es cuestión de cuarenta a cincuenta mil. En esas condiciones hay que renunciar porque esto de tener invitación por un país de allá me parece que no es más que ganas de hablar. Los diplomáticos de todos los países se caracterizan por prometer mucho y luego no hacer nada.

Saldré, pues, de París, me iré a pasar el verano en Biarritz o en San Juan de Luz, porque aquí nada se puede hacer de cuestiones editoriales en la época en que estamos.

## XXII

En París ahora no pasa nada, hay una perfecta tranquilidad, no hace mucho frío, aunque deben de estar al caer las temperaturas de bajo cero.

Como en casa del doctor Marañón todas las semanas los martes. Se come bien y se habla de temas que a uno le interesan y le afectan. Es un hombre de temple, que cuenta siempre cosas interesantes, como recuerdos de sus excursiones por tierras americanas. Él está ya de vuelta de donde habría yo podido ir, pero a él no le detiene la necesidad de hablar en público, es su arte y su costumbre, y a mí me gusta hablar, sí, pero en una tertulia de amigos, no ante un auditorio numeroso y desconocido.

También me invitan algunas otras personas. El otro día, creo que era un viernes, fuimos al restaurante de La Tour d'Argent con un diplomático. El almuerzo, al que no asistían más que el anfitrión, dos invitados y yo, costó, por lo que pude ver, ochocientos francos. ¡A doscientos por cabeza, mejor dicho, por estómago! ¡Y nosotros, que comíamos en la Ciudad Universitaria por siete u ocho francos cada comida! Parece que el restaurante universitario se ha cerrado. Evidentemente, resultaba más que difícil el que pudiera resistir abierto con tales precios.

Al pasar por la calle Vaneau y mirar escaparates de tiendas de antigüedades, recuerdo los versos de un poeta moderno:

J'aime les éventails fanés Dont le lointain passé chagrine;  
Dans le tombeau de leur vitrine Ils dorment, les abandonnés!

El decadentismo de final del siglo XIX tenía cierta ligera defensa. El decadentismo de esa época quería encontrar en las manifestaciones enfermizas de la literatura y del arte, formas llenas de gracia y de encanto. Y en este sentido tenían razón. Es evidente que Verlaine y Laforgue tenían más gracia y encanto en sus canciones que Víctor Hugo.

Lo mismo pasaba en otras artes. Degas, Gauguin, Sisley y Van Gogh eran más atrayentes que Ingres o que Delaroche.

Un día de la primavera del año 40 acudimos hasta doce personas al restaurante Zatoste, invitadas por Ortiz Echagüe. El restaurante está cerca de la avenida de la Opera, y en aquel tiempo era muy frecuentado. Yo entonces comía normalmente en mi hotelito de la calle de Clement Marot.

Además del anfitrión, figuraban en esa comida el diplomático Loncán, el periodista Méndez Calzada y los escritores franceses Benjamín Crémieux y Leon Paul Fargue. Al salir de esa comida, en un café, nos encontramos con Chaves Nogales y la Argentinita.

Como de ordinario, en esa clase de comidas están presentes algunas damas españolas del teatro o bailarinas. Entre estas últimas había una andaluza, morena y agitanada, que solía expresarse con gran acompañamiento de gestos. Otra cuyas facciones, a primera vista sorprendían por su perfección, aunque miradas con más detenimiento se revelaban vulgares; ésta encubría su nombre familiar con uno de guerra. Otra era rubia, pequeña, pero muy bonita, de carácter atrevido y audaz, siempre metida en aventuras, a la que llamaban Lulú, aunque probablemente no era ese su nombre; otra pequeña también morena y de ojos claros y brillantes, muy expresivos. Raquel, mujer casada, aunque ya para entonces separada del marido, con el que se había entendido; se dedicaba a negocios no muy claros, que debían procurarle dinero en abundancia.

Encarnación López, a la que vimos después, la Argentinita, era esbelta y de cara muy correcta, pero ya no era joven. A algunas de aquellas comidas solía asistir también, aunque esa noche no estuviese, una mujer de tipo griego, sobre todo cuando permanecía seria y silenciosa, con un rostro dominado por una expresión melancólica. Entre aquellas mujeres reunidas al azar no había simpatías, cada una marchaba por su camino y tenían que defender su vida a su manera. Entre ellas había entusiastas de Hitler, que con cierta imprudencia, no se recataban en expresar sus simpatías.

Nadie habría sido capaz esa noche de presentir la mala partida que el destino preparaba para la mayoría de las personas que se habían reunido a pasar unas horas de distracción y amenidad. Todos estábamos alegres y, sin embargo, la muerte rondaba el

grupo y elegía sus víctimas.

No mucho tiempo después, el balance de aquella noche no podría haberse imaginado más catastrófico. De las personas que cenamos juntas, tres de los hombres y una de las mujeres se habían suicidado, dos de ellos muertos por enfermedad y un tercero, en un campo de concentración. De las mujeres, una tomó una gran dosis de un narcótico para suprimirse y dos habían desaparecido.

El escritor Benjamín Crémieux, judío, quiso hacer una manifestación contra los alemanes, le hirieron, fue trasladado a un campo de concentración, y allí encontró la muerte. El poeta Fargue murió también en París, sin duda al liquidar la enfermedad que ya llevaba en su cuerpo cuando le conocimos.

Chaves Nogales moriría de una manera rápida, de un ataque al corazón y la Argentinita desaparecería del mundo de los vivos en Nueva York, a consecuencia de una operación quirúrgica.

XXIII

A mí me importa poco que los demás hagan lo que les parezca y que tengan éxito. Ese señor es un historiador de Derecho, el otro es un abogado elocuente, el de más allá es un economista... Bien. A mí no me produce ninguna molestia el que tengan todos ellos popularidad y el que la gente se ocupe más o menos de sus actuaciones profesionales. Tampoco me molesta la fama del dramaturgo, del novelista, del erudito o del sainetero.

Esa envidia proteica de los meridionales yo no la siento, afortunadamente para mí, pues la envidia debe ser algo que impide al que la tiene vivir tranquilo. Supongo que se debe ser muy desgraciado teniéndola.

Un anochecer en París, entre el año 39 y el 40, estaba yo cenando en el restaurante Zatoste con cuatro o cinco periodistas, y el mismo número de mujeres guapas y bien vestidas, una de ellas peliculera.

En esto pasaron en grupo cinco o seis españoles, casi todos ellos diputados socialistas. Me miraron a mí de un modo rencoroso y torvo, y se sentaron en una mesa próxima que estaba vacía. Alguna gente hubiera pensado que aquel grupo me miraba a mí con antipatía marcada porque yo tenía más dinero que ellos. Pero no había tal. Yo no contaba más que con lo imprescindible para vivir con escasez, pero en el grupo de los socialistas se notaba la antipatía por mí.

A ese banquete yo iba convidado. Hablaba medianamente el francés, ahora empiezo a olvidarlo. Contaba algunas historias cómicas de la vida cotidiana mía, y las muchachas



que cenaban con nosotros se reían. Yo notaba en el grupo socialista una antipatía manifiesta.

- Este hombre charla, se divierte y le oyen -seguramente pensaban-. No tiene veinte francos en el bolsillo, pero habla y le escuchan. Si nosotros diéramos un mitin él no iría. ¡Qué Desfachatez! ¡Qué cinismo!

XXIV

Daba la ciudad una impresión grave y tranquila. De no ser por los vehículos que pasaban, que tampoco eran muchos, el silencio más absoluto habría reinado en su ámbito. Por aquella quietud de la circulación y por la falta de concurrencia, se veía mucho mejor que de ordinario todo lo grande, monumental y suntuosa que resultaba la mayor parte de las avenidas de la ciudad. Se revelaba en los técnicos municipales de París el propósito, logrado, de hacer de la urbe un motivo de atracción universal, una obra de arte.

Entre la gente de la calle apenas si se veía algún niño. No había sino viejos, mozalbetes y mujeres. Pero todo el mundo parecía tranquilo, sin advertirse el menor rasgo de excitación. No había riñas, ni disputas, por ninguna parte altercados, ni discusiones. Un ambiente de paz..., aunque fuese de paz en guerra. Los franceses habían cambiado. ¿En bueno o en malo? No se sabía.

Aquella actitud callejera nos sorprendía al acompañante y a mí, sobre todo, porque él había supuesto, cuando pensaba en que la guerra podría estallar de un momento a otro, que, llegado el caso, en París se reproduciría inmediatamente una exaltación, un cúmulo de nerviosidades y de agitaciones, una atmósfera similar a la que él había leído en todas las historias de la Revolución del 93, cuando al calor del suceso memorable las calles se habían llenado de oradores, surgían discusiones apasionadas e iracundas en cada esquina, y por todas partes sonaban cánticos de frenesí y de entusiasmo, un clamoreo y una conmoción que a todos transportaba en alas del ímpetu estimulante y ardoroso de la Marsellesa.

Confiaban algunos en que iban a presenciar la escenificación de «Allons, enfants de la patrie». Pero no había nada que se le pareciese, ni aun de lejos. Se había declarado la guerra, y de lo que en la imaginación de mi compañero había tomado cuerpo, evocando recuerdos de viejas lecturas, pasajes de epopeyas desaparecidas, nada de aquello sucedía. La gente marchaba a su trabajo como de ordinario, un poco más seria tal vez que otras veces, pero pensando en sus asuntos personales con ánimo tranquilo.

Eso sí, durante los días de la semana, en muchas calles se veían bastantes tiendas que permanecían cerradas, sin que hubiesen pegado sobre sus cierres anuncios de

defunción. Sobre todo las que se dedicaban a comercios de mercancías que no eran de primera necesidad, como las librerías de viejo y las tiendas de antigüedades o aquellas donde se vendían cuadros o estampas. Sobre el cristal de muchos escaparates y en los de las ventanas que cubrían sus huecos en las fachadas de las casas, se habían pegado tiras estrechas de papel, formando ordinariamente cuadrados y rombos. En otros edificios esas tiras formaban estrellas, que resultaban adorno más pintoresco. Se creía que así se evitaría su rotura, en caso de explosiones de bombas arrojadas por los aeroplanos. Algunos edificios, con aquel aditamento de las tiras de papel, habían adquirido cierta distinción que no tenían antes. Y no había faltado algún tendero artista, que aconsejado por una norma de previsión a poner en sus cristales tales pegotes, había compuesto con ellos complicados paisajes.

A lo largo de las grandes avenidas, tan desiertas, se alineaban los árboles, como centinelas de la ciudad, en guardia permanente contra el enemigo que podía de un momento a otro atacarla, mostrando el follaje amarillento de la estación.

Para defenderlos contra la metralla de las bombas, a los monumentos levantados en plazas y encrucijadas, se les había cubierto con sacos llenos de arena, o armado en torno suyo barreras de tablones. En el Puente Nuevo apenas si se dejaba ver la estatua de Enrique IV, el Bearnés, y su cabeza erguida sobre su envoltura de tierra, y en la plaza de las Victorias al amigo de la Pompadour y de tantas otras de su especie, le habían encarcelado en una jaula lisa de tablas.

El Puente Nuevo había desaparecido y la fuente de Médicis del Luxemburgo estaba despojada de sus estatuas. Reinaba el otoño, los árboles, negros, desprendiéndose de sus hojas, dejaban el suelo de los jardines cubierto por una alfombra amarilla.

Vencía la tristeza del momento la admirable delicadeza con que el otoño parisiense había convertido en oro la verde esmeralda de los parques. Por los andenes, poco frecuentados, pasaban gorriones vivarachos, tordos petulantes y palomas retozonas, sobre la capa muelle de hojas secas, amarillas. Algunos gatos famélicos se movían por allí, haciendo huir a los animales desconfiados, aun más cuando los veían también los huesos.

En los oídos del paseante parecían sonar, como un bordón, impregnado de nueva melancolía, los conocidos versos de Verlaine:

*Les sanglots longs des violons de l'automne.*

Pero se diría que era una música inoportuna, extemporánea. Aquello debía servir únicamente para época de paz. La idea de la guerra había desinfectado el espíritu de la melancolía. No se captaba ya en los jardines más que la belleza fina de los colores y de

las líneas.

En algunos parques y en algunas plazas lejanas, se veían globos sobre la hierba, que debían pertenecer a los servicios de defensa antiaérea. Algunas veces, en las primeras horas de la mañana, cuando el curioso salía a dar una vuelta mientras le hacían el cuarto, había visto aquellos globos remontarse en el aire, cabeceando como si aún no se hubieran desprendido por entero de los vapores del sueño.

Había también parques donde se habían cavado algunas trincheras. Sobre terraplenes de tierra removida, se veían los cañones antiaéreos, unos tubos delgados y negros, como los anteojos de los astrónomos, sólo que en esa ocasión aquellos tubos no se utilizarían para buscar estrellas, sino para descubrir, si era posible y derribar, aeroplanos enemigos.

Anocheecía cuando, ya por las orillas del Sena, iluminadas por la luna, vieron que el escenario ciudadano adquiriría de repente una belleza romántica. Al descubrir a lo lejos la silueta de las torres de Nuestra Señora, la isla de San Luis y los puentes, la fachada del Louvre mirándose en las aguas del río, podría creerse en un teatro, y sentir la impresión de que, de un momento a otro, aparecería un barítono, con el laúd en la mano, y sonaría en el aire quieto el trémolo de una romanza.

Reinaba ya demasiada oscuridad para que el andar en automóvil no fuese un trabajo difícil y peligroso.

Por las aceras, las gentes, no muchas, que seguían arrimadas a las casas, pegadas a las fachadas, se alumbraban con lámparas eléctricas de bolsillo. Aquellos botones luminosos daban a los transeúntes al aspecto de una procesión de fantasmas.

- Bueno, señores, ya están ustedes en su casa -dijo el dueño del coche, deteniéndose junto al borde de la acera.

Los otros le manifestaron su agradecimiento, y, después de darse las manos, se metieron en el hotel, mientras el automóvil, arrancando nuevamente, desaparecía al doblar la primera esquina de la calle.

XXV

Hoy la lluvia me retiene en casa sin poder salir, y en el cuarto pequeño del hotel me ofrece la imaginación, con cierta melancolía, a tantos kilómetros de distancia de aquella casa madrileña de la calle de Mendizábal, donde viví muchos años antes de la revolución, casa que ya no veré más aunque vuelva a Madrid, porque unas bombas lanzadas desde un aeroplano la incendiaron y la convirtieron en un montón de ruinas.

calcinadas.

Allí fue donde conocí bastante gente, que llamaron a mi puerta para contarme sus vidas, por si hallaba en ellas algún detalle pintoresco aprovechable para mis libros, pero con la intención primordial de que las socorriese o favoreciese. Eran ordinariamente, éstos que tenían la ingenua aspiración de encarnarse como personajes de novela, individuos pintorescos, gentes del hampa, desharrapados, física y sentimentalmente, ninguno de los cuales habría leído nada mío, pero que tal vez hubiesen oído decir que yo me interesaba por las vidas de los que iban consumiendo su existencia a puñetazos contra realidades inclementes.

Yo he recibido siempre a todo el que ha llamado a mi puerta, sin preguntar a nadie ni su nombre, ni su condición social. Muchas veces no han necesitado ni anunciarse para que les acogiera, porque yo mismo les abría la puerta. Ese modo de ser, indudablemente, ha multiplicado en todo tiempo las visitas de mi casa. Habría podido obrar de otro modo, por la experiencia que tuve respecto al motivo auténtico que les llevaba a verme.

El que yo recibiese a los desconocidos con esa facilidad, el que no pocas veces socorriese su situación miserable con algunas pesetas, motivó el que algún periódico llegó a insinuar que yo daba dinero a rédito, porque el duro que les daba me producía material para mis trabajos literarios. No era cierto.

La mayoría eran sablistas vulgares, que estrujaban su fantasía para adornar su charla ganzáa. Recuerdo entre ellos el caso de un catalán, que se presentó como representante de los soviets, que le habían enviado nada menos que hasta Australia, y había regresado por África, recorriendo, según decía, en dos meses y a pie, la distancia de la colonia del Cabo hasta Tánger.

Cuando terminó su relato, viendo en mi expresión que no había logrado hacerme tragar el anzuelo, extrajo por debajo de la capa raída un gran cartel que decía: "Se ruega un donativo".

Aquí, a orillas del Sena, mi situación no me ha permitido recibir como antes a los que pudieran haberse acercado a mí para conseguir una ayuda. Ya el expatriado no viene a mi cuartucho a pedir algo. Aquí estoy muy lejos de encontrarme en situación de echar mano de la fantasía para procurarme medios de vida; y carezco de la audacia necesaria para emplearla según el sistema de los sablistas, y aplicarla a un trabajo literario. Siempre es difícil valorizar esto cuando no se manifiesta en el idioma que uno emplea.

Algunos me reprochan que vuelva a España. No son capaces de comprender lo natural.

que resulta este propósito mío. ¡Es el único sitio donde podré seguir viviendo! ¡Qué se le va a hacer!

¡Qué manera tan ridícula tiene de pensar la gente! Juzgan de uno sin tener para nada en cuenta su posición. No parece sino que es cosa fácil hoy en el extranjero, sin fortuna, con el ambiente hostil de nacionalismo rabioso que reina ya en todos los países, buscarse la vida. Se puede obtener algo siendo obrero o técnico de una industria nueva; pero los demás, el médico, el abogado, el escultor, no pueden ganar nada, o casi nada.

Los que me censuraron al verme dispuesto a dejar París, no tenían en cuenta el que habría sido en mí suicida, afrontar el peligro de que me encontrasen allí los alemanes hitlerianos, después de haber incurrido en la estupidez, en dos entrevistas celebradas conmigo por periodistas franceses, de decir cosas bastante crudas contra aquellos, obrando con la mayor ingenuidad, sin prudencia alguna.

No es que me fiase demasiado en la resistencia francesa, sino que me mostré mal calculador, con grave peligro para la vida o por lo menos para mi libertad.

Cierto que el doctor Marañón dijo cosas parecidas en un periódico y luego no le pasó nada, pero a veces la suerte de uno es distinta de la de otro.

Tenía miedo y era natural que lo tuviera. No sentía la menor curiosidad por conocer personalmente la vida en los campos de concentración, establecidos en Alemania, donde más adelante perdieron su vida no pocos escritores franceses y no franceses.

De nada me habría servido en esa ocasión el que en el país me hubiesen considerado algunos como un precursor del fascismo. Claro que los que así pensaban incurrían en un error. No había tal. Lo que yo había defendido era que un país, en momentos difíciles, debe llegar, si es preciso, hasta la dictadura. Pero siempre pasajera, para salvar el momento de un bache, pero no para vivir años y años con ese régimen.

A mí me parece lógico y natural que un gobierno que quiera sostenerse y que crea estar en su sitio, porque tiene conciencia de que está haciendo lo que debe hacer, lo lógico y lo justo, pueda llegar a la dictadura. Si no está perdido. Todos los países, en tiempo de guerra, hacen lo mismo.

Ya antes, en primer viaje a París del tiempo de la guerra última, me había pasado que, no pudiendo sostenerme allí, a pesar de mis pocas aspiraciones y de mis escasas necesidades, porque no encontraba medios de vivir, tuve que regresar a Vera. Iba confiado en que allí me encontraría a gusto. Recordaba que años atrás nos habíamos quedado, mi madre y yo, dos inviernos en Vera, y que no lo habíamos pasado mal. Ella con su vida silenciosa y atareada, yo también casi solitario, y a vueltas con mis

cuartillas.

Después de comer íbamos a la biblioteca, en donde había una estufa encendida y lucía una luz brillante y hermosa.

La habitación tenía un aire atrayente y confortador. La temperatura era templada, la luz, clara, el silencio del exterior, sólo interrumpido por el ruido del arroyo; todo daba la impresión de algo fantástico y cómodo. Mi madre hacía alguna labor, y yo escribía. Ella solía marcharse antes de que diesen las doce a su alcoba. Yo me quedaba un rato en la biblioteca, seguía escribiendo envuelto en el más absoluto silencio y cuando me cansaba de escribir me iba a la cama. Por entonces estaba leyendo a Renán, y ya acostado, reanudaba esa lectura noche tras noche. Cuando se me cargaban los ojos, dejaba el libro sobre la mesilla, apagaba la luz, y trataba de conciliar el sueño.

Con la esperanza de ese recuerdo volví a Vera, confiando, aun descontada la falta de la compañía de mi madre, en que el pueblo me acogería sin cólera, con su silencio envolvente y reparador. Mas una vez en él, vi que aquello estaba muy triste y sombrío, y no pudiendo resistir el ambiente demasiado tiempo, me volví a la capital francesa, sin que a mi regreso hallara que las probabilidades de sostenimiento para mí, al menos, habían variado o mejorado.

A fines de mayo había estado en el Hospital de San Luis, que era donde me habían visto la oreja, después del diagnóstico de Marañón, y donde me habían comenzado a tratar lo que tenía. Los médicos me dijeron que todo iba mucho mejor, que no era menester seguir sino con curas que yo mismo podría hacerme y que me podía marchar cuando quisiese. Entonces fue cuando decidí emprender las gestiones para dejar la capital.

Recuerdo que una tarde, poco antes de la guerra, fui en el auto de mi amigo el escultor Sebastián Miranda a casa del doctor Marañón, que vivía en el campo, a cincuenta o sesenta kilómetros de París. Estuvimos allí durante toda la tarde, y luego salimos ya de noche a tomar la carretera para volver a la ciudad. Esto sería en 1940, poco antes de iniciarse la invasión alemana. La carretera, limitada por los bosques espesos, estaba sombría, y en algunas partes, arrimadas a sus bordes, se veían filas interminables de camiones, «roulottes» de vendedores ambulantes y en las ventanas de los carros automóviles brillaban lucecitas pequeñas.

A mí aquello me produjo una gran impresión. Veía en esto un preludio de tragedia terrible.

Había que arreglar los papeles, tenerlos preparados, era preciso procurarse el salvoconducto indispensable para dejar París. Debía obtenerlo en la oficina del 8°

distrito, Campos Elíseos. ¿Para dónde pedirlo? De momento, para Bayona, donde me detendría, para lo cual escribí inmediatamente allí, a un amigo, para que me buscara un sitio donde poder alojarme a mi llegada.

Vería si podía encontrar a orillas del Adour seguridades suficientes, alejándome de los puntos más accesibles al invasor. Y, de no ser así, entonces no habría más remedio que cruzar la frontera e ir de nuevo a meterse en la casa Itzea, de Vera.

Cuando llegó el día de la partida, mi amigo Sebastián Miranda me llevó en su auto a la estación del Quai d'Orsay.

XXVI

## CAMINO DE ESPAÑA

Salí de París por la noche. Me metí en un tren lleno de refugiados belgas, que huían hacia el Sur con la esperanza de que a su espalda se pudiera contener a los alemanes. Se hablaba de la guerra relámpago que tanto se había anunciado. ¿Cuántas horas me costaría llegar hasta Bayona, que era entonces mi destino, en aquel tren de evacuados? Nadie entonces era capaz de decirlo, pues la situación podía cambiar a cada momento, surgiendo nuevas dificultades. Por todas partes asomaban grupos de gente que dejaba sus casas, cargados con lo indispensable de sus ajuares, mirándose unos a otros de soslayo, con miradas recelosas, como si en toda persona que se les acercase creyeran descubrir un espía.

Circulaban los más extraños rumores, sin que ninguno tuviera el menor fundamento racional. Envolvía el país una atmósfera de recelo, de angustia, de temor y de desconfianza.

A poco de separarnos de la capital, habíamos visto volar algunos aeroplanos, que no conseguíamos saber si eran aliados o enemigos. No podíamos descubrir su carácter por el sonido de las sirenas ni por los disparos de los antiaéreos. Volaban por otra parte, tan altos, que no se les veía apenas ni había indicios para identificarlos.

Quise dormir, pero era imposible conciliar el sueño, y sobre todo para los que, como yo, tenían demasiadas, buenas y antiguas relaciones con el insomnio. El descanso estaba vedado.

De los viajeros que coincidían conmigo en el mismo departamento no parecía que entre ellos hubiese mucha inclinación a explayarse en confidencias. El único que se mostró algo inclinado a la conversación fue un joven, nacido en la isla de Malta, recién casado,

el cual iba en compañía de su mujer en busca de su patria, suponiendo hallar en la isla mediterránea una tranquilidad que tampoco disfrutaría por mucho tiempo.

Aquel éxodo de poblaciones civiles debía ejercer una depresión en el ánimo de las fuerzas militares, que se sentían ineficaces para detener al enemigo en su avance arrollador.

En las altas esferas del Gobierno reinaba, indudablemente, una confusión espantosa, cayendo sobre él, de todas partes, avisos desconsoladores, sugerencias descabelladas, noticias, informes y datos que acababan con toda esperanza.

En las estaciones donde el tren se detenía, el número de los que esperaban iba aumentando, y toda gente preocupada, franceses que dejaban sus hogares pensando en que unos kilómetros más al sur tal vez pudieran darles alguna seguridad frente a la ola germánica que avanzaba. El pasillo del coche se iba llenando de maletas y de bultos que hacían difícil todo desplazamiento. El tren seguía su marcha con toda normalidad, incluso no retrasándose en las etapas de su recorrido.

Los que subían en las estaciones daban noticias acerca de la invasión, mucho más desesperadas de las que ya tenían los viajeros, como si sintiesen el deseo de que aquello acabara pronto de cualquier manera. Se veía que lo que deseaba todo el mundo era terminar cuanto antes, como fuera, pero terminar.

Había dejado yo París porque, de no hacerlo, cada hora que transcurriese sería más difícil la salida, sobre todo para quien, como yo, podía no contar con más medios de traslado que el ferrocarril, invadido ya por la muchedumbre del éxodo. Justamente trece días después de mi salida, la capital francesa, que escasas veces se había visto atacada por el aire, fue bombardeada por doscientos cuarenta aviones; las bombas debieron alcanzar los talleres Citroen y el Ministerio del Aire, produciendo algunos centenares de víctimas. Al día siguiente los alemanes desencadenaban su ofensiva en toda la extensión de los frentes del Somme y del Aisne, río éste que desemboca en el Oise.

En la estación de Bayona, ya entrada la mañana, encontré a un viejo que cogió mi maleta para llevarla a mi cuarto alquilado en un chalet. Aquel hombre hablaba de París como mejor informado que yo, que llegaba de allí. Las noticias, según el bayonés, no podían ser peores. Los alemanes debían encontrarse ya llegando a la capital. Era una información la suya que anticipaba todo desastre inmediato. Un derrotismo inconsciente brotaba de sus palabras, denunciando en qué forma se había extendido el pánico por todo el país. En el punto a que aquello había llegado, ¿cómo era posible que se produjese reacción alguna?



Al penetrar en Bayona encontré una ciudad sumamente agitada. Fui desde la estación, cruzando el Adour y la ciudad, a presentarme en la villa alquilada para mí, donde tenía, esperándome, comprometida una habitación.

La casita donde me habían buscado hospedaje se hallaba en el camino de Marrac, no lejos de los negros muros ruinosos, que recuerdan las entrevistas de los Borbones con Napoleón.

El cuarto que me habían alquilado era bastante bueno, contando con una ventana que daba sobre unos jardines pertenecientes a las villas próximas. Sobre todo, había allí un silencio magnífico.

Este silencio de mi cuarto, en la villa Georgette, era una invitación para el trabajo. Y aunque ya debiera de haber llegado hace tiempo para mí la hora del «dolce far niente», estaba visto que la vida no ha querido ofrecerme prosperidades, siéndome forzoso atenerme, como a un triste consuelo, al refugio de aquella máxima de Ovidio cuando decía que lo mejor es que la muerte sorprenda al hombre en medio de su trabajo. Así, pues, intentaríamos trabajar.

Podría continuar allí sin que nada de nuevo me agujonease, e intentar seguir viviendo de las fantasías literarias, cosa que tal vez no fuera fácil. Para ir trabajando alquilé una máquina de escribir, y encontré para que me sirviera de mecanógrafa a una chica española que no recuerdo por qué motivo estaba en Francia.

Así estaría entretenido. Me gustaba el ambiente de Bayona y sus alrededores. El país vascofrancés me ha producido siempre una gran nostalgia, no sé por qué. Le encuentro más gusto romántico que el español.

Acudía a mi imaginación el recuerdo de una canción de la tierra:

Uso zuriya errazu Nora joaten zera zu Españiaco portuya oro Elurrez betia ditzu  
Gaurco arratzian ostatu Nere echian badezu.

(Paloma blanca, di a dónde vas. Los montes de España están llenos de nieve, esta noche tu albergue tienes en mi casa).

Había mucho miedo en el pueblo y venían avalanchas de refugiados. Nadie puede imaginar en qué se convertiría la vida de este pueblo, de ordinario tranquilo y plácido. Pero... ¿no sería demasiado pedir entonces el encontrar un rincón del mundo tranquilo y plácido?

De todos modos, después del viaje que acababa de hacer, la vida en mi cuarto de villa

Georgette me parecía una delicia, me daba una impresión sedante, me parecía estar viviendo cosas pasadas en las novelas. Era como si uno volviese, de pronto, a oír una canción que le había deleitado hacía muchos años, y que ya creía haber olvidado por completo. Ese recuperar de una sensación agradable y extinguida no dejaba de tener su encanto.

Me marché pronto a la calle, apenas dormí, para averiguar si habían llegado las maletas con libros, expedidas a un amigo, con anticipación, antes de abandonar París. Con la confusión que en todo había, nada hubiese tenido de extraño el que hubiesen desaparecido. También me atraía la oficina de correos donde acaso me aguardasen noticias de España, de la familia que no sospecharía haberme acercado a ella algunos kilómetros, alejándome otros tantos de donde la guerra se aproximaba, no a paso de carga, movimiento acelerado de las guerras antiguas, sino en automóvil.

Pronto me di cuenta de lo oportuno que había sido al tomar un cuarto con anticipación, y encontrarlo en precio relativamente aceptable, como lo había hecho mi amigo de Bayona, pues de no ser así y de haber tenido que intentarlo a la llegada, me habrían pedido por él mucho más, pues aquella avalancha que conmigo había llegado hasta las orillas del Adour, sobre todo de belgas fugitivos, había servido para que los precios de los hospedajes se elevasen considerablemente, generosa manera de acoger a unos desventurados.

La comida no era bastante. La tenía que hacer en la misma casa, por no haber en sus cercanías ningún restaurante, y tenía que aceptar forzosamente complicaciones en la alimentación, de las que había perdido la costumbre durante mi estancia en París.

No me era posible pensar en volver por entonces a Madrid, porque allí nos habían destruido la casa preparada durante algunos años. En un cuarto alquilado la vida sería mísera. Tampoco me atraía la idea de estar en Vera y pasar allí los inviernos entre carlistas. Era inevitable el que en nuestra vida influyesen el desenlace y el final de la guerra.

Menos mal, para que todo mi haber no fuese de signo contrario, que se me iba cerrando la herida de la oreja, y era de suponer que, en tres o cuatro días, con el sol y el aire, se acabaría de cicatrizar.

Estuve en el Museo Vasco en busca de unas fotografías de las máscaras suletinas que le interesaban a mi sobrino Julio, para sus estudios folklóricos, y me lo encontré convertido en el Hogar del Soldado. No estaban abiertas tampoco las oficinas. Todo se hallaba inficionado por la guerra. Habíamos creído que sería corta, pero esas posibilidades iban desapareciendo; ya a todo el mundo le parecía más probable que la guerra fuese general y larga. Nadie dudaba de que, aunque Francia quedara invadida

aunque se firmase un armisticio o una rendición, la guerra continuaría. ¿Cómo? ¿Sobre qué bases? Nadie era capaz de presentirlo.

Di un paseo hacia la puerta de Mousserolles. Recordaba que en una novela mía había hecho salir una tarde de otoño a tres jinetes, viejo el uno, con pelo gris y trazas de militar, aunque fuese vestido de paisano; otro joven, rubio, acostumbrado a cabalgar, y un tercero, joven también, moreno y de ojos negros, brillantes, poco hábil para mantenerse firme sobre su cabalgadura. Los había hecho salir por aquella misma puerta, para ir en busca de la aventura.

No era un día como aquel en que yo me presentaba en el mismo escenario, porque entonces estábamos en junio y el sol brillaba refulgente, las hojas de los árboles estaban verdes, y el cielo se mostraba despejado limpio.

En la jornada aquella de mi novela era otoño, y la tarde presente era apacible y tranquila. Al salir los personajes de Bayona por el camino de Ustaritz, bordeado de árboles con las hojas amarillentas, a poco los jinetes tienen que picar la espuela. El cielo se va encapotando y llenándose de nubes, y poco después, antes de que los viajeros alcancen el pueblo adonde se dirigen, cae sobre ellos un chaparrón que los deja empapados en agua.

La evocación del guerrillero López Campillo y de los jóvenes Lacy y Ochoa me llevó a los comienzos de "La veleta del Gastizar", y me hizo pensar ese día en Domingo José Garat, el hombre amable que alumbró con su sonrisa de vasco, buena persona, los momentos más terribles de la Revolución Francesa.

Me conformé con ver un momento el camino, y no seguí por él porque, de haberlo hecho, el Ustaritz que habría hallado al fin de mi paseo, no habría sido ni tan interesante, ni tan curioso como aquél en que, en el salón de la casa de Gastizar, hacía media, separada del fuego por un pequeño biombo, madame de Aristy, y leía un número de "La Moda" la pintada señorita de Belzunce.

XXVII

Cuando regresé para dar una vuelta por la ciudad antes de marchar al nuevo alojamiento, comprobé una vez más de qué modo se ha ido perdiendo, en Francia como en España, el carácter tradicional de las viejas capitales de provincia, tendiendo, a una semejanza, a una uniformidad verdaderamente sosa y sin interés.

Toda característica regional, lo pintoresco de un rincón, aquello que dio tanto que hablar a la gente literaria del romanticismo, se va borrando de la superficie del planeta; se tiende a una unificación por todas partes, que hace que pueblos y comarcas, hasta

los que, como Bayona, conservaron hasta dentro de nuestro siglo su carácter, pierdan todo interés para quien pasa por ellos con alguna preocupación superior a la de comer en un buen restaurante o divertirse en un ruidoso cabaret.

Bayona, desde que perdió sus murallas y sus puertas, se ha empequeñecido. Tiene un aspecto evidentemente más moderno. Es como una señora vieja maquillada. Antes, sin maquillaje, estaba mejor, con su cintura de piedra, sus calles estrechas, sus arcos, sus casas grises y negruzcas, sus puertas fortificadas y sus dos ríos, que le dan aire sombrío y húmedo.

Entonces era un pueblo típico, atrayente y curioso. Hoy Bayona es una ciudad lánguida y sin carácter.

En la juventud la vimos con la misma vitola que tendría durante la guerra civil, en tiempo de Aviraneta. Aún no existía la estatua del cardenal Lavigerie, y el puente del Espíritu Santo tenía otro aspecto bien distinto al de hoy.

Sobre el espolón, afilado por la confluencia del Adour y La Nive, quedaba un trozo de muralla del Reducto, que, como el castillo de proa de un barco, le seguía contando al río los recuerdos de tiempos pasados.

Había todavía por allí cerca muchas de las casas viejas de ladrillo que el municipio derribó para levantar otras más altas y de piedra.

Yo recordaba a un tipo como Chipitegui el chatarrero de mi novela, que no sé si se llamaba así, con sus barbas blancas y sus pregones chuscos y satíricos.

En Bayona, empujados por el aluvión general, me encontré con mis amigos Ortiz Echagüe y Méndez Calzada, con quienes tan buenas migas había hecho en París, representante en Europa el primero, y redactor el segundo, del periódico argentino "La Nación", de Buenos Aires.

A Méndez Calzada, a quien volví a encontrar después en Hendaya, le llevé a casa de un amigo que tenía una finca muy bonita en Behovia, a orillas el Bidasoa, y allí estuvimos varias tardes merendando y bebiendo sidra.

Aún no habían transcurrido diez o doce días de saborear la costumbre de aquel grato refugio silencioso de la villa Georgette cuando el dueño se me presentó una mañana y me dijo, con voz chillona, que tenía que dejar el cuarto. La noticia resultó tanto más desagradable, porque, al hallarse el pueblo abarrotado, como ya entonces estaba, había de ser más que difícil encontrar donde ir, un rincón donde meterse.

Reinaba en toda Bayona una gran confusión. Habían llegado de las provincias del Norte una enormidad de gentes que llenaban las casas y las calles a todas horas, del día y de la noche, trocando, modificando la fisonomía de la población.

En toda clase de cosas, la habilidad está en no dejarse impresionar por los rumores, que muchas veces no tienen el menor fundamento, y no son sino una serie encadenada de tonterías. Pero uno no es dueño más que de sus ideas; no puede regir y dominar las de otras personas, y si los que nos rodean se dejan vencer de la amenaza del rumor o de la confusión del infundio, el que sigue tranquilo y se mantiene sereno, no puede evitar verse arrastrado por la marea de la tontería, del embuste y del pánico.

Había ido al consulado de Bayona con la intención de obtener mi pasaporte. Pero las primeras gestiones que emprendí con ese objeto no obtuvieron ningún resultado positivo, porque me detuvieron en la antesala, donde había numeroso público.

Allí, en aquel recibimiento, siempre había mucho público, sobre todo de españoles, como si celebraran una tertulia donde se comentaran las noticias que llegaban de la península. Por aquella antesala consular desfilaban cuantos pretendían atravesar la frontera para reintegrarse a sus hogares, los que habían perdido el miedo al régimen que en España prosperaba, o sentían impaciencia de acercarse a él para ver si lograban obtener algún beneficio. Vi a varias personas a las que conocía, políticos y aristócratas, cuando oí una voz que sonaba con cierto imperio, y que, con referencia a alguien de quien se estaba ocupando, decía:

- Pero si fulano es de los nuestros.

Me pareció conocer la voz. Era un escritor, que se dirigía a un grupo de carlistas, y defendía la entrada en España de un señor Calviño, amigo suyo, que había sido gobernador de las tres provincias vascongadas en tiempo de la República.

Esos nuestros no se podía saber quienes eran, si los diplomáticos, los rojos o los blancos, y hasta daba la sospecha de si el ex-embajador de la República española en Inglaterra, se declaraba a sí mismo tradicionalista y carlista.

Volví a mirar a las personas que componían el grupo. No me había equivocado en mi primera ojeada. Eran políticos nada dispares del nuevo régimen que se instauraba en España. El ex-embajador republicano se hallaba entre ellos como el pez en el agua. El ex-embajador republicano era de los suyos.

No es extraño que, cuando entró en España, para dirigirse a América, huyendo del tiempo español de las vacas flacas, exigiese camarotes de lujo para él y sus familiares, en el barco español que le llevó gratis, en un camarote que no le llegaron a conceder.

teniendo que conformarse con que se los dieran de primera clase. En ellos se trasladaría a la Argentina, donde, sin volver a la Península para vivir los años dificultosos, alcanzaría a introducir su nombre en el escalafón diplomático del nuevo régimen, a la mayor gloria de su pureza política. Y hasta lograría, del mismo régimen, una jubilación en el cargo que venía disfrutando desde siempre en el Ministerio de Educación Nacional, aunque nunca le hubiesen visto por la oficina.

En esos días el espectáculo de Bayona invadida por cientos de automóviles llenos de maletas, de baúles y de colchones, no era completamente agradable. Todos aquellos coches habían llegado hasta las orillas del Adour recorriendo rutas nacionales invadidas por toda suerte de vehículos, condenados todos ellos a marcha lenta, perseguidos por el temor de ver aparecer en el cielo escuadrillas de aviones alemanes llegados para ametrallarles.

El pánico había sido tal entre las poblaciones civiles, que a veces una frase lanzada al azar, reflejo vacilante del miedo de un cualquiera, había bastado para poner en marcha a hombres, mujeres y niños, que dejaban abandonadas sus casas, sin que nadie les hubiese obligado, simplemente por huir, aunque sin saber a dónde, ni para qué huían.

Ya he dicho que tenía que dejar mi alojamiento y buscar otro. Aquel tipillo de la villa Georgette, que tenía un miedo ridículo, me echaba de su casa. Aunque yo le dijera, como era cierto, que había pagado anticipadamente la pensión por dos meses, y que sólo llevaba en ella quince días, el hombre contestaba que eso nada importaba, que tenía que irme.

Tuve que marcharme para no oír a aquel señor chillón y ridículo, que al parecer tenía un miedo muy superior al normal. ¡Qué mezquindad! ¡Qué roña! ¡Qué pequeñez!

Los franceses demostraron en esa ocasión una gran antipatía y un gran desprecio por los españoles. Yo comprendo que el francés culto no llegue a estimar gran cosa a los españoles, que no hemos hecho nada científico importante; pero que les tenga odio me parece ya excesivo. Únicamente al hombre español del pueblo, al obrero o al campesino, el francés lo acepta sin reparo. A los demás no. Claro está, que si acepta al obrero o al campesino es con su cuenta y razón; los acepta para que trabajen en Francia, ocupando los puestos del trabajo más duro y peor retribuido.

XXVIII

Gente un poco mezquina estos franceses en tiempo de guerra. Porque yo comprendo que le hubieran dicho a uno:

Si quiere usted estar en un cuarto estrecho unos días, mientras arregla sus asuntos,

puede usted estar.

No, no era la imposición del hombre lleno de miedo. La verdad es que la humanidad en un momento de peligro da asco. Se dirá: el ejército en marcha. Sí, pero el ejército en marcha a fuerza de terror. Si pudiera hacerlo se desbandaría en unos momentos.

La cuestión del hospedaje por el momento la pude solucionar, aunque en forma provisional. Un español, que vivía en una próxima finca, me dirigió a una institución benéfica, de no sé qué clase, y en ella me dieron un cuarto amplio, que no pude ocupar más que muy pocos días, porque la institución se cerró después.

## XXIX

Solía ir a comer con frecuencia a un restaurante de los típicos de Bayona, con Méndez Calzada, y con frecuencia veía a un señor vasco con una hija preciosa que comía enfrente de nosotros.

Un día que Méndez Calzada tenía que hacer alguna gestión y me quedé sólo en la mesa tomando café, se me acercó el mozo de la fonda y me dijo:

- Este señor que está ahí enfrente y que es vasco le invita a usted a tomar una copa.

Me levanté, fui a saludarles, y me invitaron a sentarme. El hombre era simpático y sonriente, y la chica, preciosa. Hablaban muy bien el castellano. Habían estado en la Argentina. Los días siguientes los volví a ver y estuvieron muy amables conmigo. El señor me invitaba a tomar café y una copa.

El señor vasco y su hija hablaron mucho y contaron historias muy divertidas.

Un día, al decirle yo al señor vasco que el amo de la villa Georgette quería echarme de la casa a los quince días de estar en ella habiendo pagado dos meses, me dijo que fuera a su finca y que allí no notarían nada aunque vinieran los alemanes.

- Pase usted una temporada en mi finca me dijo el indiano. Allá puede estar hasta el final de la guerra.

- No -le indiqué yo.

- ¿Por qué?

- Porque usted tiene una hija muy guapa que tiene veinte años y yo soy un viejo que ha pasado los sesenta. Podría uno tener prudencia, pero ¿y si no la tiene y hace uno el ridículo? No me gusta la prueba.

El vasco se rió y unos días después estaba yo en Hendaya, y una semana más tarde, en Vera del Bidasoa.

XXX

Un día, cuando me encontraba en Bayona, poco después de haber ocurrido la rendición de Francia, llegó allí Méndez Calzada, que había salido precipitadamente de París con la intención de embarcar en España para la Argentina. Volvimos a reunirnos pocos días después en Hendaya, y de allí se trasladó a Barcelona, para embarcar. No volví por entonces a saber de él, hasta que recibí, ya en la segunda quincena de octubre y desde Estoril, una carta firmada por Ortiz Echagüe, en la que me decía:

«Al pasar hace días por España pregunté por usted, y mi hermano me dijo que aún no había recibido ningún artículo suyo para "La Nación". ¿Por qué no escribe? Reanude usted su labor, se lo pido sin tardanza, pues ya sabe que los lectores de "La Nación" reclaman sus crónicas y que ahora más que nunca, por la defección forzosa de muchos colaboradores franceses, las necesita el suplemento literario dominical.

Supongo su dolorosa sorpresa al enterarse de la muerte de nuestro buen amigo Enrique Méndez Calzada. Al pasar por Barcelona intenté reconstruir la tragedia, pero no logré averiguar mucho más de lo que ya sabía; que se tomó dos tubos de veronal y dejó una carta a su tío, diciéndole que estaba cansado de la vida. Nos habíamos separado en Biarritz, en vísperas del armisticio, y me había anunciado su intención de refugiarse en Navia, cerca de su madre, hasta que aclarase. Pobre amigo, tan digno y tan leal, víctima de imaginarias aprensiones y mal armado, sin duda, para la vida de soledad que llevaba en España, en vísperas de su crisis. La madre y la hermana de Méndez Calzada se embarcaron para Buenos Aires. "La Nación" hizo gestiones para repatriar los restos de Enrique (q.e.p.d.).

Otro amigo nuestro, que también se ha suicidado cuya resolución me parece aún más inexplicable, es Enrique Loncán. Acababa de llegar a Buenos Aires con los suyos, y en circunstancias que ignoro todavía, se pegó un tiro. Curiosa coincidencia; he recibido una carta de Loncán, escrita a bordo en viaje de Nueva York a Buenos Aires, muy impresionado por la muerte de Méndez Calzada, y la he recibido al mismo tiempo que la noticia de su suicidio, acaecido en Buenos Aires.

No son precisamente noticias alegres las de esta carta, pero ya no hay en el mundo ni



siquiera buenas noticias que dar a los amigos.

Yo me he establecido aquí provisionalmente, y no sé qué será de mis huesos; posiblemente no iré a Buenos Aires, pues me parece sumamente lejana la perspectiva de un regreso a París. Aquí, como apeadero, no se está mal. El país está en paz y hay abundancia; en estos tiempos no se puede pedir más. Tiene también la ventaja de que se está en Lisboa con el pie puesto en el estribo de América, y de que en los kioscos se pueden comprar periódicos cosmopolitas: "The Times", "Berliner Tageblat" y "El Faro de Vigo".

La muerte se había mostrado implacable con la mayor parte de los comensales de París, porque una de las mujeres que habían asistido al banquete con que Ortiz Echagüe nos obsequió aquel día, murió en América del Sur; la Lulú desapareció sin que se supiese más de ella; la Argentinita, por causa de una operación desgraciada, murió también en Nueva York, y dos de las otras mujeres se suicidaron, como Méndez Calzada y Loncán.

Parecería que con todo esto la Parca debía haberse dado por satisfecha, durante algunos años, con el grupo de los que aquel día nos reunimos en torno a una mesa en la capital francesa. Pero no, no le bastaban todos aquellos "voluntarios", para el viaje final, ni con los otros.

Como punto final, a lo menos por entonces, el desventurado Ortiz Echagüe, nuestro anfitrión, después de haber regresado a París desde Portugal, al poco tiempo los periódicos nos dijeron que se había suicidado, arrojándose a la calle por la ventana.  
XXXI

Se ha publicado en Santiago de Chile, en "Ediciones Ercilla", un libro mío en el que, bajo el título "Ayer y Hoy", se reúnen diversos trabajos o ensayos de carácter político, brotados de mi pluma en estos últimos tiempos y recogidos en periódicos sudamericanos. Es, por lo tanto, más de "hoy" que de "ayer".

No mucho después de aparecer este nuevo volumen, llegan a mis manos, hasta las orillas del Sena, recortes de prensa que acusan el efecto comentarista de esa publicación a que me refiero. Los críticos de la América que habla español, no suelen ser muy afectuosos para mí. Se muestran ordinariamente resentidos de que creo que tuve, ya hace muchísimo tiempo, la humorada de llamar a Sudamérica el "continente estúpido". No lo recuerdo bien, cuándo y por qué fue, pero ellos deben, sin duda, recordarlo mejor que yo.

Me parece recordar que el gobierno de Cuba prohibió la entrada en la República de

"La estrella del capitán Chimista", porque decía haber yo, en este libro, vertido injurias para los cubanos, pero recuerdo también algún recorte que en este sentido llegó a mis manos, que tal prohibición sirvió para que algunas plumas se ocupasen de protestar en principio contra la prohibición, condenando los móviles de la extremada susceptibilidad nacionalista que hubo de inspirarla.

A mí no me sorprendió esta interpretación que se daba a la libertad de pensamiento en la que, los autores de canciones, quisieron designar con el título de «Cubita libre».

Desde entonces, mi casa se vio cada vez más frecuentada por sudamericanos, gentes que por lo visto no sentían mucho temor al contagio del reprobado, acudían a saber de mí de visu, como quien va a un museo a visitar al diplodocus, a informarse sobre cuál era la razón de que no haya visitado América y a hurgar de mi espíritu, por ver de descubrir qué nefandos perjuicios raciales pudieran encender y avivar mi enemiga americana.

Me dieron siempre motivo esas visitas para intentar convencerles con mis palabras de que no hubo razón poderosa ninguna en mí para retenerme en ese viaje. No fui, sencillamente, porque no se me presentó ocasión favorable de ir. De presentarse, habría ido, como he ido a otras partes, aunque hubiese tenido que vencer la poca simpatía que he sentido siempre como viajero ante el mar, en el que siempre mi naturaleza ha descubierto un fermentido productor del mareo. Por eso, la única vez que las circunstancias me llevaron hacia su orilla, en un puerto francés, para embarcar no por mi culpa me quedé en tierra, de lo que más me preocupé fue de procurarme preparados de laboratorio contra el mareo.

Soy europeísta, y todo lo que he buscado lo he encontrado en Europa, sin necesidad de salir de ella. De haber ido a América, el país que con más gusto hubiera ido habría sido al Canadá, por parecerme muy romántica la vida solitaria a la orilla de los lagos.

Cuando era joven, tiempo mucho más indicado para que uno piense en realizar viajes largos, escribí allá cinco o seis cartas con ánimo de preparar mi marcha, pero nadie me contestó, y por eso se estacionó mi proyecto de viaje.

Me han preguntado siempre también, esos visitantes asiduos, mis preferencias sobre escritores hispanoamericanos, y he debido confesar que los conocía muy poco, en lo cual no creo diferenciarme mucho del resto de mis compañeros, los escritores españoles. Si don Juan Valera hace años, y Unamuno más tarde, mostraron interesarse por algunas gentes de las que escribían en aquella tierra, ello se debía a que les daban pie para sostener sus colaboraciones en periódicos del otro lado del Atlántico; y si Clarín, Valbuena y Fray Candil se ocupaban de libros que de allí les mandaban, por los términos en que lo hacían, creo que a los escritores de aquellos países les hubiese convenido más hubieran guardado silencio para sus producciones. A no ser que

estimasen más ser nombrados, aunque fuera para verse clavados en la picota.

No me era posible hablar de los valores representativos de la que Francia quiso siempre llamar América latina, porque no los conocía a fondo. He leído algo, entre los poetas, de Rubén Darío, que me pareció siempre demasiado brillante. Tengo mi afición de toda la vida por Verlaine, al que me puedo acercar con mayor compenetración espiritual, a sus grises, a sus figuras sombrías, y como amo eso, de poesía no quiero saber más.

Cuando se publicó "La estrella del capitán Chimista", la prensa de allá hizo de mí casi "un caso", esforzándose en comentarme como algo extraordinario en cuanto a falta de precisión e ignorancia. Les habría bastado con conocerme un poco para estar informado de los términos de mi sinceridad consustancial. En esa ocasión recuerdo haber recibido el recorte de un periódico de Valparaíso, en el que se daba cuenta de una sustracción de pesos en un domicilio ubicado en una calle que llevaba mi nombre. Querían, sin duda, hacerme conocer ese detalle para que hablase de América con menos independencia. Era no conocerme.

Ahora, con motivo de la publicación en Chile de ese libro titulado, "Ayer y Hoy", han vuelto a insistir en censuras sobre mucho de lo que en él digo, a pesar de no referirse a ellos, sino a la guerra española, a los políticos que la han provocado y a la vida general de mi país.

Me presentan como un profesional de la palabra dura, pero me hacen justicia cuando dicen que no arrebujó en la retórica ni me deleito con la frase acaramelada. No están los tiempos, me parece, para bebidas azucaradas. No alcanzó hasta mi mesa la invasión del "koka kola".

Dicen que mi libro es un zumbido de incalculables conversaciones, pero declara también que mis artículos se hacen leer con gusto, que "hay un hombre detrás de cada frase, diciéndolas con toda la amarga, la escéptica franqueza que su espíritu le ordena, sin mayores preámbulos".

Me hacen la justicia de declarar que quien habla no es militante de ningún político no lo he sido nunca, que me enfrento con uno y con otro bando siempre he sido suelto tirador, y que, desde el punto de vista de mi propia individualidad, no dejo de tener plena razón. Soy, pues, fiel a mi individualismo de siempre, y como hablo desde mi concha nunca supe ni quise hablar desde la de los demás, convienen en que resulta simpático escucharme.

La Prensa, de Buenos Aires, hablando de "Ayer y Hoy", dice:

«La prosa del autor, tan libre de conocimientos trabajados o de informaciones precisas, sigue aquí el curso que le es característico; rebate un argumento, defiende otro, lo abandona, sonríe, castiga y se alza permanentemente de hombros frente al espectáculo que intenta caracterizar, para apasionarse un instante después y así siempre. Nada de la combatividad ni del arrojo cáustico con que Pío Baroja lanza sus opiniones sobre los temas más inesperados, falta en este libro. "Ayer y Hoy" es un documento literario de valor, pero no para juzgar la realidad histórica a que se refiere, sino para conocer las vicisitudes del ánimo de su autor frente a la contienda que tan diversas reacciones ha provocado en los escritores de España».

This file was created with BookDesigner program

[bookdesigner@the-ebook.org](mailto:bookdesigner@the-ebook.org)

04/09/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; [msh-tools.com/ebook/](http://msh-tools.com/ebook/)